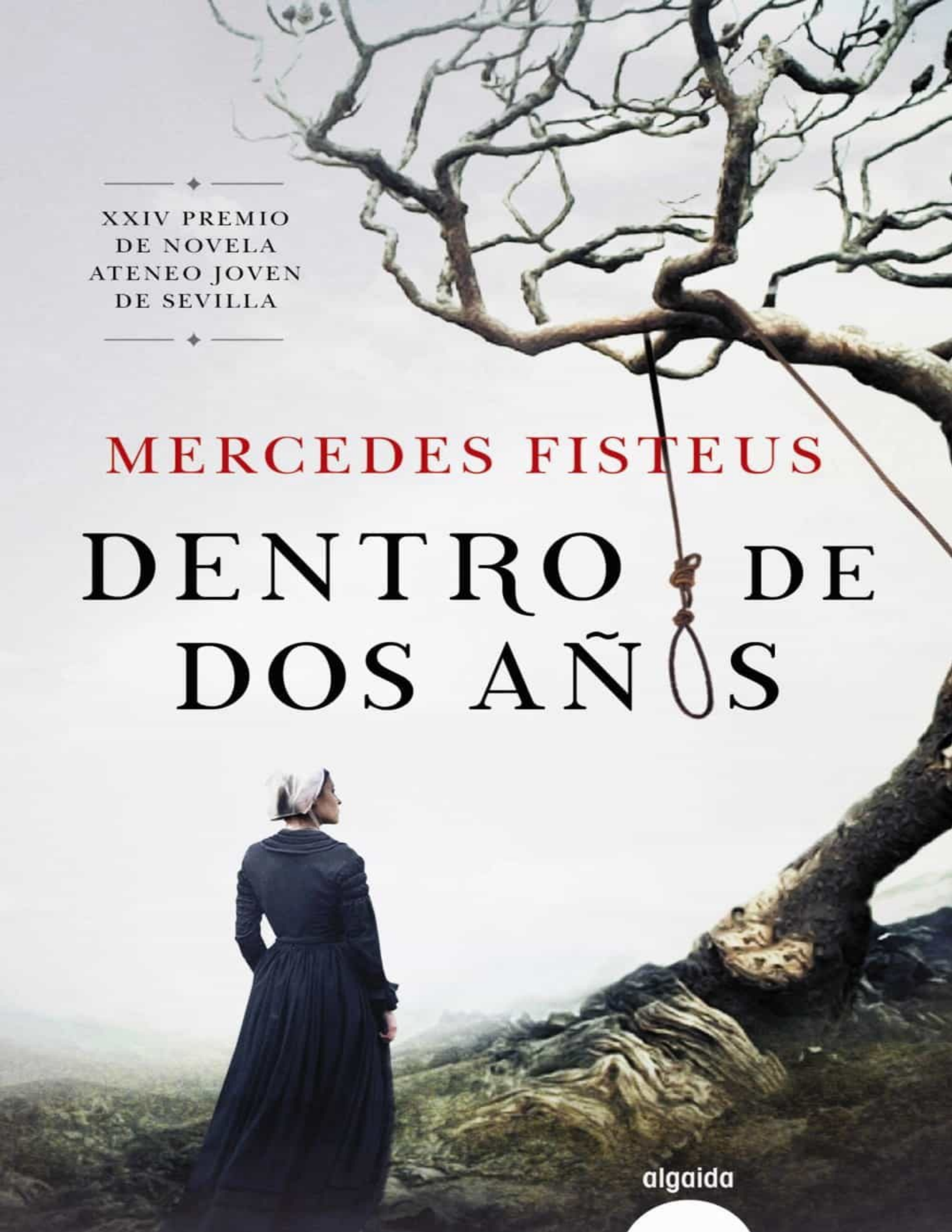
XXIV PREMIO
DE NOVELA
ATENEO JOVEN
DE SEVILLA

MERCEDES FISTEUS

DENTRO DE DOS AÑOS



algaida

MERCEDES FISTEUS

DENTRO DE DOS AÑOS

XXIV PREMIO DE NOVELA
ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida

El jurado del los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Rafael Muñoz Zayas, Isabel Ojeda Cruz, Gervasio Posadas, Francisco Prior Balibrea, Nerea Riesco, Francisco Robles y Ángel Moliní Estrada (secretario). La novela *Dentro de dos años*, de Mercedes Fisteus, resultó ganadora del XXIV Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

Índice

La dama y el demente

I. Verbouc
II. Un sol desconocido
III. Carga divina
IV. Primeras erupciones
V. Tras el pórtico
VI. Una cómplice inesperada
VII. La jabalina azul
VIII. Acacio
IX. La deserción del Demiurgo
X. A orillas del río Frome
XI. Guantes rosas

Por la Española

XII. El león engallado
XIII. Zorrezno
XIV. Miradas furtivas
XV. En calma de mar no creas
XVI. Redoble de campanas
XVII. Escapar, huir
XVIII. Beso, fuego, agua, sangre
XIX. Primera batalla
XX. Sobre sí misma
XXI. La brecha
XXII. La limpieza
XXIII. Reputación
XXIV. Bailando entre mentiras
XXV. Reunión de suicidas

Créditos

LA DAMA Y EL DEMENTE

I. VERBOUC

Cuando dicen que el tiempo sana las heridas, realmente se refieren a eso: a las heridas. Pero nadie habla de las cicatrices. El hombre aún no tenía valor para salir por la puerta delantera de la casa y observar las calles sin vida, el silencio atronador apenas interrumpido por el ganado. Pero tampoco tenía valor para seguir escondiendo su rostro tras el capote. Al mismo tiempo, rehuía la idea de escapar más allá de Boston, de irse a vivir más al norte e instaurarse en algún lugar de Chesapeake y empezar de nuevo. O quizás mucho más al sur, hasta que encontrara un lugar apropiado y protegido de ese horrible frío, que le calaba y entumecía aún en los meses estivales. Sin duda no era el frío de la estación, sino uno que llevaba por dentro y que casi le rompía los huesos, así que en el fondo no importaba adónde se fuera siempre que siguiera cargando con su losa.

Había vuelto a ese sitio y a pesar de los años que habían transcurrido, aún la aldea e incluso todo el condado seguían respirando entrecortados ese aire sucio y pesado, que ya no les servía ni a las plantaciones. Era como si nada hubiera terminado de perecer todavía, como si aquellas porciones del mundo le pertenecieran para siempre a los fantasmas del pasado y al miedo que ellos traían.

Ni siquiera quedaba una sola persona a la que le siguiera agradando acercarse al mar, pues el olor del ya conocido como el «puerto más encantado de las Colonias» ya no era el mismo. Sus aguas arreciaban cansadas y pocas embarcaciones osaban llegar. La bahía había quedado tan sola como todo lo demás y ni siquiera la casa del Señor se llenaba ya con los muchos feligreses de antaño. En su cabeza, Stoughton se obligaba a recordar que estadísticamente hablando eso era así porque él había mandado a la horca a un gran porcentaje de los pueblerinos, mas escocía tanto el recuerdo que en sus horas más débiles había de repetirse, una y otra vez, que simplemente a la gente le costaba seguir los dogmas tras lo ocurrido. ¿Y cómo culparlos? Él nunca había dudado de la autoridad divina, pero todo aquello del deber de proseguir con una vida humilde y sumisa, confiando en que encontrarían todos el Perdón en Cristo, que la Fe les salvaría… eso no estaba perforando sus afectadas almas lo suficiente.

Incluso él dudaba de que el perdón le fuera a llegar así, y por eso precisamente iba andando hacia el bosque, que era el lugar más apartado que quedaba. Incluso con sus espectrales formas, con sus ramas como brazos estirándose y terminando en garras, seguía siendo el sitio donde todo parecía detenerse. Habitaba allí un aura extraña, como si fuera un anciano que lo había visto todo sabiendo lo que ocurriría. Se sentía uno un poco ajeno a todo cuando sorteaba sus troncos, ramitas y piedras. Sin embargo, Stoughton se había recubierto de escarcha el corazón y ya nada le conmovía a abandonar su propósito. Con cuidado, eligió un claro en lo profundo de la arboleda y con parsimonia, fue desenrollando una gruesa soga que había llevado todo el camino alrededor de su brazo izquierdo, como la serpiente del Libro. En esos instantes algo muy curioso sucedía en su cabeza, como si se tratara de una reacción química: estaba en blanco. Sus manos se

movían automáticamente, fruto de haber reflexionado muchas veces sobre cómo hacer aquello; fruto de haberse autoconvencido de que no había otra salida; fruto de tanto pensar que merecía irse ya al Infierno tanto como merecía seguir en él. Al fin y al cabo era verdad: existía un sitio entre las tinieblas reservado solo para él.

Con esfuerzo, eligió una de las ramas más fuertes y acercó una banqueta que se había traído. Si alguien lo hubiese visto en aquel momento, se hubiera impactado por el rostro de aquel suicida: un semblante impasible, indiferente, tan solo concentrado en ensogar y afianzar correctamente la maroma. Ni un rastro visible de miedo o sufrimiento, ni una sola lágrima dibujando rigurosos cauces en sus mejillas… nada, tan solo una imagen que escupía desagrado, abstención y sequedad.

Y aparte de sentirse impactado, cualquiera sentiría una ingrata resistencia a acercarse y evitar que siguiera con su empresa, pues algo intangible e intuitivo invitaba a desaparecer de la escena y no interrumpir a aquel hombre, que con tanto ahínco tiraba de la cuerda.

A pesar de esto, alguien irrumpió en el claro.

Era un anciano que también llevaba una cuerda. Parecía que se esforzara por hacer ruido con cada paso que daba, pues arrastraba sus pies sin importarle que la tierra entrara por sus chinelas, arrastrando uno de los extremos de la cuerda por el suelo al tiempo que esta hacía saltar la piedrilla. No paraba de toser y de recitar para sí lo que parecía una sarta interminable de maldiciones. Al juez su presencia le resultó de lo más incómoda e incluso desconsiderada, sobre todo al deducir que pensaba hacer lo mismo que él. Era como si estuviese usurpando un sitio que él había elegido expresa y anteriormente para algo tan privado y fundamental como quitarse la vida. Por un momento cesó su labor y clavó su mirada en ese intruso, que no le sonaba de nada y por otro lado parecía que no se había dado cuenta de la presencia de ambos en ese conflictivo claro. Con voz temblorosa, una voz que no había dirigido a otras personas en mucho tiempo, proyectó su reclamo:

—¡Buen hombre! —escucharse a sí mismo le produjo un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Nada más pronunciar la llamada, el otro sujeto se paró en saco y miró hacia delante, pues hasta entonces había mantenido su cabeza baja, acorde a la altura de su jorobada espalda. Así estuvo unos segundos, tras las cuales siguió merodeando. Pensando que quizá ese anciano podría reconocerle y tomarla contra él, el juez no se vio capaz de alzar su voz de nuevo. Así pues, con pasos indecisos decidió salvar la distancia que los separaba. Sin embargo, antes de que llegara hasta él, el intruso por fin le miró dando cuenta de su presencia. Al estar más cerca, Stoughton pudo verle claramente las facciones extremadamente arrugadas y caídas, a través de las cuales no podía adivinarse si había sido o no agraciado. Más eso no fue lo que impresionó al juez, sino el intenso brillo que anidaba en sus ojillos, que le escrutaban de arriba abajo.

—¿Incordio? —fue lo único que respondió el anciano, con una voz extrañamente aguda y una pequeña sonrisa. Todo en él estaba resultando de lo más molesto, sí.

—Eso me temo —consiguió responder Stoughton, haciendo una ligera señal con su mano para enseñarle al otro su soga, prácticamente preparada. Se sorprendió a sí mismo respondiendo aquello, dado lo surrealista de la situación. Hasta ese punto llegaba el egoísmo humano.

—Vaya, entiendo… Escuchadme, solo os dejaré a vos primero si es su motivo más merecedor que el mío. —y entonces su mirada mutó en una mucho más sutil, que camuflaba severas

intenciones.

Stoughton se quedó de piedra, como si de sus pies hubieran nacido enormes raíces que lo anclaran a esa tierra envenenada. ¿Acaso podían ponderarse unas causas vitales sobre otras, cuando ambas iban a llevarles al mismo sitio? ¿Si se lo decía, le reconocería? ¿Le mataría? Y antes de todo eso, ¿se atrevía él a contarlo? No, definitivamente no. No podía su boca liberar toda la ignominia como si fuera una fábula. No había planeado ese momento con tanto cuidado para un cambio repentino de tal calibre. Lo estaba preparando todo para que fuera definitivo y así de la nada aparecía un viejo exigiéndole mostrar que su causa merecía una sentencia más rápida.

Sentencia.

Algo chirrió en su mente. El eco de todo aquello que tuviera que ver con ese pasado reverberaba en su cabeza de manera atroz, como si su yo de antaño estuviera aporreando sus paredes con el mazo, una y otra vez. Y no podía soportarlo.

Así las cosas, se giró y trató de olvidarse de que había alguien más allí.

—¡Oh vamos, buen hombre!

Buen hombre.

—¡No soy un buen hombre, maldita sea! Dejadme tranquilo. ¿Dónde se ha visto esto? No voy a contaros mi vida.

—Y sin embargo vais a terminar con ella delante de mí.

El juez se giró. ¿Es que se estaba presentando como un espectador? No tenía derecho a exigir el significado de algo que no estaba invitado a ver. A pesar de todo su mirada era tan intensa, tan interesada… qué diablos. No tenía más rabia en el cuerpo para enfrentar a una persona, todo lo que fuera que quedaba en su organismo había de reservarlo para penderse de la condenada cuerda.

—He matado a personas, a muchas. ¿Está bien? ¿Habéis hecho eso vos?

El viejo se rio. Y fue una risotada seca, tremendamente burlona, como si encerrara toda la bajeza en ella. Pero decidió no responder y seguir hurgando en la llaga.

—Y os arrepentís, ¿no es cierto?

—¡Cómo no!

—Bueno, como no érais un buen hombre… es de buen hombre arrepentirse, ¿no lo creéis así?

—¡No! No… no lo creo, no en mi caso. No he arreglado nada.

—Lleváis arrepentido mucho tiempo, ¿me equivoco?

—No os equivocáis… pero ya dejadme, os lo suplico.

—Mi nombre es Verbouc.

De repente el juez se encontró extraordinariamente cerca del otro hombre que se hacía llamar de esa forma tan extraña, con un nombre que sonaba totalmente francés pero sin la pronunciación debida. Al parecer, no se había dado cuenta de que él mismo había estado aproximándose al desconocido, lo que le resultó cuanto menos perturbador.

—¿Sois francés? ¿Acaso provenís de Maine?

¿Pero qué estaba haciendo? Ese forastero estaba logrando apartar sus pensamientos de su objetivo. ¿Cómo podía estar consiguiendo aquello?

—Bueno… he andado mucho —dijo en voz baja, atropellando las palabras y quitándoles importancia con su mano marchita—. Así que decís que no habéis podido arreglar nada…

—Oh… ¿Me dejaréis en paz?

—¿De verdad no habéis encontrado ninguna manera de restaurar vuestra triste y merecida situación?

Merecida.

—¿Os burláis de mí? He confesado que soy un asesino, ¿cómo arreglo lo ya hecho?

—Bueno… entiendo. Quizá debierais daros un último gusto personal antes de hacer uso de vuestra soga.

—¿Qué decís? Yo no merezco tal cosa, ¿en qué estáis pensando? ¿Os da lo mismo estar tratando con un asesino?

—Bueno, no me he imaginado siendo vuestra víctima en estas condiciones —rio. Su risa era muy desagradable, y lo peor es que le seguía una especie de eco roto—. Vamos, imaginaos restaurando las cosas, volviéndolas a su cauce… arreglándolo. Imaginadlo un momento, ¿cómo lo haríais? ¿Cuán fuerte es vuestro espíritu para imaginarlo? Medid vuestra ansia.

—¿Mi ansia?

—El ansia por volver atrás y cambiar las cosas. ¿Cuán intenso es vuestro arrepentimiento, cuán verdadero? Decidme… qué estaríais dispuesto a hacer.

Arrepentimiento.

—Yo… volvería atrás, sí. Ya lo creo que volvería. Pero esto no es darme un último gusto, señor mío, sino revolcarme más en mi sufrimiento.

—Bueno, puede que sea algo canalla, sí… —de nuevo rio—. Pero vamos, cerrad los ojos e imaginadlo, no penséis en lo falso de la invención. La cabeza es el único sitio donde podemos ser quienes queramos, quien verdaderamente anhelamos ser. ¿No lo creéis así?

—Lo creo… vaya.

Y como si el aire hubiese empezado a acunarle, el juez *sir* William Stoughton se imaginó siendo otro William Stoughton, uno que no hubiese echado todo a perder. Se imaginó de nuevo en aquel deshonroso tribunal, pero esta vez se vio defendiendo la inocencia de todos aquellos ultrajados rostros, se vio chillando a unas pobres crías que ya era suficiente, se vio condecorado… se vio paseando libre por las calles llenas de energía, como si la savia de la Creación fluyese rápida por las arterias del mundo, nutriéndolo de vida y de Fe.

—¿Queréis que eso pase de verdad? Confirmadlo —oyó en la lejanía.

—Lo quisiera.

—¡Quisiera! ¡Decid que queréis! Vais a iros de este mundo, no sigáis sufriéndolo. —El viejo juez no notó cómo la ajada mano del forastero se cerraba sobre la suya.

—Quiero que eso pase.

—Contadme… ¿qué queréis que suceda, señor juez? —Ni siquiera esa última palabra logró romper el extraño embeleso en el que se veía envuelto.

—Quiero… quiero volver atrás, a los tiempos de antes en Salem y decirles a todos que mienten. ¡Que se están alejando de Dios con la calumnia y el odio! Que yo no lo apruebo, que no les mando a morir —su voz terminó por quebrarse.

Hasta el viento pareció extinguirse por un momento, unos horribles segundos en los que un profundo silencio oprimió el corazón del juez. Cuando volvió a escuchar la voz que no era suya, abrió los ojos como quien despierta de una pesadilla en la que está cayendo al vacío. Mas al abrirlos y contemplar los clarísimos ojos de Verbouc, una sensación de vértigo le golpeó de manera brutal y notó cómo iba perdiendo su centro de gravedad. No se explicaba a qué se debía

todo aquello, pues si bien nunca había expresado tal anhelo en voz alta, en el fondo siempre había reposado en su espíritu como un deseo sucio, imposible y hasta repugnante, como si fuera agua encharcada de la que no se pretende beber.

—Oh… yo puedo cumplir eso.

—¡Oh, viejo loco! —estalló el juez—. ¡Hemos de colgarnos a la vez, estoy pensando! Vuestro pecado ha debido de ser maltratar a los demás.

—Cuando yo llego, los demás ya se han maltratado bastante —gruñó el otro—. ¿Firmaríais ahora mismo, verdad?

—¿Firmar por qué, si puede saberse?

—¡Oh, cuántas facultades habéis perdido ya, señor juez! No me entendéis nada. Yo os digo que firmaríais ahora mismo encantado con tal de que yo os concediera eso.

—¡Claro que lo haría, pero vos sois un ingrato que en vuestra locura os creéis Dios! —no reparó en que le había llamado «juez»… en que sabía quién era.

—¡Dios! De eso nada. —Sus brillantes ojos refulgieron de nuevo y su mirada se tornó aún más demente. A todas luces el comentario le había irritado de verdad, lo que puso en guardia a Stoughton y le hizo pensar que sería mejor llevarle la corriente, pues no terminaba de quitárselo de encima.

—Está bien. ¿Queréis que firme? ¡Hasta en una hoja de abeto si hace falta!

La mirada de Verbouc volvió a cambiar y ahora se asemejaba más a la de un niño que viera satisfecho su capricho después de una rabieta. Definitivamente, y contra lo que al principio parecía, su carácter era de lo más alterable, lo que venía confirmando su inestabilidad.

—No será necesaria tanta parafernalia. ¿Qué me daríais a cambio si yo cumpliese vuestro deseo? Permitid que me ilusione yo también por última vez.

—¡Oh, qué sé yo! Conozco a mucha gente, ¿tenéis algún nieto que necesite padrino? ¡Ni siquiera le conozco!

—Nada, nada. ¡Os he pedido algo para mí, no para nadie más!

Mientras ese achacoso loco miraba hacia un lado con ojos de gato, el juez luchaba contra una impaciencia cada vez mayor. Ya era suficiente, se sentía exhausto de absolutamente todo, a punto de echarse a llorar. El malestar de su cuerpo, que no dolor físico, se estaba intensificando por momentos y las manos comenzaban a temblarle. No podía seguir prolongando algo que ya había perdido todo el sentido y dignidad. De nuevo estaba a punto de girarse e intentar volver hacia su árbol, cuando el viejo Verbouc exclamó con mirada triunfante:

—¡Vos! Os quiero a vos.

—¿A mí? ¿A qué os referís?

—Oh, bueno… miradme bien. Estoy hecho una zafra, un desperdicio… y ya os he dicho que he andado mucho. ¿Os parece que yo haya sido importante, que haya tenido gran cosa? Pues no. Mientras que vos, antes de vuestra decadencia por supuesto, habéis poseído patrimonio ¡y respeto! Y parecéis bastante sano dentro de lo que cabe. Si yo os enviara atrás en el tiempo y os brindara la oportunidad de hacer las cosas de otro modo, al final de todo me cobraría el favor con vuestra persona. ¡El viejo Verbouc tendría vuestro aspecto, sería el juez *sir* William Stoughton, antiguo representante de la colonia, mano derecha del gobernador, autoridad indiscutible! ¡Para lo que restara!

Vaya… había estado jugando con él, le conocía de sobra. Pero todas esas palabras parecían

definir a otra persona, pues no se identificaba para nada con su pasado cuando era contado con tanta admiración.

—Todo para vos —acertó a decir.

—Así sea, pues. Nos veremos, William.

De nuevo ese cambio en su mirada, en su voz. Había pronunciado su nombre como si le conociese de toda la vida, lo que le provocó un intenso estremecimiento. Con cuidado se giró y, finalmente, encaminó su marcha hacia aquella cuerda que colgaba esperándole. Se sentía observado y sabía que el viejo extranjero no se había movido, pero ya no había vuelta atrás.

—¿Os ayudo? —le oyó gritar, con esa desbaratada y falsa voz. Con repelús, Stoughton le correspondió a voces con su negativa más fiera.

Cuando por fin hubo anudado la cuerda alrededor de su cuello, apartó la banqueta que le servía de base con la puntilla del pie. El tirón fue tan fuerte que notó cómo su estómago ascendía, mientras sus ojos lloraban y sus piernas pataleaban enloquecidas. El dolor y la presión iban a hacer que vomitara o que estallara por dentro. Pero todo eso duró un solo segundo, tras el cual no quedó colgando sino que terminó de bruces en el suelo, con el rostro contra la tierra y totalmente retorcido.

Pero ya no era la tierra envenenada de la Witch Town la que le ensuciaba la cara.

II. UN SOL DESCONOCIDO

No supo exactamente cuánto tiempo permaneció tendido, pero al cabo de lo que percibió como una hora levantó su cabeza, harto de que el sol se la quemara. Desde luego era un sol desconocido, mucho más cercano y agresivo que sin clemencia se posaba sobre él. No se oía absolutamente nada ni corría aire alguno. Lo poco que veían sus ojos eran borrosas formas de cálidos colores. Parecía estar en el medio de un campo, sin árboles ni ningún viejo loco acosándole.

El viejo.

¿Qué había ocurrido? ¿Había pasado a mejor vida ya? El cielo y el infierno eran meros estados del alma ya destinada, pero si hubieran sido lugares verídicos estaba claro que no había llegado a ninguno de ellos aún. Estaba demasiado confuso como para reflexionar sobre nada más, así que la posibilidad de haber revivido ni se le pasó por la cabeza. Lo único que quería en esos momentos era levantarse y cobijarse bajo alguna sombra, quitarse toda la tierra de la cara y respirar hondo sin miedo a inhalar otra cosa que no fuera oxígeno, pues lo poco que podía recordar era la sensación del tirón, el tremendo tirón. Ese dolor bestial que le infundía un miedo insuperable. ¿Cómo podían existir padecimientos que llevaran a una persona a insistir en el suicidio, a intentarlo varias veces? Habría tras ello una insalvable sensación de desesperación o un insoportable vacío, pero también una sobrehumana y sinsentida valentía, que de alguna incomprensible manera había sido creada y consentida en los hombres por el Padre, hecho que le producía pavor.

Apartando esos angustiosos pensamientos, procedió a despertar todo su cuerpo que más que dolorido estaba completamente amodorrado. Se golpeó contra el suelo hasta que por fin sintió los impactos, y hundiendo sus dedos en la tierra fue levantándose poco a poco, primero quedando arrodillado, luego sentado sobre sus posaderas y finalmente de pie tras caer varias veces. Aunque seguía trastabillando y un ligero mareo le persistía, comenzó a andar sin rumbo fijo, tan solo buscando ese umbrío abrigo que pronto encontró.

Posado contra el tronco de un árbol solitario, se frotó la cara y pudo ver mejor el paisaje que le rodeaba, totalmente desconocido: amplios espacios agrícolas flanqueados por algunos árboles bajos de copas anchas y redondeadas, bastante desperdigados. A lo lejos se divisaban las figuras recortadas de las montañas. Nada presumía especial belleza ni parecía anormal, pero como todo lo nuevo que se descubre, llamaba la atención.

De alguna manera Stoughton sentía que su cerebro no estaba asimilando bien nada de eso, que sus sentidos lo percibían sin ahondar en la realidad que estaba sustanciándolo todo, que conformaba ese sitio y esa situación como reales y presentes. En el fondo presentía que no era un sueño ni una insania, y de algún modo su razón le gritaba que seguía tan vivo como lo había estado desde que lo pariera su madre. A consecuencia, si no podía siquiera dar verdadera cuenta de esos hechos, mucho menos podría ser capaz de entrever la posibilidad remota de que el trato

con Verbouc se estuviera cumpliendo. Para eso hacía falta mucha confianza en sí mismo y mucha imaginación, y ya no tenía nada de eso. Harto de maltratar su cerebro sin conseguir avances, se apretó las sienes con los dedos y en una venada animal gritó con todas sus fuerzas:

—¡ACUDÍ A TU LLAMADA! —porque Dios le llamó esa mañana para reunirse con Él, soga en mano.

Durante unos segundos, solo el eco de su voz reverberó. Pero tras esto más voces se unieron, lo que le indicó que se acercaba gente. Eso terminó por alentarle y apresurado se levantó torpemente y cojeó en otra dirección, alejándose hacia no se sabía dónde, pero alejándose. Oyendo las voces cada vez más cerca, le dieron nuevas ganas de llorar ya no solo por el temor de verse acorralado, sino también por lo ridículo de su huida y lo increíble de toda su circunstancia. Y lo peor de todo es que seguía huyendo, sin saber con seguridad si lo hacía estando vivo y debiéndose a sí mismo como crédito. Sin saber si huía de los demás o de él, ignorando en todo momento en qué tesitura y en qué lugar se encontraba. Tal como estaban las cosas, un insecto le encontraría más sentido a su existencia que él a la suya propia.

Y con todo, seguía avanzando sin mirar atrás, aunque sí a los lados, lo que le facilitó ver a lo lejos unos cuantos hogares. Las personas que le perseguían debían de ser aldeanos, que seguramente habían oído su espeluznante alarido. Sus voces eran cada vez más claras y era imposible saber qué decían porque ni siquiera hablaban su idioma. Sus palabras eran secas, rápidas, fuertes y hoscas.

¿Pero adónde he ido a parar?

Algo enganchó la parte baja de su capote y al girarse se topó con la cara de otro hombre. Este no dejó de tirar de él mientras le gritaba palabras ininteligibles a través de una boca sin apenas dientes, revestida de anchos labios cuyo color contrastaba con un rostro moreno. Le dirigía constantes miradas interrogantes mientras toqueteaba sus prendas. Tras él se acercaron más personas: más mujeres que hombres, levantando los brazos o juntando las manos mientras alargaban sus gruesos cuellos hacia él. En apenas segundos todos le rodearon y atosigaron. Despedían un horrible hedor y estaban todos sucios. Las mujeres llevaban sus camisas rotas y sus faldas manchadas, yendo muchas de ellas sin sayuelo e incluso descalzas. Ellos eran otro tanto de lo mismo; muchos iban sin las ropillas y en vez de calzar botas tenían chinelas, del estilo de las que le había visto a Verbouc en el bosque. A todas luces poseían mucho menos que cualquier otro grupo de pueblerinos que hubiese conocido antes. Al parecer estaban sorprendidos de sus ropajes y los querían. No sabía si aparte de eso estarían preguntándole quién era o qué hacía allí, pero no le estaban mostrando el respeto que se debía tener a alguien que al menos iba más decente, aunque eso era entonces lo de menos. No se atrevía a soltar una palabra, pues quién sabía cómo reaccionarían al descubrirle extranjero. Antes de que tiraran más de él, intentó apartarles a base de gestos, pero al no encontrar forma de expresar lo que quería terminó quedando como un sandio bufón. Cuando hubo pausado su intento, una gruesa mujer le señaló y dijo algo en voz muy alta y cortante, al tiempo que dirigía una de sus manos hacia él. Dicho eso, lo que fuera, se hizo paso entre el grupo mientras se levantaba ligeramente la bata y acompañaba sus pasos con amplios movimientos de sus brazos, permanentemente en jarra.

De nuevo pareció encarársele, así que Stoughton dio unos pasos atrás, los pocos que el círculo de gente le permitió. La mujer le miró de arriba abajo, con una altiva expresión de indignación quizá por la ausencia de respuesta. Al escudriñarle, reparó en las manchas que habían quedado

impregnadas en su ropa a causa de la caída, lo que puso aún más nervioso al hombre. Este, en un último afán por intentar cualquier cosa, trató de describir a Verbouc como un anciano viejo y muy jorobado, pero de nuevo todo su lenguaje corporal resultó inútil y ridículo. Es más, con cada movimiento que hacía más cambiaban las expresiones de los que le miraban, hasta que la mujer lo agarró de la mano y tiró de él al tiempo que despejaba a todos los allí presentes. Liberado del círculo humano que ya empezaba a romperse, se dejó conducir hasta la chabola de la señora y no fue interrogado más veces. Sin embargo, veía cómo a través de la puerta medio abierta se seguía asomando gente cuya única intención era fisgar. Le miraban y comentaban cosas entre ellos, y de vez en cuando se formaban grupos de seis o siete personas que acababan llegando a alguna conclusión sobre él, pues al final asentían al unísono. Lo que más le preocupaba a Stoughton eran las caras con las que asentían: exteriorizando pena y algunos hasta recelo. ¿Qué estarían tramando? Trató de llamar de nuevo la atención cuando sintió la garganta y la boca completamente secas, pero de nuevo sus ademanes debían de hacerle parecer un títere o algo semejante, pues la gente se alejaba haciendo aspavientos en su dirección.

Tenía que salir de allí. Sabía que tarde o temprano necesitaría la ayuda de alguien, pero esos aldeanos no parecían muy dispuestos a brindarle la asistencia que necesitaba. Quizá si huía de ese sitio encontraría de nuevo al francés, aunque en el fondo presentía que eso era, por el momento, imposible. En cualquier caso, se repitió que ninguno de esos harapientos campesinos podría darle respuesta o descanso. Así pues, ojeó toda la choza por si hubiera otra salida, pero al no encontrarla tuvo que resignarse a esperar que la entrada se vaciase de miradas indiscretas. Tuvo que esperar largo rato para que eso sucediera, pero una vez despejada, salió por la puerta raudo y veloz procurando no hacer mucho ruido. El problema fue que aunque nadie se estaba asomando a la entrada en esos momentos, tampoco se habían alejado, por lo que oyó cómo alertaban de su escapada. Sin embargo, esta vez nadie formó un corro a su alrededor ni pareció echarle nada en cara, sino que le sujetaron para que viera que un carro le estaba esperando. La mujer que le había llevado hasta el poblado le empujó hasta el vehículo, frente al cual relinchaban unos escuálidos corceles. Stoughton, confundido, se preguntó dónde pensaban llevarlo si ni siquiera habían podido entender lo que buscaba. De todas maneras, esa parecía la solución más apropiada tanto para ellos como para él, por lo que se sentó en la parte trasera. Una vez que el carromato comenzó a avanzar, se tomó la libertad de tumbarse en la superficie del toldo, intentando serenar su mente.

Rememoró desde el principio todo lo que había sucedido: iba a suicidarse cuando apareció el viejo Verbouc, que le instó a…

No. Desde el principio era desde el principio… desde el fatal año de 1692 en Salem, Condado de Essex, situado en la nueva Provincia de la Bahía de Massachusetts, región de Nueva Inglaterra.

III. CARGA DIVINA

Ya era verano. Las temperaturas serían muy agradables y los mercados locales estarían en ebullición. Algunas de las cosechas ya podrían ver la luz y seguramente resultarían abundantes, pues la temporada había sido buena. Y es que durante esas fechas, hasta el amor era más prolífico. Por aquellos días el juez Stoughton acababa de regresar de su odiosa tierra madre, abandonando por fin la tortuosa ciudad de Ipswich, en el condado naciente de Suffolk. Para él esa mitad del año era como el último mes, cuando nacía un nuevo año lleno de esperanza. Sabía a lo que iba, pero el hecho de volver despejaba toda negrura. Nada más que desembarcaran se dirigiría a Boston, donde haría una pequeña parada antes de dirigirse al poblado. Tenía unas ganas indestructibles de respirar por fin el puro aire de Nueva Inglaterra, bañada por un sol que era mucho más brillante si se disfrutaba desde la costa norteña de tierras puritanas. Allí era donde había dejado su corazón, y allí regresaba para hacerlo latir de nuevo.

La sola idea de que los influjos diabólicos estuviesen mancillando ese mundo conquistado le revolvía las entrañas y le ponía furioso. Ya sabía de seguro que él, *sir* William Stoughton, tendría un importante lugar en el Tribunal. De eso se estaban encargando Mather y el gobernador Phips, a los cuales les debía algo más que un mero agradecimiento. Apartando esos pensamientos de su cabeza, volvió a enfocarse en su inmediata labor: tenía que meter a esas gentes en cintura. El gobernador aún trataba el tema con cierta laxitud pero Cotton Mather, como ministro y antiguo pastor que había sido, estaba bien advertido de los escandalosos sucesos de los que estaban dando parte, sucesos que le comunicaba constantemente y que cada vez se sucedían en menor intervalo de tiempo.

Al parecer, en el poblado de Salem durante el mes de enero, la retoña y la sobrina del pastor local, el reverendo Samuel Parris, contrajeron una rara enfermedad que se exteriorizaba de manera sobrecogedora: se comportaban extraño, lloraban constantemente e imitaban con insistencia el ladrido de los perros. Otras veces sufrían desmayos o ataques nerviosos. Tras un minucioso estudio, el médico que las atendió diagnosticó la presencia del innombrable en las pequeñas. Tras esto, ellas acertaron a acusar a una esclava que servía en la casa del clérigo, de nombre Tituba, que había sido de las primeras interrogadas a principios de febrero, cuando se celebraron unos primeros juicios a causa de la extensión de jóvenes afectadas. Esto traía a todos de cabeza, hasta el punto de que se había dispuesto una patrulla de notables que vigilaban las calles durante el tiempo de culto. Stoughton había ordenado que se le mantuviera informado de todos los altercados u observaciones, pues toda información era poca a la hora de dilucidar quién estaba bajo el influjo diabólico. Aún así, ya se habían conseguido unas cuantas confesiones, empezando por la esclava que tan ignorantemente había salvaguardado Parris en su morada. Esta se atrevió a manifestar que había sido su espíritu el que atacara a una de las pequeñas en sueños, demostrando cuán lejos era capaz de llegar y cuán podrida tenía el alma, si es que alguna poseía. Del mismo modo se atrevió la despreciable a acusar a la mismísima hija del párroco, así como a

su prima, de ser de su misma condición. Probablemente ella misma convirtió a las pequeñas y por eso ellas reconocían a partir de entonces a todos aquellos que practicaban la infame práctica de la brujería.

Este hecho perturbaba enormemente al juez, pues de estar las niñas en lo cierto, el Diablo se había ganado ya a una parte nada despreciable de los pueblerinos. Que él tuviera que tratar con todos ellos le producía aversión e incluso temor, pero sentía que no solo Mather y el gobernador le habían elegido para hacerse cargo de esa misión purificadora. Sentía sobre sus hombros una carga divina, encomendada en base a una larga vida de férreos principios y duro trabajo. Él no se guiaba más que por la Fe y la Palabra, y eso era lo que en última instancia le daba fuerzas. En cada acción él dejaba su espíritu y eso le hacía grande.

De toda su trayectoria había extraído severas conclusiones. Como representante de la colonia en la confederación, había estudiado y dado cuenta de la dinámica y la idiosincrasia del pueblo de Nueva Inglaterra, caracterizado por un apasionado seguimiento de todos aquellos que les trasladaban la voz de Cristo, como él. En ellos veían las gentes a personas dedicadas y fortalecidas, y cada palabra y cada gesto lo aplaudían más por el espíritu que por el contenido, aunque él siempre había dotado a sus llamamientos de un correcto significado social. Mas en Ipswich había vivido en sus carnes el lado rebelde de los ciudadanos, que mediante protestas y revueltas habían enseñado unos feroces dientes de sable. Era por ello que no había sino que actuar en pro de ellos, siempre de ellos, pues no para otra cosa Dios les había hecho a su imagen y semejanza confiando en ellos una labor, si bien en unos más que en otros.

Pero en esa tarea de llevarles la Palabra se tornaba necesario equilibrar y eliminar toda la escoria que no hacía más que depravar y desviar. Liderando toda esa masa indigna se imaginaba Stoughton a la esclava Tituba o a Jhon Proctor, un aldeano de origen inglés que había sido acusado de esconder el Libro del Diablo, que supuestamente contenía todos los nombres de las brujas y brujos de Salem. Ese hombre rondaba los cuarenta años y hacía relativamente poco que se había asentado en la aldea. Se ganaba el pan labrando la tierra y regentando una pequeña taberna, pero se había descubierto que mantenía un inadecuado romance con la pequeña sobrina del pastor, Abigail Williams, a pesar de que esta tenía doce años y él contaba con mujer y más de diez hijos. Su falta de moralidad era prueba suficiente de su naturaleza, a todas luces susceptible de ser enturbiada.

Aparte, las niñas habían seguido acusando a gente directamente. A la estricta y prejuiciosa mentalidad que tenía entonces Stoughton le cuadraba perfectamente que las acusadas fuesen en su mayoría indigentes o mujeres mayores que vivían de mala forma, en régimen de viudedad pero compartiendo vida con algún otro hombre. A juicio de Stoughton todas ellas merecían el debido castigo, pues sus costumbres, sus atrevimientos, su impasibilidad y sus repetidas ausencias en la Casa del Señor dejaban claro de qué estaban hechas. Con sus comportamientos no habían hecho más que atraer al Diablo, quien sin dificultad las había convencido.

Definitivamente, todos debían empezar a ser conscientes de la relevancia de sus acciones, de todo el daño que podían ocasionar con sus constantes faltas. El gobernador se había negado a usar las evidencias espectrales, mas Stoughton las juzgaba muy al caso y aprovechables para poder agilizar su tarea. Esta «evidencia espectral» consistía en la alegación de sueños o visiones en los que aparecía el espíritu de la bruja haciendo horribles fechorías e intentando atacar a inocentes, mientras su verdadero cuerpo era visto efectuando cándidas labores. Ciertamente

tomar esto en consideración era arriesgado, pero tanto él como Cotton opinaban que ayudaría a restaurar el orden.

Por un momento, *sir* William dejó que el viento que le azotaba la cara vapuleara también su alma y su mente, despejándolas de la angustia que le producía repasar todos esos acontecimientos. En nada habrían llegado y las gaviotas dibujarían guirnaldas en el cielo a modo de bienvenida, y cambiaría el olor del mar por el de las tierras y el ganado que sin quererlo también le estarían saludando.

IV. PRIMERAS ERUPCIONES

Tumbado en el toldo, el sueño acabó venciéndole antes de que sus recuerdos se deshojaran hasta el veintisiete de mayo, cuando comenzó toda la pesadilla. Cuando se despertó, lo primero que vieron sus ojos fueron un millar de estrellas sembrando el cielo nocturno, sin un orden que él alcanzase a entender. Todas ellas se distribuían alrededor de una luna en cuarto creciente, que como una alta dama se iba preparando lentamente para salir de su alcoba y enfrentar al mundo con su mejor apariencia. Confundido, se enderezó y miró hacia el frente del carromato, donde el hombre que conducía los caballos aún seguía el camino dándole la espalda y azuzando a la cabalgadura. Se fijó en las luces que colgaban de los cuellos de los corceles, alrededor de las cuales se agolpaba un puñado de luciérnagas. Lo cierto era que no conseguían aportar la suficiente claridad, pero por lo visto al auriga le bastaría para apañarse unas millas más.

Justo en ese momento debió de notar este que William le miraba, porque se giró hacia él espantado, volviendo al segundo su rostro hacia delante. Bruscamente, paró el carro y le tiró a Stoughton una manta, tras lo cual se levantó y le acercó también un cubo medio lleno de agua, mirándole con desconfianza. Tras beber un largo y ansioso trago, sintió el juez la llamada de la naturaleza, por lo que le hizo señas al otro para que le esperase. El conductor, abriendo mucho los ojos, regresó rápidamente a su puesto y esperó a que el extranjero regresase. Mientras Stoughton se alejaba un poco, vio cómo ese hombre se frotaba mucho las manos y procuraba no dirigir su mirada hacia él… era como si le tuviera miedo y no quisiese ningún tipo de trato entre ambos, por mínimo que fuera. ¿Era por eso que seguía avanzando cuando ya había caído la noche, porque deseaba desprenderse de él lo antes posible? ¿O sería solo porque faltaba poco para llegar a una posada? En cualquier caso no había manera ni intención de comunicarse con ese tipo, así que regresó a su lugar y reemprendieron el viaje, totalmente incierto para William.

Ahora que se había espabilado un poco, los recuerdos le nublaban de nuevo y le impedían descansar, así que aunque solo fuese por llegar al agotamiento mental regresó a ese pasado que le mordía y desgarraba el alma. Volvió al veintisiete de mayo de aquel año, cuando se formó el Tribunal Especial de Auditoría y Casación de Salem, presidido por él mismo. Aquello había sido como ponerle la guindilla al veneno, como colocar al tirano en el mando… lo peor que se les pudo ocurrir. Todos los jueces piadosos que allí estuvieron fueron callados: Saltonstall, Sewall… recordaba a cada compañero: el magistrado John Hathorne, que junto a Jonathan Corwin había dirigido las audiencias previas de febrero, siendo ambos testigos del nacimiento de la barbarie; Nathaniel Saltonstall, nacido en la ciudad tocaya de Ipswich, en Massachusetts, y de los pocos que se habían dado cuenta de quién estaba cometiendo realmente la más abominable práctica, causa por la que terminó abandonando ese maldito tribunal siendo posteriormente sustituido por Corwin; Bartholomew Gedney, hijo de uno de los fundadores del poblado, razón por la cual debió de sufrir más que nadie el ficticio hecho de que la brujería estuviese pudriendo el fruto del esfuerzo de su padre; Peter Sergeant, tan bastardo como el anterior; y finalmente Samuel Sewall,

que clamó en vano por la rebaja de las tan desproporcionadas penas para los acusados.

Todos ellos habían sido nombrados por Cotton, su amigo el ministro. Cotton Mather venía de una poderosa familia y ejerció toda la influencia que pudo en la construcción del tribunal, apoyando en todo momento el devenir de los juicios.

Tras esto, sobrevenía el recuerdo del pálido y demacrado rostro de la primera víctima: Bridget Bishop, una mujer de unos sesenta años que se había casado hasta tres veces, la última de ellas con un conocido abogado. Se dijo que era la verdadera dueña de varias tabernas en la villa próxima, en las que osaba vestir indecentemente mientras saltaba jugando a la rayuela, sujetándose el vestido mientras lo subía por encima de las rodillas… incluso que gustaba de soltar insolencias a todos los clientes para provocarlos. Sin embargo, recordando su rostro descompuesto y su cuerpo inerte era imposible reparar en cualquier hecho que la hiciese merecedora de su desenlace. Al fin y al cabo, no era ni había sido nunca una bruja, de eso estaba seguro. Puede que su comportamiento fuera inapropiado y que sus declaraciones no se sostuviesen, pero ¿cómo mantener en pie algo que está siendo apaleado por todos lados? ¡Por Dios, cuantísima gente la acusó de falsedades! Hasta dieciséis personas, dieciséis contados, dieciséis cobardes mentirosos, embusteros y vengativos… con cada argumento peor que el anterior. Y su mente los recordaba perfectamente, los reproducía con las voces, los chillidos y los llantos de fondo, al tiempo que el William del pasado aporreaba una vez más las paredes de su cabeza con el mazo.

Primero habían sido las niñas, cómo no. Las cinco más insistentes, entre ellas la sobrina del párroco, Abigail Williams. Entre todas secundaban lo que se le iba ocurriendo a la primera que intervenía: que si el espectro de Bishop les pinchaba haciéndoles daño, que si trataba de estrangularlas en sueños, que incluso había amenazado a alguna de ellas si no hacía lo que le pedía… el rostro de la acusada se caía con cada nueva invención y su recuerdo arrodillándose por misericordia escocía.

«¡Temo a la caída del sol, señor, porque es entonces cuando ella viene!».

Y todas lloraban y se abrazaban.

Otra mujer la había acusado de rasgar su chamarra de la manera exacta en la que luego se descubrió la rotura, que sin embargo se juzgó como prueba insuficiente, pues entonces todos veían que ese tipo de acusaciones tufaban a patraña. Mas después ninguno lo apreció de ese modo… Otro hombre la había acusado directamente de declarársele como bruja y de atormentarle; otro de hechizar a su hijo y hasta de golpearle con una pala, así como de encontrar muñecas vudú en su morada que probablemente no eran más que resquicios de la infancia de su hija; los señores Bly, padre e hijo, no dudaron a la hora de cargarle la muerte de su gato tras haber discutido en su taberna; y así hasta cinco personas más… el último descaro vino de parte de una de las componentes del jurado popular, que dijo haberla examinado y encontrarle un tercer pezón, lo que venía siendo una prueba clásica de brujería, como se decía de las pelirrojas o de las que nacían con un sexto dedo. Sin embargo, en una segunda exploración no se encontró tal pezón de más.

Y por si todo eso fuera poco, durante el proceso se llegó a afirmar que si ella se quedaba mirando fijamente a cualquiera de los supuestamente torturados por su espectro, serían inmediatamente postrados en cama hasta que la «bruja» se decidiese a revivirles con tan solo un ligero toque de cualquiera de sus dedos.

«¡Me está mirando, me está mirando! ¡Haced que pare!».

Recordándolo de seguido, todo se tornaba una locura propia de unos críos, lo que sumía a Stoughton en un sentimiento de ruindad mucho más profundo. De todos los inocentes que perecieron, ella por ser la primera fue tomada de perfecto chivo expiatorio, sufriendo en sus carnes las primeras erupciones de odio transformado en las más tremendas acusaciones y vejaciones. Todo el mundo hizo caso a los delirios de las niñas y a sus espeluznantes alaridos, pero nadie se conmovió por la figura de Bishop y la de muchos otros que vendrían después, cuando ellos buscaban en las miradas de los magistrados la huella de conmiseración por el prójimo que tantísimas veces se promovió en su Iglesia. Había sido como un incendio: unas pocas chispas y absolutamente todo ardió sin mesura, llevándose consigo no solo centenares de vidas sino también la esencia del ser humano. Era justo por eso que nada tuvo sentido una vez que terminó, cuando la verdad quedó desnuda y la justicia se entendió ciega ya en el peor de los sentidos.

Fuera el fatal ocho de junio cuando Bishop fue condenada a la horca, rezando la sentencia que *«Habiendo sido hallada culpable de los delitos y los actos de brujería de los que fue acusada y habiendo dictado sentencia de muerte en este sentido en su contra tal y como ordena la ley, sus Majestades los reyes Guillermo y María ordenan este viernes, décimo día del presente mes de junio, el traslado de la mencionada Bridget Bishop de la cárcel de sus majestades en Salem al lugar de ejecución donde se la colgará por el cuello hasta que fallezca»*.

Y así fue como el diez de junio de 1692 se tiñó la tierra, junto con el cielo del atardecer, de un rojo sangre. Cuando aún su tibio cuerpo se balanceaba, solicitó el pueblo a voz en grito que se calcinara su cuerpo para mayor seguridad. No querían que la tierra, de la que salían las plantaciones que les alimentaban, se nutriera de los restos de ese cuerpo, pues entonces la propagación sería incontrolable. A partir de entonces, se decretó que todos los cuerpos ardieran tal y como lo había hecho el de Bishop tras su ahorcamiento, pues el fuego era purificador y además evitaría que los espíritus de las brujas retornasen.

Después de esa primera ejecución, Nathaniel abandonó el tribunal. Stoughton se acordó de él, de su desagradable despedida y de cómo sus ojos, llamativamente grandes y sinceros, le veían siendo otra víctima más, pero de él mismo. No entendió su actitud y menos su trato en aquel entonces pero ahora le consideraba un visionario, un analista y ante todo, un verdadero ser humano. Esa persona le había mirado como si su cabeza transparentase lo que había dentro, enseñándole toda la discordia, toda la ponzoña y todos los pliegues de su arrugada alma, que él creía extremadamente llana. Por eso fue que Nathaniel le miró más con tristeza que con repulsión, como considerándole el producto natural de un mundo descalabrado, de un género echado a perder. William sabía ahora, como si lo viera por proyección divina, que Nathaniel se había llevado consigo el secreto de la humanidad. Y de algún modo se alegraba de que un hombre tan íntegro se hubiera apartado antes de que el huracán se lo tragase… Dios sabía que lo merecía. Pero ¿por qué Dios no había apartado también a todos los inocentes? ¿Por qué les predestinaba a la pobreza, al sufrimiento y a la muerte aterradora y prematura? ¿Qué les pasó después? *Los caminos de Dios son inescrutables,* se dijo.

Y se lo repitió unas cuantas veces, hasta que sus ojos se cerraron.

V. TRAS EL PÓRTICO

Más que el hambre voraz que le estaba provocando un intenso dolor en el estómago, fueron el ruido y la claridad los que le hicieron despertar, para encontrarse en el medio de un bullicioso centro por el que transitaban decenas de personas. La apariencia de estas distaba mucho de la de los pueblerinos, pues la gente de la ciudad a la que habían llegado vestía con elegancia y decoro. Stoughton pronto viró su atención hacia el rededor, hacia todo lo que les rodeaba: una gran urbe diseminada con grandes edificios y construcciones de corte ojival. En esos momentos estaban atravesando una plaza en la que se distribuían los diferentes puestos del mercado, frente a los que se detenían las damas bellamente ataviadas con largos vestidos y elaborados recogidos, muchas de ellas con una delicada mantilla de encaje sobre sus cabezas. Con ellas iban los hombres, gomosamente engalanados con sus pelucas y sus sombreros de anchas alas, así como los típicos calzones pitillo y las casacas que también usaban ellos en Nueva Inglaterra. Era como si entre todos levantasen un aire familiar que le transportaba momentáneamente a su sitio, mas todo lo demás rompía el hechizo: el diseño de esa ciudad, aunque evocaba un tanto a Boston, era completamente distinto. Allí las casas no estaban recubiertas de tablas ni de teja y todo parecía mucho más ornamentado. De vez en cuando se fijaba en algún cartel, pero le costaba leer lo que ponía… cada vez veía peor.

A medida que avanzaban entre las calles se iban encontrando con más carretones, la mayoría de ellos tirados por palafrenes mucho más fuertes y vigorosos que las escuálidas monturas que les llevaban a ellos dos. Del mismo modo, las ruedas de los otros carros eran mucho más grandes y gran parte de los mismos llevaban un equipaje cuidadosamente cubierto con lonas. Al verlas, fue inevitable compararlas con la manta que le cubría medio cuerpo, haciéndole parecer un mero bagaje, algo de lo que había que deshacerse. Esta visión le avergonzó, pero no debía impresionarle pues hasta él mismo había querido separarse de la carga que suponía. De alguna manera su alma le hacía ser, a esas alturas, poco más que una cosa articulada con huesos y recubierta de carne, con un tremendo vacío interior que le hacía recostarse sobre sí mismo buscando algo a lo que agarrarse, algo que tendría que haberse roto.

Todos los edificios que iban dejando atrás aseveraban un cuidadoso orden, pues estaban alineados de manera que entre ellos conformasen calles largas más o menos rectas, que sin embargo parecían tender, en su conjunto, a plegarse en torno a una estructura radial. Cuando ya llevaban un rato recorriendo esos espacios, todo se empezó a convertir en un confuso laberinto, al menos para William. Confiando en que el campesino sabría conducirle, se volvió a recostar en la dura superficie de madera al tiempo que, intentando ignorar el dolor que acusaba todo su cuerpo, procuraba grabar en su mente todo cuanto veía y percibía: los detalles del suelo de piedra, idéntico al de Boston; los fuertes olores a comida, a humo, a micción en las esquinas; los restos de unas murallas…

Murallas. ¿Dónde demonios…? No estoy en cualquier parte.

Deteniendo su vista en las almenas escalonadas en su cúspide, reflexionó sobre su posible significado en medio de aquel núcleo. Habría sido una ciudad clave y en un principio la muralla se habría conservado como una segunda línea de anillo defensivo, pero ahora solo parecía una nota característica, como si se hubiese reducido a un mero telón que dejaba una rejilla por la que podía pasar el personal. De vez en cuando se divisaba a lo lejos, como un coronel que velase desde arriba por su tropa, una alta torre que parecía ser un campanario a medio hacer, pues se adivinaba la estructura de una espadaña tomando forma, lo que al final le daba un inquietante aspecto desarticulado. En suma, todo aquello le tenía ensimismado. Solo esperaba que su conductor no le soltara en medio de aquel popurrí de gente y sitios desconocidos.

En un momento dado dio un respingo y se incorporó violentamente, sintiendo como si le hubiesen pegado un latigazo. ¿Estaría Verbouc por allí? Giró la cabeza de un lado a otro, creyendo por un momento que era posible que ese viejo loco estuviera rondándole de nuevo, dispuesto a dejarse ver en cualquier instante. Observó cada puerta, cada tugurio, cada esquina… podría salir de cualquier parte. Cuando la esperanza ya le iba abandonando, vio frente a sí alzarse un gran portal, otro resto de las murallas. Se trataba de un colosal pórtico formado por un arco de medio punto, que se abría finalmente en una torre coronada con dos parapetos. Stoughton fue alzando su cabeza lentamente, recorriendo con sus ojos la pilastra en toda su altura, sintiendo el vértigo inverso que se nota al llegar a lo más alto de algo, cuando se imagina uno situado en el punto más elevado y dispuesto a dejarse caer.

Se imaginó entonces cómo sería inmolarse de aquella manera… puede que volviera a sentir como si el estómago quisiera salírsele por la boca. Sería como emprender el vuelo más rápido de su vida, sin vuelta atrás. ¿Cómo sería dilatar el pánico hasta llegar al suelo? ¿Sobrevivía alguien a semejante miedo, o se moría de eso y no del impacto? Cerró los ojos y rememoró el segundo en el que la soga confabuló con la gravedad para cebarse con su cuello. Ese ínfimo instante había acogido todo el horror del mundo, todo el sufrimiento que ocasionaba darse cuenta de que por mucha resistencia que opusiera, se iba para siempre. Hoy lo recordaba como si hubiese habido mucho más detrás, como si la caja de Pandora se hubiese abierto y hubiera escupido todos los sentimientos negativos del mundo, dejando que estos le envolvieran y succionaran toda su esencia, dejándolo seco y estéril como un campo muerto. Fuera como si la propia maldad y el dolor que dominaban el mundo se hubieran ocupado solo de él en aquel momento, despidiendo su existencia y recordándole su debilidad y su insignificancia, pretendiendo además llevarse la parte de perversidad que anidaba en su interior y que no debía morir con él. Pues parecía que el milagro de la vida había encontrado su adicción en la malignidad, la cual reciclaba una y otra vez, dándole de comer al mundo miseria. ¿Había estado Dios poniendo a prueba su obra? ¿Había experimentado con ellos? *Los caminos de Dios son inescrutables,* se repitió.

Encogiéndose, intentó mirar la construcción con otros ojos, imaginándose por ejemplo cuáles habrían sido las argucias que habían elevado la mano del hombre hasta las nubes. Sin embargo, no quedaba en él voluntad para ignorar su desgraciada circunstancia de animado fiambre, la cual tenía más que merecida. Así las cosas, bajó su mirada y exploró con ella el nuevo barrio que estaban atravesando, el cual estaba lleno de comercios dedicados al tejido de los que salía un incesante ruido de ruecas, por lo que se trataría de talleres de confección. Se concentró en el estruendo de las máquinas para intentar olvidar, enfocándose en el movimiento continuo y regular de los tornos girando y chocando. No pudo evitar reflejarse también en eso: él era un

gusano, un infeliz… pero ojalá pudiera empequeñecer y ser criado de nuevo para, al igual que hacía la oruga de la seda, cubrirse con un caparazón y no romper su crisálida hasta estar preparado para enfrentar el mundo de manera noble. Ojalá hubiera podido él escupir su alma en fibras y que se las recogieran, que las lavaran y separasen de ellas las hebras más bastas, aquellas que recubrían su espíritu y le habían hecho ser tan duro… y que al final recogiesen su bien hilada y limpia ánima, que hicieran una madeja con ella y la pusieran a disposición de los demás.

Pero él era otra clase de gusano, uno que se arrastraba tarde.

De repente el carreto frenó y el campesino le gritó algo. Al ver que William permanecía en la misma postura, descendió de un salto y con grosería le tiró de la manga para que se bajara. Cuando el juez tocó el suelo sus piernas le fallaron y se cayó. Con visible desprecio, el otro hombre le señaló con la mano hacia el frente sin tan siquiera molestarse en ayudarle, para después alejarse hasta que lo perdió de vista. Temeroso de que le hubiera abandonado a su suerte, miró hacia donde le había señalado el aldeano. Efectivamente, delante de él había algo: otra puerta. Pero esta vez no era ningún resto de la fortificación, sino simplemente la entrada a no sabía qué. Era alta y de estilo gótico, protegida por un porche que hacía de primer tejado. La puerta tenía una abertura justo debajo de este en forma de cúpula, dibujando un arco conopial en cuyo medio estaba construida una estatua de la Virgen María. En realidad la entrada no tenía puertas sino que solo era el cerco, cosa que le extrañó, pues incluso tratándose de un convento no se permitía la entrada a cualquiera que pasara por allí, al menos no en las abadías que él había conocido. ¿Sería distinto en ese lugar? En cualquier caso algo le decía que se sentiría mucho más tranquilo si accedía al gran patio interior que se veía desde el acceso.

Fue dirigiendo sus pasos con cautela de presa, como si fuera un pobre animalillo que no debía hacer ruido si no quería que el cazador le escuchase. Ese patio estaba prácticamente vacío, pues tan solo se veían algunas personas caminando despacio, como abstraídas. Algunas llevaban largos camisones e iban en compañía, agarrados del brazo de señoras que acercaban sus rostros para hablarles, igual que se hace con las personas mayores o con los niños. Lentamente se fue conformando una sospecha en la mente de Stoughton, como una nube que crece y se densa, dispuesta a reventar en un frío chaparrón. En esos instantes solo tenía tres opciones: moderar aún más sus pasos e ir caminando por las esquinas, ocultando su presencia; correr hacia el edificio buscando algo que no fueran fantasmas escoltados por mujeres; o retroceder y perderse por el corazón de la ciudad, con riesgo de acabar pidiendo limosna en la calle. Resolverse le costó un minuto.

Tomando una buena bocanada, infundió velocidad a sus doloridas piernas y consiguió subir las escalerillas que precedían al verdadero umbral. Cuando picó, temió caerse cuan largo era una vez abrieran la portezuela, pues su cuerpo apenas le respondía y había acabado por apoyar su peso en el entrepaño. Unos instantes después notó cómo la puerta cedía hacia dentro, por lo que consiguió separarse y esperó. Ante él apareció el rostro de una señora que le miró con ojos cansados. Al principio le observó con mirada rutinaria, pero unos segundos después se prendió una luz de curiosidad en sus oscuros ojos. Frunciendo el ceño, le dijo algo y le tocó suavemente el hombro derecho, haciéndose a un lado mientras le conminaba a entrar. Le volvió a decir algo más, pero terminó por entender que Stoughton no la comprendía. Posiblemente pensaría que tenía algún problema serio de entendederas, por lo que se alejó con pasos cortos y rápidos. Vista desde lejos, evocaba una especie de raquítico duendecillo.

En su momentánea soledad, el juez dio un rodeo visual a la antecámara donde ahora se encontraba. Se trataba de un estrecho recibidor sin más muebles que un par de asientos. Rotando su cabeza en busca de algo más sugestivo, se topó de lleno con una estremecedora imagen: en la siguiente sala, justo delante del vestíbulo, se veía un larguísimo pasillo atravesado por varias hileras de columnas. A los lados, toda la enorme estancia estaba plagada de camillas llenas de gente que se retorcía y se lamentaba. Conformaban una desfallecida multitud apiñada de una triste y torpe manera, pues en algunas alcobas estaban tendidos varios pacientes a la vez, y eso que las camas estaban visiblemente dirigidas al reposo de una sola persona. La mayoría parecía implorar en voz alta, pero los había que guardaban un forzoso silencio a causa de las mascarillas que les tapaban el rostro, o quizá porque su enfermedad los abandonaba ya al sueño eterno. Había varios hombres atendiendo a los pacientes, intentando calmarlos mientras cargaban con mesas llenas de instrumentos. Sin embargo, nada de eso era lo más escalofriante, ya que lo verdaderamente conmovedor era perderse en la profundidad de la estancia, en la inmensidad de columnas que se elevaban hasta terminar las filas. La puerta de la siguiente habitación se encontraba demasiado alejada y ensombrecida, como si fuera el pase al Infierno. El largo corredor que se abría hasta ella parecía hecho a modo de prueba, para ver si alguien como él era capaz de atravesarlo manteniendo la compostura, sobreponiéndose a todo el desfile de sufridores que se encontraba a los flancos. De seguro sabía que no sería capaz, no con la carga que arrastraba.

Interrumpiendo su hipotética rendición, reapareció por la derecha la mujer acompañada de dos hombres, de los cuales uno pertenecía al sacerdocio. Contra su muda voluntad, fue conducido a la sala que acababa de entrever, donde le sentaron en una de las camas que se situaba en la esquina izquierda, muy próxima. Al menos no le habían hecho atravesar la galería, se dijo. ¿Por qué razón pensaban esos paletos que él estaba enfermo? No había mostrado ninguna clase de padecimiento, tan solo tener sed y estar muy perdido… y sí, cansado, pero solo eso. Admirando la puerta del fondo, le dieron ganas de llamar a Verbouc a voces, pero se contuvo a pesar de que su corazón palpitaba como si supiera que él estaba detrás. ¿Le harían sus latidos parecer aquejado? ¿Pensarían que le iba a dar un ataque? Debía tranquilizarse para que no fuera así. De ninguna manera iba a condenar el resto de su miserable existencia en aquel sitio. Estaba decidido, de una forma u otra, a volver al Salem que fuese y dejar allí sus restos. Tenía que averiguar dónde estaba, cómo había llegado y qué tenía que ver el extranjero en todo aquello.

Sin embargo, todos esos decididos pensamientos se desmoronaban al verse incomunicado y utilizado. ¿Qué desconocida variedad de castigo le imponía Dios? Solo Él lo entendía. Después de la opresiva sensación física de la soga y el encarnizado remordimiento que le torturaba, lo peor sin duda era el estado de incomprensión, la incapacidad de explicarse la realidad que estaba viviendo conjugada con la certeza de que aún existía y todo lo que pasaba no era una alucinación. Ni siquiera se podía explicar a sí mismo la justificación de esa certeza, pero estaba ahí y no creérsela significaba caer irremediablemente en la locura. Y puede que todo se redujese a eso: a una confianza desesperada en la posibilidad, a un intento provisional de supervivencia. Pero si realmente se hubiese vuelto loco, habría sido un proceso gradual o quizá un remolino de imágenes y alaridos: los ojos de Giles Cory saliéndose de sus cuencas al ser aplastado por el detector, prefiriendo antes el martirio que culpar a su inocente esposa; las pequeñas hermanas Parker, llorando como si aún fuesen bebés; la joven Faulkner siendo separada de su recién nacido

por tener que regresar a la prisión de por vida… definitivamente, en su alienación tendrían que aparecer todas y cada una de sus víctimas, no un mundo totalmente ajeno de afluencia desconocida. En su castigo había de concurrir la humillación de todos sus condenados, pues ese era el dolor que más reconocía, el que más sufría. Necesitaba ver el daño en lo cercano, en lo tratado… ¿no era así como funcionaba todo? ¿No irían solo los familiares y conocidos a llorar por esos enfermos? Lo había visto: afuera la ciudad seguía su ritmo, igual que lo había seguido él hasta que las supervivientes confesaron sus mentiras, sus falsas acusaciones.

De repente una tremenda sacudida le torció el rostro. Acababa de recibir un sonoro bofetón y le costó un rato asimilarlo. Lentamente giró la cara hacia uno de los hombres que le habían acompañado, concretamente el que no parecía sacerdote. Ni siquiera dijo nada, ni un improperio, solo se quedó mirando la extraña y analítica expresión con la que aquel individuo le estudiaba. Sin salir de una para meterse en otra, recibió otra sacudida por parte de ese mismo hombre, que con manos fuertes le cogía por los hombros y le zarandeaba. Aturdido, el juez lanzó un grito y consiguió que cesara el brusco trato sobre él. Sin embargo, aquel sujeto no parecía darse por vencido y comenzó a decirle cosas en tono dubitativo, al tiempo que rodeaba la camilla donde estaba sentado. El sacerdote permanecía un poco alejado y con las manos juntas, prácticamente cubiertas por las mangas de su sotana. Su expresión, al contrario que la de su acompañante, era relajada y casi sarcástica. En ciertos momentos asentía como para sí y juntaba sus cejas, pero sin decir una palabra. Finalmente, le hizo la señal de la cruz y se fue. El otro hombre por fin detuvo su delirante marcha, pero siguió haciéndole gestos y acercando su rostro al suyo: le abría los párpados, le revisaba los oídos, le tocaba la frente… y seguía acercando su cara a la del juez, instándole con las manos a que le dijera algo. Temeroso pero presionado, Stoughton finalmente habló. Y lo que dijo no tuvo ningún sentido, pues se limitó a recitar la primera frase de su famoso discurso político, allá cuando había sido elegido representante de la región:

El verdadero interés de Nueva Inglaterra es no mentir.

Su interlocutor, de seguro un médico, le miraba con la boca abierta, sin tener remota idea de lo que acababa de decir o en qué idioma lo había dicho, pues los nervios habían acelerado la lengua de Stoughton hasta el punto de que ni siquiera había sido un inglés claro lo que acababa de pronunciar. El juez, cada vez más desesperado, volvió a mirar hacia el fondo de la sala, hacia la puerta del Infierno, y tensó sus cuerdas para llamar a voces al anciano, aún sabiendo que no era la mejor decisión en aquellos instantes.

—¡VERBOUC!

La sala entera enmudeció. Había soltado otro alarido animal… como si su voz, bajo estricto silencio durante años, se cobrara ahora su venganza. Sin embargo, la puerta seguía cerrada y ningún anciano de ojos extremadamente claros hizo su aparición. Abatido, el supuesto enfermo miró al médico con ojos de carnero degollado y lo que vio fue un rostro totalmente inexpresivo, como si viera todos los días a cientos como él. Finalmente, llamó a un joven y le dictó algo. Después llamaron a otros dos serviciales y juntos le condujeron a otra sala. Mientras atravesaban estrechos pasillos y cruzaban habitaciones llenas de botes y ungüentos tratados por religiosas, Stoughton solo se preguntaba a dónde demonios lo arrastraban ahora. Apenas le dejaban asegurar sus pasos, más su intención era patalear una y otra vez, pues a pesar de todo aún no podía creer que estuviese casi volando por encima de un suelo tan real como el día.

Cuando al fin le introdujeron en un cuarto, no fue lo que esperaba: no se trataba de ningún ala

con camas llenas de otros enfermos, sino una oscura madriguera que olía a humedad y a orina. Se podía distinguir una cama y una especie de excusado que seguramente no era más que una descuidada poceta. A pesar de esto, lo más escalofriante fueron unas cadenas que vio al fondo, cuando le empujaron suavemente al interior de esa cueva. Antes de que pudiese reaccionar, dos de los serviciales le inmovilizaron y el restante le quitó todos sus ropajes, si bien algunos los arrancó. Espantado, el juez se revolvió y chilló cuando se vio totalmente expuesto y desnudo, pero las fuertes garras de aquellos hombres no iban a soltar a su presa fácilmente.

—¿Qué me están haciendo? —no paraba de sollozar el juez.

Haciéndole caso omiso, el grupo siguió con su tarea y solo cuando Stoughton vio que le trataban de vestir con una especie de camisola, aflojó su resistencia. Jamás en su vida se había sentido tan violentado, si bien su pasado había molturado su entereza sentimental. *Ya no queda nada en mí por mancillar.* Puede que el fin de toda aquella vivencia fuera destruir lentamente lo que quedaba de su cuerpo, pensó.

Efectivamente, esa parecía la finalidad cuando sin ningún miramiento le metieron un puntapié y le retorcieron hasta quedar en la posición adecuada para amarrarlo a las cadenas. Sus sollozos se convirtieron en llanto, y cuando la puerta se cerró y quedó sumido en la oscuridad, solo pudo pensar en lo frío y lo duro que estaba el hierro que le aprisionaba. Y ya no lloró por él, sino por todos aquellos que habían sentido el gélido e irrompible amarre que les impediría volver.

Puede que ese fuera ciertamente su castigo.

VI. UNA CÓMPLICE INESPERADA

—¡Confesad! ¿Es vuestra mujer discípula del Maligno?

—¡MÁS PESO!

—¡Confesad! *¿Hizo daño a esas niñas? ¡Lo sabéis!*

—¡MÁS PESO!

¡MÁS PESO! ¡MÁS PESO! ¡Más peso! ¡Más p…! ¡Más…!

El verdugo posa la última piedra sobre su cuerpo, pero ya hace mucho que está muerto. La sangre abunda y se cuela entre las rocas, formando pequeñas cascadas escarlata. Alguien tiene la decencia de bajarle los párpados, pero la simple tarea se torna más repugnante de lo que parecía, pues sus globos escapan del sitio. Han sido dos arduos días de tortura, pero el detector no ha funcionado.

—Que Dios le perdone y lo acoja en su gloria —susurra Cotton—. ¡Retiren el cuerpo para su sepultura! —resuelve—. Otros dos días perdidos… ¡Traigan a Martha Cory, ha de ver con sus propios ojos las consecuencias de sus actos! ¡Esconderse no vale de nada y el amor no protegerá a los culpables!

El capataz ordena a sus hombres ir retirando las pesadas piedras, al tiempo que el sheriff *acata la orden de Mather y va en busca de la desgraciada, para que llore la muerte de su marido aplastado por su causa.*

—Vayámonos, William, también nosotros necesitamos descansar —me dice Cotton mientras me empuja suavemente.

—¡Señor! ¡Mirad!

Ambos nos giramos. Los hombres están mirando atónitos el lugar donde yace el cuerpo de Cory, ya despejado de algunas piedras. Es como si la víctima se hubiera desmembrado completamente… no, aguarda. Son más cuerpos.

—¡Corran, retiren el resto!

Los hombres se triplican en torno al detector y numerosos miembros van apareciendo: manos femeninas, rostros desfigurados, pies desnudos… Un penetrante olor inunda el aire, pero tengo que verlo. Me zafo de Cotton y corro hacia el lugar, corro muy deprisa… no puede ser. ¡No puede ser! Muchas personas, muchas más víctimas… al igual que Cory, forman una infinita pila de terroríficos cadáveres. El hedor es insoportable y quiero que los evacúen de ahí.

—¡Retiren todos los cadáveres! ¿Qué demonios ha pasado? Era el juicio de Cory, ¿quiénes son los demás?

—William… ¿a él no le reconoces? —vuelve a susurrar Cotton a mi lado, con esa voz que recuerda al siseo de una serpiente.

—Hacia dónde me señalas, Cotton, maldita sea…

Y de repente lo veo. Le veo. Son los grandes y sinceros ojos de Nathaniel, abiertos y salidos como los de Cory, mirándome con esa expresión acusadora que le sobrevive.

—¡NO!

El tirón de las cadenas le devolvió a la realidad justo cuando los serviciales abrían la portezuela. Al juez le parecía como si pasaran mil años entre cada asistencia, pero al fin volvían con comida y agua. Su grito debió de alarmarles, porque esta vez le sujetaron mientras ellos mismos le daban de comer, como si trataran con un inválido. Para sacarlos de su error, Stoughton trató de serenarse y de ignorar el sudor frío que le empapaba toda la cara, en su intento por parecer el animal más dócil de la Tierra.

Permanecer allí encerrado estaba siendo incluso peor que su pasada reclusión en Boston, ciudad a la que tanto debía y en la que tanto había sufrido, por contrapartida. Su casa de Boston había sido el lugar perfecto para albergar todo su malestar y para permanecer marginado, sin embargo había acabado siendo una cárcel poco menos horrible que la actual, entre cuyas paredes se repetía siempre el mismo patrón de pesadillas y la misma cadena de voces, insistiendo en su desgracia y deformándola hasta límites inhumanos. Unas veces era Nathaniel, otras eran un montón de recién nacidos… otras él mismo. Solía desear estar tan muerto al despertar como lo estaba en sus sueños, mas ni el suicidio había colaborado en ello. Últimamente solía aparecer Verbouc, siempre en un resguardado sitio en cada escena que soñaba, chasqueando su lengua con desaprobación. Ese odioso restallido de su lengua contra el paladar cobraba especial protagonismo, hasta el punto de que a Stoughton le parecía oírlo hasta estando despierto. Esto le iba arrastrando hasta el precipicio de la locura, cosa que debía evitar a toda costa. Fuera como fuese, había de volver o suicidarse allí mismo, pues estaba seguro de que había esquivado la muerte para acabar en otro punto, no en esa celda para dementes. No sabía seguro cuántos días llevaba allí. Lo único que hacía que no perdiera la esperanza era que aún le atendían, siendo el alimento y el descanso de sus brazos lo que le hacía aguantar hasta la siguiente visita, y eso que por las noches le retiraban las cadenas para que pudiese usar el aseo. Procuraba imaginar dónde podía estar y solía agudizar el oído por si escuchaba algo, aunque el fin último era entretenerse con otros pensamientos que no fueran los recuerdos. A menudo se traicionaba a sí mismo y bajaba sus defensas, dejando que el torrente de vivencias le asaltara de nuevo. Así conseguía echarse a llorar, lo que sin duda le calmaba y le permitía dormir un rato. Tras esto, el círculo vicioso continuaba: volvía a tener pesadillas, se volvía a despertar, de nuevo se esforzaba en aplacar las muchas remembranzas hasta que se cansaba, lloraba o se golpeaba, y finalmente volvía a caer rendido. Al final se trataba de un riguroso entrenamiento de supervivencia con sus subidas y bajadas. En ese período de tiempo siempre se preguntaba si realmente estaría algo por llegar o si el castigo duraría hasta que se descompusiera por completo.

Un día, los serviciales vinieron acompañados del mismo médico que lo atendiera la primera vez, que con idéntica expresión le había vuelto a revisar. Entre unos y otros debieron de llegar a la conclusión de que quizá no estaba del todo loco, por lo que le mudaron a una sala con más curables y otras condiciones, si bien se movía siempre bajo estrecha vigilancia. Durante el día le llevaban a la huerta y se pasaba trabajándola en compañía de otros enfermos, lo que le proporcionaba calma y distracción. Este le pareció un método de lo más inteligente por parte del recinto, pues si estaban cansados les proporcionaban agua suficiente y si solicitaban, de algún modo, regresar al interior del hospital o a sus cuartos, tal concesión les era dada. Aunque él procuraba no escapar de la tarea y si se agotaba tan solo recorría el jardín, intentando localizar las malas hierbas o simplemente paseando. Asimismo, dejó de hacer aspavientos para

comunicarse y se limitaba a vagos gestos y muchas miradas, apenas nada. No abría la boca a no ser que fuera para comer y por muchos intentos que hicieran los demás de relacionarse con él, eran en vano. Realmente estaba incubando otra concepción del tiempo, una mucho más paciente e interesada que de alguna curiosa manera le saneaba por dentro, pues ahora que su situación en ese lugar había mejorado algo, las cosas no se veían tan negras. A medida que pasaban los días se iba convenciendo de que algo no encajaba y que había de pudrirse lejos de allí, aunque no mereciera nada mejor.

*

Mientras paseaba entre la tierra levantada, iba agudizando el oído para captar conversaciones ajenas. No debía sentirse mal por ello, pues solo quería saber en qué idioma hablaban… y por fin tenía idea. Estaba en tierras hispanas, sin ninguna duda. Nunca había pisado suelo español, pues aunque no estaban demasiado encariñados con Inglaterra, los puritanos no dejaban de ser sus hijos, sus colonias, y por ende su sangre anglosajona los tenía enfrentados con los católicos españoles. Esa sería una razón más para seguir manteniendo la boca cerrada… estar en lo que parecía un manicomio no le libraría de enfrentamientos. Su mutis había logrado que nadie más insistiera en su intento de hacerse amigo suyo, pero lejos de asegurarle tranquilidad, eso había hecho que cierta persona se encaprichara con él: ella. Una muchacha que se pasaba los días allí metida y al parecer se había apiadado de su soledad. ¿Es que a las jóvenes les cuesta encontrar entretenimiento? ¿Qué tal un libro o un paseo con otras damas? Precisamente ella debía estar en otro sitio, no encajaba allí. No había manera de cuadrar sus vestidos sueltos de tela, sus zapatitos de señorita o sus oscuros y largos bucles… allí. Lucía como una joven de buena familia, por lo que supuso que estaría ayudando de forma voluntaria. No era posible que estuviera visitando a algún conocido, pues saludaba a todos igual. Además, las mujeres se alojaban en otras salitas porque los sexos estaban debidamente separados.

Como fuese, alteraba al personal cada vez que entraba con su animado «¡Buenos días!», palabras que había llegado a entender tras un mes escuchándolas. Nadie era indiferente a su belleza ni a su fresca jovialidad. Era fácil apreciarla, pues no tenía reparo en sentarse al lado de los enfermos o en atenderles, pero el juez la ignoraba cada vez que lo hacía. Le sorprendió al principio, cuando tras no contestarle ella le sonrió. Se había acostumbrado a sus sonrisas, a sus fugaces miradas… y aún así procuraba escapar. Desde que ella llegara él sudaba mucho más en la huerta, hasta el punto de que le tenían que obligar a volver a su habitación cuando oscurecía. Tampoco se dio cuenta de cómo le miraban los serviciales cuando trabajaba… para ellos ningún loco trabajaba tan bien, y así se lo hicieron saber al médico. «Tampoco ningún cuerdo se pasaría todo el santo día ahí», había respondido este. «Sobre todo cuando está esa encantadora muchachita pululando». Por lo tanto, ahora era un loco con reservas.

Tras muchos días así, la chica pareció comprender que no todo el mundo se sentía bendecido con su presencia. Sin embargo, su curiosidad no le permitía olvidarse de ese hombre, así que se pasó las tardes preguntando a los demás enfermos si sabían qué le ocurría. El juez notaba cómo le miraban mientras hablaban con ella, para su desesperación. La huerta le gustaba, pero tal y

como había dicho el médico, nadie querría pasarse todo el día en ella. A veces simplemente le apetecía pasear, pero sabía que si ella le veía iría corriendo a acompañarle. En otros tiempos, cuando era otro hombre, habría sido un perfecto caballero en muy envidiable compañía… pero allí sería un negado encerrado en un centro de locos acompañado de su cuidadora.

Y no era lo mismo, precisamente.

Una mañana, mientras su médico le revisaba, se puso furioso y quiso ver las notas sobre su progreso médico. Fue una tontería pues ni siquiera las iba a entender, pero ni lo pensó. Estaba harto de perder el tiempo, de aparentar, de quemarse la piel al sol y de que le trataran como a un viejo senil. Intentó arrancarle las hojas al servicial, pero entre varios le sujetaban. Todo esto ocurrió delante de mucha gente, entre la que se encontraba la muchacha, que se encogía y se tapaba la boca mientras sucedía todo. El médico rugió para que lo ataran, pero entonces ella se adelantó:

—¡No, esperad, Doctor! Tiene cambios de humor… pero se tranquilizará enseguida. Permítanme que hable con él.

—¡Oh, sí, hablad lo que queráis! Pero después lo encadenaré.

—Pero eso no es lo que este hospital hace…

—¡No me importa lo que haga el hospital! Yo soy el que da las órdenes aquí y yo dictaré las prácticas que sean convenientes, señorita —vociferó el psiquiatra, despeinado y rojo de ira.

A un movimiento de su mano, los serviciales arrojaron a Stoughton contra su cama y se fueron. El juez miró a la chica, desconfiado pero sorprendido. Él no sabía lo que ella había visto, lo que era capaz de ver: la diferencia entre los ojos de un demente y los de un hombre desesperado. Una diferencia tan sutil, una lectura tan exacta… ella sabía leer los rostros de la gente como si vinieran explicados, como si verdaderamente todos los ojos fueran reflejo del alma. En su caso, un espíritu tan maltrecho con unas intenciones tan puras no podía esconder nada. Avergonzado, se dejó hacer mientras ella tiraba de él hacia arriba, hasta que por fin ambos quedaron sentados en el borde de la camilla. Con dedos temblorosos, ella sacó un papel y una pluma de una mesita próxima a la cama, y escribió algo. Tenía una sospecha y quería salir de dudas. Le tendió el papel a William y tras mirarlo unos segundos este lo cogió, apartándolo suavemente de los largos dedos de la joven.

María.

Vaya.

De nuevo ahí estaba… la mirada de un hombre que entendía. Tenía una expresión entre triste y sarcástica, y con dedos cansados le arrebató la pluma y escribió:

William.

—¡Así que sabéis escribir! No habláis, pero escribís —antes de leer lo que había escrito el juez, ella estalló en pequeños aplausos y le soltó una retahíla de preguntas, como un fusil. La cara de Stoughton era un amargo poema.

Con una de sus sonrisas acercó su cabecita a la de William y leyó su respuesta. Poco a poco sus ojos fueron abriéndose y su sonrisa desapareciendo… y le miró. Parecía que él se disculpase con la mirada, pues su nombre delataba su condición de inglés. No quería hacerle pasar el mal rato de tener que advertir al doctor, pero necesitaba romper con la situación. Aguardó a que ella saliese corriendo, pero en lugar de eso la chica le dedicó otra nueva sonrisa. Con disimulo, se levantó y se arregló el vestido al tiempo que arrugaba el papel con una mano. Sin saber muy bien cómo deshacerse de eso, salió de la sala y por el camino hasta la salida planeó guardarlo en el revés de uno de sus guantes. Por lo visto, ese hombre se estaba escondiendo. ¿Cómo había llegado hasta el hospital? Unas voces interrumpieron sus pensamientos:

—¡Llevadlo arriba y encadenadlo! Puede que no se acuerde de lo incómodo que era eso.

Se contuvo y apretando los dientes se fue. Mañana iría a verlo e intentaría que lo liberaran en un par de días. No debía mostrarse muy preocupada o llamaría la atención.

VII. LA JABALINA AZUL

María…
María
María
Mary
Mary…
Mary
Mary Lacey
Mary Easty
Mary Bradbury

Se despertó de nuevo. Un sudor frío le volvía a recorrer la cara mientras el rostro de María se transformaba aún en el de una jabalina azul, como si tuviera delante la metamorfosis de la bruja. Las cadenas y el grito del animal le habían devuelto a las noches tortuosas, a los viajes al pasado. Mary Bradbury, la bruja que se transformaba en una jabalina azul, la bruja que encantaba los buques del puerto, la bruja que engañó a su carcelero, la única bruja que escapó. Sintió su garganta quemarse cuando una risotada seca salió de ella.

Qué diablos.

Imaginó que estaba en un buque ya en el medio del mar, atrapado en su inmensidad y sin ver su final o su principio. Las olas rompían contra los bajos del barco y este se balanceaba cada vez más fuerte, haciendo crujir las arboladuras y estrellando las remesas contra las paredes de los almacenes. En la oscura habitación del manicomio, el juez se movía de un lado a otro de forma exagerada, como si él mismo fuese el barco o como si así controlara mejor aquello que se estaba forzando a imaginar. En su buque cada vez más abandonado al sueño, todo se convertía en un caos. Los marineros salían a cubierta a trompicones y muchos de ellos rodaban por el suelo, incapaces de tenerse en pie.

Stoughton reía y reía, como lo habría hecho Mary Bradbury de haber sido cierto que era una bruja. Sus carcajadas y sus sacudidas eran estrambóticas, pero en esos momentos todo lo que veía el juez eran marinos arrojados al mar o sujetos a los mástiles, mientras el sudor de sus manos les traicionaba. Cada vez más mareado, William se recostó como pudo y así su sueño se lo tragó, colocándole en aquel buque encantado que bailaba al son del embrujo. Intentaba llegar a proa sin saber por qué, pues el navío se columpiaba sin cesar y ninguna zona era ya segura. En su intento, trastabilló y la gravedad le barrió hacia uno de los lados. Consiguió agarrarse a las piernas de otro compañero mientras miraba hacia arriba, en busca del huracán que debía de estar ocasionando todo aquello. Pero no había ningún huracán.

El cielo estaba despejado, apenas salpicado por alguna que otra nube pero sin ninguna masa grisácea que ocasionara tormenta. Por un segundo se imaginó que dos grandes ballenas sacudían el buque como pasándose la pelota, pues otra explicación no había. Aquello no era una

tempestad ni un abordaje. Esperó sentir el coletazo desde babor pero no sintió ningún impacto, tan solo el barco moviéndose como por arte de magia, como por capricho del Diablo. De un segundo a otro el marinero al que se sujetaba se soltó y voló hacia otra dirección llevándose consigo a Stoughton, que trató de amarrar lo que fuera sin éxito. Todo estaba fuera de control, sin sujeción, y eso parecía una horrible y caótica danza de ciegos en una pista fregada por el mar. De ninguna manera podía rendirse, tenía que llegar a alguna parte… podría buscar al capitán. Con una fuerza casi titánica se levantó y corrió con todas sus fuerzas hacia el timón, pero de repente una enorme caja le vino de costado y le sacudió.

Lo siguiente que sintió fue la mezcla de dolor y cosquilleo en el estómago, antes de que su espalda absorbiera el choque contra la superficie del agua. Un choque que le hizo despertarse de nuevo. El círculo vicioso continuaba: pesadillas, despertaba, aplacaba recuerdos, lloraba y se golpeaba… y volvía a caer rendido.

Nunca saldré de este lugar.

*

Se estaba sintiendo fatal por todo ese maldito sueño sobre el buque encantado, «el *Mary Bradbury*». Sentía que su mente también debía dejar en paz a los muertos y no traicionar a la verdad, ni siquiera en su locura o en sus estúpidas pesadillas. Mientras pensaba aquello la pequeña puerta volvió a abrirse. El juez ya no esperaba ver caras nuevas: siempre eran los mismos dos serviciales. Ya sabía, sin necesidad de confirmación, que el doctor enviaba a los mismos dos sabuesos para él. *Lo peores, seguro*. No decían una palabra ni se miraban. Al fin y al cabo no necesitaban hacerlo, estaban perfectamente sincronizados para saber de qué parte de su cuerpo debía tirar cada uno para colocarlo. Hasta sus rostros eran iguales: ambos dos caretas impenetrables, imperturbables y frías. Más que enseñados parecían haber sido entrenados. Ojalá el juez hubiera entendido lo que había dicho la joven María cuando le defendió, pues la política general del hospital era compasiva y cuidada, siempre a favor del atendido, por lo que así debía ser demandada. Despacio miró hacia arriba.

No eran los serviciales… no eran solo ellos. Delante asomaba la esbelta figura de María agarrada del brazo de un jorobado cuyos inconfundibles ojos brillaban en la oscuridad. Por fin estaba allí, Verbouc había regresado. Antes de penetrar del todo en la estancia se pararon y dejaron que desataran al juez. Les condujeron a los tres hacia la gran sala, donde aún quedaba una cama para él. Tras tumbar su dolorido cuerpo, el extranjero y la dama se acomodaron en dos pequeñas butacas a su lado. Stoughton no podía dejar de mirar al anciano: su aspecto no era como el de la primera vez, pues ahora estaba arreglado y decente, más radiante, más acorde con aquella ciudad. Le miraba con fingida pena y William hasta juraría que procuraba mostrarse mucho más frágil de lo que era, supuso que con el fin de conmover a la muchacha. Ella mantenía la mano del viejo agarrada pero su atención reposaba en el juez, al que miraba con una media sonrisa. Bajo sus ojos se apreciaban unas ligerísimas ojeras que nunca se habían visto en ella, huellas de su anterior discusión con el doctor y sus severos intentos por acceder al paciente. Todo había dado un positivo giro cuando aquel anciano se presentó esa mañana, diciendo que

buscaba a un hombre que había ingresado solo y por su voluntad hacía aproximadamente un mes, muy solitario y nada hablador. Esa era sin duda la descripción del misterioso hombre que se escondía… su hombre. Los saludos de la joven a los demás pacientes se habían vuelto más cortos, si bien no perdía su dulzura. La gente del hospital la veía caminar preocupada y pensativa, sin saber que aún guardaba cierta nota entre su mano y el guante.

—Hola, Will —dijo Verbouc en voz baja y en perfecto español.

El juez se quedó de piedra y su boca se entreabrió para decir algo, pero no pudo encontrar las palabras.

—Vaya… está traumatizado.

—Parece sorprendido —susurró la joven.

—Oh, sí… no creo que esperase a nadie a estas alturas.

Stoughton no entendía nada de lo que estaban hablando y tampoco le interesaba saberlo. Lo único que quería era que aquel viejo demonio le diera todas las malditas respuestas que llevaba persiguiendo desde que cayó del cielo. Con la energía que solo el ansia da, se levantó y se quedó sentado frente a Verbouc. Se agarraba al borde de la cama con las dos manos, pues no descartaba la posibilidad de saltar sobre él en cualquier momento. Los ojos del jorobado se abrieron un poco y pareció apretar sus labios, como hace cualquiera cuando necesita contener una sonrisilla.

—Querida, ¿nos podríais conducir al patio? Veréis, él solo habla cuando estamos solos… y me temo que tenemos alguna que otra cosa que contarnos.

—¡Oh, por dios! Enseguida.

Cuando ya estuvieron en el patio, Verbouc agarró un bastón que llevaba consigo y comenzó a andar, por lo que William le siguió muy de cerca.

—¡Hablad! —le gritó. Verbouc levantó una mano en señal de espera.

—Os recomendaría ir caminando como si nada mientras me escucháis. Hay varios ojos puestos en vos por aquí. ¡Vayamos hacia la esquina, bajo el porche!

Resignado, siguió las instrucciones del viejo y se colocó a su lado, aunque tampoco quería acercarse a él demasiado.

—Veréis, William… estas cosas son complicadas.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado y cómo habéis llegado? ¿Cómo sabíais que estaba aquí?

—Espero que el pequeño golpe contra el suelo ¡y la soga, claro! no os afectaran demasiado.

—¿Afectarme?

—¿Recordáis nuestro encuentro?

—Por supuesto.

—Bien… queríais volver a Salem. Y en Salem estáis —sonrió enigmáticamente.

—Viejo, os juro que como no me lo aclaréis voy a…

—¡Calmaos, William! El trato avanza acorde a lo que me pedisteis. —Entonces se dio cuenta el juez de que antes le había llamado Will… ¿Osaba burlarse? No podía tratarle como le viniese en gana, ¡era por su culpa que estaba metido en ese sitio!—. Os repito: estáis exactamente en el lugar que pedisteis.

—¡Dije el de antaño!

—No es eso a lo que me refiero. Solo que… hay varios poblados con ese nombre, y a falta de aclaración por vuestra parte, me he tomado la libertad de elegir yo mismo a cuál mandaros. Parece mentira para un letrado como vos.

Poco a poco la luz se fue abriendo paso.

—No estaréis diciendo que…

—Hay un poblado aquí en España, a unas cuantas millas de esta ciudad, que se llama Salem. Fue allí donde caísteis.

—¿Y dónde estoy ahora? —consiguió preguntar al cabo de varios segundos.

—En València, la capital… la Ciudad de las Mil Torres. Supongo que vuestro aspecto y puede que vuestro comportamiento, no lo sé, asustaran a los pueblerinos. Pensarían que erais un demente, así que muy amablemente os condujeron al Hospital General, donde también tratana los… locos.

—Pero… ¿y qué voy a hacer ahora? —el pobre juez no tenía tiempo ni ganas para tanta guasa.

—Bueno, lo único que podéis ¡y debéis! hacer es volver —terminó con otra sonrisa.

Stoughton dio dos pasos hacia atrás. Quizá sí que saltara sobre él al final.

—Vais a tener que darme más detalles —contestó, aclarándose la garganta

—¡Oh, claro! Bueno… deberéis volver al Nuevo Mundo cruzando el océano y así regresaréis a casa. Faltan poco más de dos años para que empiecen los juicios de Salem.

Se levantó el viento y trajo consigo el olor de la ciudad, el bullicio, el sonido de miles de viandantes.

—¿Quién sois?

—Alguien que ha andado mucho. Esto es real, William, y ya no importa si Dios lo aprueba. No es a vos a quien queréis salvar, no podéis. ¿O sí?

Y desapareció con el viento.

VIII. ACACIO

Catorce años sin descansar. Casi tres lustros durmiendo con fantasmas, oyéndoles chillar, sintiéndoles sobre la tierra quemada del parque. Y entonces, en ese año 1706, una de las niñas confesó. La pequeña de los Putnam, Ann, pronunciaba las palabras que liberarían a vivos y a muertos.

Hoy en este día y para el resto, manifiesto que deseo ser humillada ante Dios por el comportamiento triste y deshonroso que afectó a la familia de mi padre en el año noventa y dos; que, durante mi infancia, fui hecha instrumento para la acusación de varias personas por delitos graves, por lo que su vida les fue arrebatada a aquellos que ahora creo, por buenas razones, que eran inocentes; y que se trató de un gran engaño de Satanás que me confundió durante ese triste tiempo, por lo que me temo que en la ignorancia y con los demás, fui su medio para traer sobre mí y sobre esta tierra sangre inocente.

Allí estaban los padres, los hijos y los hermanos, llorando a mares para crear una riada que lo arrastrara todo y que devolviera la dignidad a sus apellidos, a su historia y a su gente. Y sin embargo y aunque no podían, nadie quería olvidar. Ann temblaba de pies a cabeza pero su angulosa cara miraba al frente. Había querido leer su publicación en alto y en la casa del Señor a pesar de sentirse como una oveja en la guarida del lobo.

Sin embargo, puedo decir con verdad y rectitud, delante de Dios y del hombre, que lo que fue dicho o hecho por mí en contra de cualquier persona no fue por enojo, no lo hice movida por la ira, la malicia o el rencor hacia persona alguna, pues no tenía tal cosa contra ninguno de ellos. Lo hice por pura ignorancia, engañada por Satanás.

Por lo cual yo deseo, seriamente, pedir el perdón de Dios y de todos aquellos a los que hice sufrir una calamidad tan triste para ellos y sus familias, a las cuales solo he traído dolor y ofensa.

A pesar de que era un secreto a voces que la familia Putnam se había deshecho de muchos de sus enemigos durante los meses de sangre, asintieron y dejaron ir a la ya mujer, pues era eso lo que Dios les instaba a hacer.

Stoughton se había imaginado miles de veces contándole la historia, llegando hasta el final. Pero nunca podría hacerlo. Era incapaz de confesarse a María, pero por suerte a ella le valían sus pocas explicaciones. Todos los días se acercaba a su cama y le enseñaba a hablar y a rezar, y en bajito le hacía repetir cada palabra hasta pronunciarla bien. Se escribían en un pequeño diario que ella guardaba consigo para que William pudiera revisar las enseñanzas todos los días, y así ver cómo se escribían las palabras que trataba de memorizar. Siempre lo miraban juntos y ella nunca dejaba el diario solo porque no quería que nadie lo encontrara, mucho menos el doctor o

los serviciales.

Todo lo aprendía a base de repetición, y mediante esta había memorizado también cada marca de su rostro, cada lunar intruso, cada pista de sus curvas, cada manía y cada expresión suya. Y ella simplemente se había acostumbrado a William, a su delgada figura y a sus arrugas de cansancio, pero también a sus manos de pianista, a sus equilibrados rasgos y a su voz fuerte y pausada. Era todo lo que quedaba de un señor con una belleza mal llevada. Pero lo que más le atraía era su manera de mirarla, escrutadora y seria. Al principio la calibraba con desconfianza, pero ahora la observaba con una curiosidad casi infantil, con esa atención que ponen los niños cuando ven algo nuevo. A veces no se daba cuenta del rato que llevaba observándola y ella tenía que saltar con otra lección o reírse. Para él esa risa no podía concebirse sin sus hombros encogiéndose y sus ojos brillando… esos mismos ojos inocentes que reflejaban la luz como un cristal.

A pesar de todo lo enriquecedor que esto era para el espíritu de ambos, se estaban ganando los celos de un gran sector de los enfermos, que les espiaban sin disimulo. Estaban en el área problemática del hospital: la destinada a los dementes. Nadie urgía buenos planes allí, si es que podían seguir algún plan, y por desgracia la locura no tenía nada que ver con la inteligencia, sobre todo si se trataba de Acacio El Vinagrero. Era este un tipo curioso con mucho renombre entre sus compañeros, precisamente porque en quien ponía el ojo, ponía la daga. Siempre estaba contando gestas pasadas sobre las que bromeaba una y otra vez, pero de vez en cuando cambiaba el humor para que nadie se confiara. Solía elegir un día a la semana para realizar sus «perrerías», como él las llamaba. Amenazaba a algún servicial, corría detrás de María para tocarla o escupía en el vaso de alguien. Lo de pegar a los demás era muy puntual, pues odiaba que le encadenasen porque terminaba abrasado. Le conocían como El Vinagrero porque le encantaba tomar chupitos de vinagre. Aunque los médicos y los ayudantes intentaban evitarlo, siempre lograba colarse en las cocinas y hasta robaba la botella en algunas ocasiones. No le importaba que le quemara la garganta o le supiera a rayos, pues su obsesión era limpiarse por dentro de cualquier virus. Decía que siempre tenía algo y estaba obsesionado con esta idea, que era el fundamento de la mayoría de sus peleas. Había llegado un punto en el que el hospital en general hacía oídos sordos de los avisos, y la mitad de las veces pasaban olímpicamente de sus ácidas ingestas. Para él no era lo mismo la medicina que el vinagre… como tampoco era lo mismo tener la atención de María que no tenerla. Antes, la muchacha le perdonaba sus atrevimientos y no le negaba el saludo, pero después de llegar el novato su paciencia se había acabado y no le hacía ni caso. Así las cosas, toda la culpa era del novato, de ese estúpido con pinta de señorito que se creía demasiado importante para hablar con los demás o reír las historias que él contaba, para disfrute de todos. Se envenenaba más pensando eso que bebiendo su dichoso vinagre, por lo que decidió dar rienda suelta a su imaginación. Tenía mucha experiencia en colarse y correr, así que su idea no podía basarse en otra cosa más que en esa extraordinaria habilidad de rufián.

Por otra parte, muchos empleados se habían dado cuenta de que Stoughton ya no pasaba tanto tiempo en la huerta y que había entablado relación con la chica. Estas noticias llegaron rápidamente a oídos del doctor, que poco a poco se convenció de que existía una evolución en dicho paciente. Debería ser positivo, pero la idea de que una simple jovencita que pasaba de tomar el té estuviera consiguiendo más que él le hervía la sangre. Él era el doctor y tenía experiencia en tratar a todo tipo de personas, incluso a las más intratables. Pero por alguna razón

ese enfermo era totalmente infranqueable para él. Él era un escéptico y no creía que los métodos ocupacionales de laborterapia, tejidos y similares hicieran otra cosa que no fuera entretener. Por eso seguía usando métodos que chocaban con la política general del hospital, tal como había insinuado ella. El hecho de que ese enfermo hubiera abandonado la huerta afirmaba sus creencias.

Quizá… quizá no deba resistirme.

Quizá debía utilizar a la dama para entender la mente de ese hombre, para saber quién era.

*

No es a vos a quien queréis salvar, no podéis. ¿O sí?

—¡William! ¡William!

Stoughton volvió en sí.

—Sí. Perdonad.

Estaba aprendiendo rápido, en parte porque se esforzaba mucho para ello. No debía olvidar su objetivo pero se sorprendió cuando este se vio difuminado. Sentía un cosquilleo cuando ella estaba cerca y en esos momentos no podía casi pensar. No quería admitirlo pero sentía la atracción sexual que cualquier hombre sentiría en su proximidad. Era por eso que nunca quería que se acabara el día, o más bien que llegara su hora de irse. No sabía cuándo estaría listo para marchar o cuándo le dejarían, pero a medida que pasaban los días el vértigo se apoderaba de él. Deseaba que las horas pasaran más despacio, pero que pasaran. Deseaba estar a solas con ella, pero no era conveniente. Deseaba aprender el idioma para contarle todo, pero no podría… y eso que sabía que en el fondo ella se moría de ganas por saber. Todo se volvía más contradictorio, más difícil, más humano, más carnal. Tenía sentimientos que le debían estar vetados de por vida, y en medio de su lucha interna estallaba la pregunta:

No es a vos a quien queréis salvar. ¿O sí?

Antes lo tenía muy claro. Pero en el momento en el que nace algo, en el que quieres quedarte, en el que tienes curiosidad… esos momentos se trataban de él. Además, ¿no se hacía todo, en última instancia, por egoísmo propio? ¡Pero por egoísmo quería salvar a los demás! Para descansar él tranquilo, pero salvando a los demás. Tenía que superar el hecho de que ningún ser humano podía pasar por encima de sí. Nadie puede olvidarse de sí mismo, así que tendría que cumplir su misión sobre esa base. Incluso cuando una persona salva a otra, es porque solo mediante la supervivencia y el bienestar de nuestros seres queridos estamos en paz. Sin duda, él quería volver atrás y cambiarlo todo sin que nada se interpusiera. Su religión le había enseñado desde pequeño que todos nacían predestinados al Cielo si tenían la suficiente Fe, o al Infierno si flaqueaban, pero ahora se daba cuenta de que en el fondo, una persona no podía estar satisfecha con eso. El ser humano siempre flaquea en algún momento, pero siempre intenta salvarse por instinto y no se conforma con un destino tan caprichoso, aunque tenga que enfrentar los designios. Además, aunque no quisiera alcanzar el Cielo o lo que fuese eso, necesitaba sentirse mejor. Por tanto… sí, quería salvar su conciencia, pero tanto como quería salvar a los demás. No conseguiría una cosa sin la otra y nada de lo que ocurría seguía las leyes de Dios y eso le

condenaría, pero valdría la pena. Eso le removía hasta los cimientos y traicionaba sus antiguos principios… pero esos valores no le habían servido para nada, ni a él ni a nadie. Tenía que elegir qué era lo que debía y ya lo sabía: todos los hijos que mató. Quizá no fuera la mejor manera o tan siquiera posible, pero una vez en el agua solo quedaba nadar. ¡Incluso puede que Dios lo permitiera! Al fin y al cabo estaba pasando. Al fin y al cabo también estaban ellos: todas sus víctimas. Cada una dolía por separado, eran todos distintos, todos tuvieron sueños. Al final el recuerdo de su martirio era lo más real que había.

Le dolía la cabeza cada vez que reflexionaba sobre tantas cosas, sobre el misterio de todo y de la vida misma. A veces llegaba a ciertas conclusiones pero a la hora de acostarse se daba cuenta de que no tenían sentido o de que estaba haciendo algo mal, algo muy mal. Pero los días amanecían y la inercia le obligaba a continuar. Pese a las confusas explicaciones y a lo fácil que era abandonar su loco propósito, los días se sucedían y el tiempo corría. Llevaría a cabo la misión fuera como fuese, porque si no lo intentaba algo le reventaría por dentro. En ningún momento había querido probar si ya podía morir o si caería siempre en algún otro lugar, la sola idea de que todo pintaba como una oportunidad de remendar sus errores era al final suficiente.

Estaba realmente arrepentido, eso era todo.

*

Era la hora. Se tragó el chupito y sacudió la cabeza apretando los dientes. Usando las esquinas de escondite subió unos cuantos pisos, hasta lo que llamaban las cárceles. Era donde encadenaban a los rebeldes y sus pasillos eran lo más auténtico que tenía aquello de psiquiátrico. En ellos se podía escuchar el concierto de lamentos y el ruido de cadenas que emitían los presos. De vez en cuando también se oía a alguien pateando su platillo de comida, harto de su encierro. Para un hombre como Acacio aquello era desagradable pero pasable, no era algo que realmente sintiera, pues en lo profundo carecía de toda empatía y nunca había tratado de desarrollarla. Era el tipo de persona que se afiliaba a la frialdad y que no congraciaba con débiles ni enamorados, no porque necesitara ser así para ser fuerte sino porque le parecía innecesario, una gran tontería, aunque en el fondo ni siquiera lo reflexionaba: no era así y fin de la historia. Las cosas que le movían no tenían esos matices sentimentalistas. Tenía el cerebro de un malhechor, a pesar de que nunca hubiera pasado de criminal de poca monta. Lo que hacía siempre era por diversión pero rápidamente se aburría de todo.

En aquellos momentos solo pensaba en la cara que le quedaría al novato después de que su sicario se la arreglara. Su secuaz no era otro que El Toro, un enorme bobalicón demasiado violento para estar suelto más de dos días. Cuando sacaron al novato de su celda habían metido a aquel en su lugar, por lo que ya tenía la excusa perfecta. Sobre esa hora los serviciales llevaban la comida al piso de cárceles, así que se quedaría esperando hasta que llegaran a la puerta del Torito. Se tapó la boca para no romper en carcajadas.

IX. LA DESERCIÓN DEL DEMIURGO

Le hubiera gustado mirar en la biblioteca. En el hospital había una sala dedicada a la lectura, aunque tenía una colección muy pequeña. Incluso le podía haber pedido algunos libros a María, pero aún le costaba demasiado leer. Lo había intentado una vez, pero se había pasado media hora para dos líneas. A pesar de que aborrecía su sentido de la intuición, pues estaba atrofiado y nunca le había servido para nada bueno, le era imposible ignorarlo. Presentía que si buscaba, incluso aunque fuese allí, encontraría el nombre de Verbouc en alguna parte. Sí, lo sabía, se estaba metiendo en arenas movedizas, pero no había forma de olvidarse de ese hombre. Él era la segunda causa de todo y no le inspiraba ninguna confianza. Más bien le infundía terror, pero seguía colgando en sus manos y no pensaba volver a enfrentarle. Algo en él quería perderle de vista para siempre aunque sabía que se volverían a encontrar. Pero otra parte de sí mismo no podía olvidar el misterio de ese viejo extranjero, que parecía conocer el mundo como la palma de su mano. Estaba claro que no era una persona normal y que había algo demoníaco en todo él, pero a esas alturas no podía utilizar eso de excusa ni para librarse del anciano ni para esquivar su misión. Todo era tal y como lo había dicho el viejo.

Era irónico que tras todo lo ocurrido ahora se encontrara de lleno con un verdadero servidor del mal… y que se estuviera dejando ayudar por él. Por duro que fuera, una vez que caías en las tinieblas no había forma de salir. Si bien algunas veces creía que Dios estaba viéndolo, otras veces tenía la odiosa sensación de que Él era ajeno a todo, como si fuera un demiurgo que tras crear un universo defectuoso se aburriera de él, dejándole a la suerte de todo tipo de perjuicios. Tiempo atrás se habría autocastigado por este tipo de pensamientos que deterioraban tanto su Fe y traicionaban su Doctrina, pero ahora solo suspiraba y seguía pensando. En el fondo ya sabía que jamás volvería a ser el viejo *sir* William Stoughton, lo que inevitablemente incluía a un hombre creyente por encima de todas las cosas. Una vivencia como la suya hacía replantearse absolutamente todo y por eso veía el mundo con otros ojos, unos caídos y cansados pero que sin embargo veían hasta la última mota de polvo volando en el aire. Supuso que en eso también tenía que ver ella… qué satírico resultaba el devenir. Cuando parece que alguien se queda podrido por dentro viene la vida y planta una semilla, dejando que nuestro agua la riegue. Y entonces solo queda sacarnos a la calle bajo el cielo despejado. Así es que nunca estamos completamente acabados.

Ya no era solo una atracción sexual, eran dos almas congeniando. Se preguntaba muchas veces si la quería porque la necesitaba o porque ella era la única a la que podía amar. Ninguna de las muchachas que había conocido en su vida se le parecían, ni siquiera su difunta esposa… aquella dama con la que se había casado por pura apariencia, por cumplir con lo esperado. Sus familias se habían conocido en Inglaterra y su matrimonio había sido casi concertado, sin amor de por medio. Tan solo se trató de hacer lo que debían cuando la edad fue la oportuna. Había existido cierto aprecio entre los dos pero nunca se habían llegado a enamorar, pues ella no lo

esperaba y él la había reducido a una mera cumplidora, una figura que siempre le esperaba con los deberes hechos. Ni siquiera recordaba una discusión con ella, todo era mortalmente monótono, rutinario y desapasionado… incómodamente silencioso. No se trataba de su aspecto o su educación, ambos exquisitos, sino que no tenía nada de gracia. Tanto se habían empeñado en que su vida fuese perfecta, que ninguno de los dos aportaba nada novedoso a la relación. La estabilidad exterior que tanto habían perseguido había destruido la estabilidad del alma, pues ninguno era feliz. Simplemente se habían conformado porque no habían pensado en otras opciones, no eran posibles. Aguantarse tantos reproches había terminado por causarle una permanente sensación de ansiedad en el pecho, y supuso que a ella también. Lo único que esperaban era que los hijos dieran algo de sentido a esa unión, pero nunca llegaron y la desesperación se coló en su hogar como un miembro más. Pero ni siquiera entonces discutieron. A la vista de lo que pasaba, él se había dejado absorber por su trabajo para olvidar el anhelo que yacía en él por otra clase de vida, por otros placeres. Y esa fue también una de las razones que le llevaron a ser tan duro con los demás: si él aguantaba un sufrimiento autoimpuesto en pos del orden, ¿por qué los demás no hacían lo mismo? ¿Por qué sacrificaban la institución que les protegía, la aceptación de Dios? Ahora sonaba todo tan absurdo… la mayor pena fue para ella. Cuando enfermó, fue muy evidente la falta de sentimiento entre ambos, y lo más doloroso fue que Virginia se iba sin haberlo visto recompensado. Por mucho que William quiso estar con ella en sus últimas horas, siguió estando tan lejos como siempre. Era demasiado vergonzoso admitir que con su pérdida había sentido una liberación, mas después no volvió a interesarse por mujeres. Su difunta había sido todo lo buena que era de esperar, pero el corazón nunca tiene las mismas expectativas que la cabeza. Un par de años después, sin que le diera tiempo a rehacer su vida o a encontrar algo satisfactorio, la soledad terminó comiéndoselo pedazo a pedazo, mientras la tragedia de Salem sucedía.

Sin embargo ahora, esa imagen del demiurgo desertor se volvía pequeña e insignificante cuando pensaba en la anchura del Mar del Norte, que era todo lo que su fugaz vuelo había atravesado para encontrar a esa delicada mujer, con la que sin pensar se volvería a unir de por vida en cualquier forma, si pudiese. Algo tan hermoso no podía tener nada que ver con la casualidad, la desgracia o las sombras. Cuando pensaba solo en ella la tranquilidad se apoderaba de él y las pesadillas se alejaban, pero lo que era más importante: solo estaba ella. No más reflexiones odiosas, no más dolores de cabeza… tan solo su ligera presencia. Incluso hacia que se olvidara de dónde estaba. Era una inyecta de libertad en su sentido más puro y ahí se daba cuenta de las pocas veces que la había experimentado. Quizá cuando regresó a su hogar desde Inglaterra, pero había durado muy poco. De modo que la lírica estaba en lo cierto: no amamos a las personas; amamos lo que alguien hace de nosotros. De nuevo el egoísmo nutriéndolo todo pero también uniéndolo. Y qué fuerte era ese pegamento que estaba por encima de lo físico, pues el recuerdo de ella también le infundía liberación, voluntad. Ya no era solo una atracción sexual… aunque imaginara su boca buscando su cuerpo bajo las telas.

Si hubiera conocido ese amor en 1692… *Oh, Giles Cory.*

*

El Toro bufaba y gruñía como un verdadero animal, haciendo honor a su apodo. El servicial procuraba mantener las distancias cuando le acercaba el plato de comida. Aunque este ayudante era un muchacho fuerte, con una robusta espalda y musculosos brazos, no parecía querer forcejear con el paciente. Probablemente fuera elección de él, pues el doctor solía ordenar que los pusieran en regla pero no se preocupaba demasiado de si comían o no… tarde o temprano sucumbían al hambre. Acacio, encogido en la oscuridad, no le quitaba ojo al bolso trasero de donde colgaba un llavero. Cuando por fin el servicial cerró la portezuela de la celda y se dio la vuelta, vio su momento. *Ahora o nunca*. Raudo atravesó el estrecho pasillo y le arrebató las llaves. El Vinagrero había sido un ratero ya desde pequeño, por lo que controlaba la técnica del robo suave a la perfección. De chico, cuando solo podía permitirse robar en el mercado y salir pitando, practicaba con una chaqueta raída de la que colgaba un címbalo. El truco consistía en sustraer el contenido del bolsillo sin que sonara la dichosa campanilla y tras incontables madrugadas lo consiguió, por lo que robar esas llaves era apenas nada para él. Escondido en la esquina opuesta del pasillo, esperó impaciente hasta que el ayudante desapareció del piso. Ya cuando sus apresurados pasos fueron amortiguados por la distancia, se acercó a la puerta del Torito y lamiéndose los labios la entreabrió. Acacio no le tenía miedo a nadie pero sí contaba con el sentido de la prudencia, necesario con personas como Torito.

—¡Toriiiiitooo! Buenas, amigo —dijo asomando un poco la cara.

La única respuesta que obtuvo fue otro bufido.

—¿Puedo entrar, amigo? Vengo con buena intención —todo lo decía con voz aguda, aniñada.

—¿Qué quieres? —gruñó el otro—. ¡Lárgate!

—Oh vamos, vengo a ayudarte, tonto.

Un plato voló por los aires dentro de la celda.

—¡Amarra el poni, Toro!… Soy el único que se atreve a venir ¿y me vas a largar?

Los gruñidos descendieron de volumen y pareció que se quedaba quieto.

—Eso es… sabía que aprovecharías mi visita, amigo —dicho esto entró en la celda y dejó la puerta casi cerrada, por si acaso.

Dentro de la misma, se agachó frente al enorme bulto que se apoyaba contra la pared y le sonrió.

—¿Qué tal estás, amigo? No muy bien, ¿verdad? Ay… no mereces estar aquí, Torito. Eres rebelde sí, pero yo también lo soy y no estoy encerrado. —Levantó las manos en señal de paz—. La verdadera razón por la que estás aquí es… el novato.

—¿El novato? Oye, pequeñajo, ¡guardas ahí las llaves!

Cambiando de actitud, Acacio se alejó y se sentó contra la puerta, salvando la misma distancia que el servicial.

—Sí, Torito, se necesitan las llaves para entrar ¡y yo las tengo! Pero escúchame antes de que te saque de aquí… aunque si lo prefieres te las dejo aquí tiradas y ya tú te las apañas. —Procuró contener la risa, pues si hacía eso le quedarían muy lejos. Además, al estar encadenado no podría hacer mucho por la labor.

—Enano apestoso… un día te voy a enjuagar esa bocaza, a ver si así te deja de oler a vinagre. —La voz del Toro era profunda, cavernosa y fuerte. Producía ese horrible eco que amedrentaba a quien no lo conocía… y a quien sí. De existir los gigantes seguro que hablarían de aquella manera.

—¡Xeee, xee! ¿Por qué todos viniéndome con esas? Deberías probarlo. Te lo pregunto de nuevo… ¿conoces la verdadera razón por la que te tienen aquí, Torito?

—¿Por qué? —gritó.

—Bajito, amigo. Simple… porque él estaba aquí antes.

—Enano…

—Le tenían encerrado en esta misma celda. En cuanto le sacaron, decidieron meterte a ti en su lugar, aquí. Todas las demás celdas están ocupadas, así es que si el novato no hubiese salido de esta pocilga con ayuda de su amiguita… tú seguirías fuera.

Todavía se lo tuvo que explicar un par de veces más, pero quitó hierro sobre la figura de la chica, enfatizando la culpa del juez. Toro no preguntaría nunca qué culpa tenía Stoughton de que le sacaran, solo se quedaba con ideas simples y llanas, ideas que le hubiesen repetido numerosas veces. Era fácil manipularle porque lo único a lo que aspiraba era a ganarse el respeto rompiendo las piernas de alguno, aunque no lo pretendiera siquiera, pues su carácter violento no tenía razón de ser… en ese sentido era como Acacio: simplemente eran así, aunque El Vinagrero procuraba sacar ventaja de todo.

—Ese saco de huesos… —de nuevo empezó a revolverse, metiendo sacudidas y tirando de las cadenas—. ¡Quítame esta mierda, enano!

Acacio le liberó y antes de que el otro saliera en estampida se hizo a un lado.

—¡Agarra’t que ve curva!

No quería perderse el espectáculo pero antes debía volver a la cocina, tocaba otro traguito.

Por el camino el Toro fue derribando a todo el que se cruzó y nadie se atrevió a construir una barrera contra él. Pocos le habían visto recorrer los pasillos de esa manera… recordaba a un cíclope cazando y sus pisadas hacían tambalear todo el edificio, como si fuera un titán en vez de un hombre. Las monjas y las señoras chillaban y se tapaban la boca, mientras algunos serviciales intentaban alertar a los jefes. Un paciente estaba fuera de control y debían pararlo… pero no intervendrían a tiempo. Toro ya había llegado a la sala donde descansaba Stoughton, que en aquellos momentos se encontraba sentado en la orilla de la cama, acompañado de María.

—¡NOVATO! —rugió nada más llegar a la puerta.

William ya sabía que se referían a él cuando utilizaban esa palabra, así que se giró de inmediato. La muchacha, por el contrario, se asustó tanto que fue girándose poco a poco. La sangre se le había congelado en las venas y el pelo se le había erizado. William, viéndolo venir, apartó a la chica y se levantó. De ninguna manera pensaba hacerse el macho y enfrentar a ese malnacido, pero no sabía qué hacer. Le tenía bloqueada la puerta principal, así que solo quedaba la otra. Sin pensar en lo ridículo que sería escapar, corrió hacia el final de la gran sala, pero las largas zancadas de Toro pronto se comieron los metros que les separaban. Intentó abrir la otra puerta pero no pudo y nada más girarse, el puño del gigante le impactó de lleno en la cara y acabó en el suelo, retorcido y ahogándose con su propia sangre. Intentó arrastrarse fuera de la inmensa sombra que arrojaba el otro sobre él, pero Toro le cogió de las piernas y le trajo de vuelta. Apenas oía nada, tan solo los chillidos de María intentado que parase, preguntándole por qué, y un montón de gritos masculinos haciendo públicas sus apuestas. Se habían reunido en corro y observaban todo con ojos brillantes, mientras la mujer lloraba y los serviciales intentaban hacerse paso con agujas y demás instrumental, como si fueran a dormir a un oso. Todo ocurría a velocidad de vértigo y William ya no sabía ni de dónde le caían los golpes. Sentía que le rompía

en partes y quería desgañitarse la garganta, pero tenía la boca llena de dientes rotos y sangre a raudales, por lo que solo escupía y sollozaba. No llegó a ver cómo María agarraba al enorme atacante y le mordía, intentando desesperadamente que dejara a William. Un servicial pudo recogerla al vuelo cuando Toro la lanzó igual que si fuera un mísero insecto.

Hizo falta todo el cuerpo de trabajadores para aplacar al agresor y aún así les llevó demasiado tiempo. Mientras lo neutralizaban, otros pacientes robaron comida, destrozaron la huerta, escaparon al ala de mujeres y a la ciudad, pues no todos los días se quedaba uno sin supervisión.

X. A ORILLAS DEL RÍO FROME

—Bueno, querida. Consciente soy de que lo habéis pasado mal pero… debemos arreglarlo cuanto antes, ¿no creéis?

La muchacha aún seguía secándose las lágrimas. Su mente estaba muy lejos de aquel despacho, se había anclado en un punto hacía tan solo unas horas. Todo lo que veía era el cuerpo de un hombre siendo machacado, el cuerpo de su débil hombre… el cuerpo de un indefenso crujiendo y estallando una y otra vez, apenas capaz de arrastrarse tan preso que estaba en las garras de la violencia más injusta. Nunca se ataca el honor de una persona, pero menos aún su armadura de carne y hueso, algo tan propio y sustancial que romperlo de esa forma se le antojaba el acto más cruel, vil y repugnante de todos. Si alguien no puede disponer de sí mismo, de lo que está hecho, ¿qué queda? Si tan solo fuésemos más fuertes… *y si le hubiera protegido con mi cuerpo,* como un caparazón o un escudo, aunque se necesitase una muralla.

De nuevo no pudo contenerse más y elevó su sollozo a grito, incapaz de retener en su cuerpo todo el dolor que sentía. El doctor miraba hacia abajo y procuraba armarse de más paciencia. Aunque estaba deseoso de saber la razón del enfrentamiento y los descubrimientos que ella hubiese podido hacer sobre el paciente, todo ese sufrimiento le impresionaba e incluso le sobrecogía. Realmente había algo más detrás de todo aquello, algo más detrás de una dama piadosa y un demente.

—Se recuperará, tratándolo estamos. Le hemos trasladado rápidamente y no tenéis nada que temer.

—¿Qué demonios queréis? Exijo verle. —La rabia de su voz no podía superar tanta congoja y convertía sus demandas en súplicas.

—Tan solo quiero saber para poder prevenir. Soy conocedor de vuestra estrecha relación con el paciente, señorita, y por eso os he traído aquí.

—Si esa bestia no permanece atada de por vida en el peor cuchitril que tengáis haré que mi padre acabe con toda vuestra reputación.

Ambos se miraron largo rato. Finalmente el hombre respiró hondo y midiendo sus palabras, volvió a la carga.

—No saldrá de su nueva celda… y os aseguro que ese cubículo no merece ni el nombre. Pero como muy bien dijisteis, no funciona así el hospital, por lo que todo forma parte de la recuperación de cada paciente, que siempre esperamos sea provechosa y temporal —sentenció, por si las moscas—. Para que quedéis más tranquila… mientras vuestro paciente permanezca con nosotros procuraremos que medie una clara separación entre ellos.

—Quiero que tengan a todos los hombres y a todos los empleados controlados o yo misma dispondré la conveniente seguridad.

A medida que hablaba conseguía que el médico se la tomara en serio. Había cierto matiz en su tono que hacía pensar que no se andaba con faroles. A todas luces se trataba de una chica

pudiente, cuyo padre podría tener mucha influencia. *Quizá no deba solo investigarle a él.*

—Me encargaré de que así sea. Lo único que deseo saber es por qué el atacante se decantó por este pobre desdichado… y para ello necesito saber quién es, qué os ha contado. Sabéis de sobra que no se comunica con nadie y no consigo averiguar cuál es su carencia. Si tuvierais la gentileza de colaborar, entre los dos podríamos asegurar su bienestar. ¿No es eso lo que queréis?

Instintivamente, María se tocó el guante y aunque fue un gesto muy fugaz no le pasó desapercibido al doctor.

En cualquier caso, ella sabía que ese momento llegaría y se había ido inventando una historia.

—Es tartamudo. Exageradamente tartamudo, creedme… le han debido de tratar muy mal y por eso está siempre en silencio. Da la sensación de que ha permanecido callado demasiado tiempo, y solo, lo que me da a entender que no dispone de allegados. No me ha querido decir su nombre, quizá siempre se hayan referido a él bajo un bochornoso mote. Sí me ha contado que alguien le trajo, pero no me ha dado detalles… supongo que el desprecio más absoluto hizo que alguien le dejara frente a estas puertas. Eso o la miseria, lo mismo da. Las pocas palabras que consigo que diga están muy mal pronunciadas, como si nunca se hubiesen molestado en enseñarle como es debido. Siento tanto su situación… debéis velar por él y lo haréis. ¡Prometedlo!

—Prometido —respondió secamente el doctor, irritado de pronto por toda aquella sarta de mentiras. Disponía de una envidiable intuición solo comparable a la femenina, y sabía perfectamente cuándo alguien le estaba contando una historia aprendida. La velocidad a la que lo había contado, los detalles por los que aún no había preguntado, la floritura del relato… todo revelaba la falsedad de aquel cuento.

Dando aquella investigación por perdida, pasó a la siguiente.

—Y decidme, ¿por qué este lugar? ¿Por qué no con las mujeres o… por qué el psiquiátrico y no otras plantas del hospital? Este es un sitio de locos, nunca mejor dicho.

—Creo que la historia que le acabo de descubrir habla por sí sola. Todo el mundo sabe que hay muchos desgraciados en esta vida que acaban aquí injustamente. Siempre ayudo a los más necesitados y he oído historias, historias de hombres que fingen su locura para poder disponer de comida y cama. Y aunque así no fuera y este sea el lugar más correcto para ellos, entiendo la misericordia y el socorro como algo que no conoce de barreras. ¿Qué es la ayuda interesada? Nada. Dios quiso que cuidáramos del prójimo y hay muchas maneras de hacerlo, Doctor, ¡aunque no combinen bien con la alta cuna! Y respecto a lo de las mujeres… sabed que conmigo se portaría mejor un hombre loco que una mujer cuerda, así es nuestra naturaleza. Pero dejad esas cuestiones aparte y haced lo que os he dicho, por favor.

Y dicho eso se levantó y se fue. Tenía un corazón que no le cabía en el pecho, de eso no había duda. Sin embargo, no podía dejarla en paz. Al rato llamó a sus más fieles serviciales y a uno le mandó seguirla, mientras el otro debía averiguar su apellido y todo lo que tuviera que ver con él. Conociendo a esos dos, en un par de días tendría respuestas para muchas preguntas.

*

Los dolores eran tan intensos que no conseguía conciliar el sueño. No le hacía falta entender lo que decían para saber cuál era el cuadro: varias costillas rotas, cara destrozada e hinchada, media dentadura en la basura, una pierna rota, el hombro dislocado y contusiones en el resto del cuerpo. Apenas veía y hasta respirar le hacía daño, por lo que no pudo prestar atención a todos los cambios sucedidos durante las últimas horas. Le habían trasladado a una planta de cuidados intensivos situada en otra ala, donde cirujanos y boticarios se empleaban el día entero por turnos, de forma que estuviera siempre atendido. Le daban infusiones calmantes todo el tiempo y ya le habían recolocado algunos huesos, pero aún así quedaba mucho por hacer y el suplicio continuaba. Los ungüentos que preparaban los boticarios escocían tanto que a veces le tenían que sujetar porque le hacían retorcerse durante horas. Y por si todo eso fuera poco, el sabor a hierro no se le iba de la boca. En medio de aquel infierno no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera el calvario que su cuerpo estaba padeciendo, y ni siquiera pudo concentrarse cuando María acudió a verle, y mucho menos cuando el doctor iba para hacerle las oportunas revisiones, que ahora ascendían a dos por día.

Aún con todo, a medida que pasaba el tiempo el dolor menguaba pero el miedo se lo comía por dentro. Ya no se sentía seguro en ninguna parte, a pesar de que entre todos le habían asegurado que Toro permanecía encerrado y bajo severa vigilancia. *Tengo que salir de aquí, ¡oh Dios mío! Dejad que salga de aquí.* A veces sufría alucinaciones durante las cuales un gigante se acercaba y lo miraba, antes de coger carrera y lanzarse sobre él para partirlo por la mitad. Hubo de pasar otro mes para que se calmara, sin embargo las pesadillas volvieron. Su subconsciente era un enorme campo llano donde un ejército de fantasmas corría a la batalla dispuestos a destrozar sus defensas, las pocas que le quedaban. Una noche el nombre de Mary Lacey resurgió en su cabeza y vomitó todo lo que ocurrió de forma grotesca: un chiquillo de pelo plateado y grandes ojos rojos aplaudía alegre e incesante mientras su madre apuntaba a su abuela, la señora Foster, cuyo cuerpo se balanceaba como un péndulo y estaba a punto de convertirse en pasto de las llamas. Despertó de un sobresalto y se pasó la mano por la frente y la nuca, por las que corrían gotas de sudor.

También recordaba esa historia, cómo no.

Mary Foster Lacey, hija de Ann Foster, había sido acusada de brujería junto a esta última. Ann Foster era una viuda que había sido partera y enfermera en su tiempo, pues ya contaba con setenta y dos años y una apacible retirada hasta ese día, la tarde en la que fue acusada de hechizar a una mujer llamada Elizabeth Ballard, que se había desmayado justo al pasar por delante de la casa de Foster cuando esta tendía ropa en una cuerda. Sin miramientos se habían llevado a la anciana y la habían torturado durante días, mas la septuagenaria mostró una gran resistencia, negándose a confesar. Sin embargo, toda su entereza se desplomó cuando acusaron a su hija, Mary Lacey, y esta se defendió de la peor manera.

—¡No! ¡Yo no he confabulado con el Diablo, ha sido mi madre y solo ella!

Tendría que haber sabido ver a través de las lágrimas de Mary Lacey. Debió haberse dado cuenta de que Mary no lloraba por ella ni por su hijo, lloraba por su madre, porque la estaba vendiendo injustamente para salvar al resto de su familia. No quiso darse cuenta de que gritaba y abrazaba a su pequeño sabiendo que su madre, la vieja Ann, jamás negaría tal acusación. Foster no murió colgada pero pereció en la celda veintiún semanas después, veintiún semanas en las que su hija se agarró al pomo de la puerta de su casa, tratando de contenerse para no ir a verla.

Cuando supo de su fallecimiento, su hijo vio cómo por fin soltaba el pomo y se dejaba caer contra la madera, hasta el suelo.

Stoughton cerró tan fuerte los ojos que cuando los abrió los tenía completamente empañados.

—¿M*adre? ¿Qué ocurre, madre? No llores, tú no eres como la abuela.*

Daba igual. Algo así habría ocurrido. De repente se acordó de su difunta madre y de todas las cosas que le decía, que no eran muchas y siempre las mismas. ¿Estaría una mujer como ella dispuesta a dar la vida por alguien como él, si hubiera visto todo lo que hizo? Supuso que sí, pues el amor de madre no está sujeto a condiciones ni a circunstancias, pero eso no le hizo sentirse mejor. Además, su madre era una mujer que siempre le había apoyado en todo, que siempre había visto en él a un hijo perfecto y a un hombre prometedor. Apretando los puños se dio cuenta de que si hubiera vivido en el momento de los juicios, hubiera confiado en él sin vacilar. Y ahí estaba la verdadera desgracia: también habría emponzoñado el tremendo amor que su madre le tenía. No se libraba nada a su alrededor, todo caía arrastrado por una fuerza que salía del pozo de su alma y abarcaba todo lo que estuviera cerca.

María.

¿Cómo estar seguro de que no estaba envenenando también su amor? Él había cambiado pero quizá no fuera suficiente… quizá nada lo fuera al final. Puede que estuviera arrastrando a una inocente más.

Necesito dormir.

Se maldijo porque en el fondo sabía que el amor que sentía nunca le dejaría alejarse de ella del todo, aunque presintiera que no le hacía ningún bien. Además, alguna mañana no muy lejana despertaría y volvería a sus clases con ella y a pensar en la misión, pues seguía combatiendo contra la renuncia en una contienda sin fin, en una justa en la que ambos caballeros corrían al galope de sus corceles sin cruzarse aún.

—Mi dulce William.

Allí estaba, la veía de nuevo. Se acercó con sus manos entrelazadas y un rubor rosado en las mejillas, para acariciarle la cara y estirarle la manta. En un movimiento inesperado se arrodilló y posó su pequeña cabeza sobre la almohada, de manera que los extremos de sus narices se rozaban y sus bocas quedaban a un índice de distancia. No supo cómo decirle que se veía reflejado en sus pupilas y que estaba horrible, así que procuró fijarse en el brillo de su pelo posado, que le recordaba al río que rodeaba el pueblo de sus padres.

¿Cómo se llamaba?

Ella buscó un lugar de su cara que no estuviera cubierto con pomada, postilla o gasas, y entonces le besó suavemente.

No importa. Nada importa.

Le agarró la mano y tiró de ella para que no se fuera, tanto que acabó llevándosela a los labios para devolverle el suave beso. Hasta una dama y un demente pueden encajar.

Solo cuando ella se marchó pudo acordarse del pueblo, Dorchester, a orillas del río Frome.

XI. GUANTES ROSAS

—Seguidle. No le perdáis de vista.

El carromato iba tras el carruaje pero guardaba una prudente y nada sospechosa distancia, aunque eso se acabaría cuando terminaran de atravesar el puente y se introdujeran por las callejuelas. Sin embargo, el servicial no estaba nada nervioso… él nunca se ponía nervioso. Al menos no mientras continuara con el ojo puesto en ella, en la muchacha a la que tenía que seguir. Su compañero ya había averiguado información sobre su familia, una de origen burgués que había ido atesorando poder local y que finalmente se había terminado ennobleciendo, fundando su propia casa y conservando su influencia en diversas áreas. Tal casa era la Frontó, por lo que ella había sido bautizada como María Constanza Elionor de Frontó, hija de Sebastiá de Frontó.

En aquellos momentos ya la virgen planchaba y envolvía con su luz incandescente cada rincón, haciendo que las mil torres se convirtieran en negros soldados recortados contra el cielo, luchando por ver su sombra sobre el Turia antes de que la noche se los tragara. Era una hora muy tardía para regresar a casa, pensó el servicial, pero la muchacha había insistido en detenerse en varios conventos y establecimientos, muchos de los cuales ya no habrían aceptado visitas de no ser ella. Por lo visto dedicaba todo su día a la caridad y tras esto le gustaba pasearse por las calles, pero finalmente tenía que volver a casa como toda buena dama.

—Seguidle un trecho más, yo os diré cuándo parar.

El conductor del carro no pronunciaba palabra pero levantaba las cejas cada vez que escuchaba a su cliente. Era la primera vez que le solicitaban seguir a alguien y se sentía muy turbado. Era como si estuviese contribuyendo a una cacería de la que ni siquiera sabía nada, y eso no le gustaba. Pero el negocio era el negocio.

—Deteneos.

Sin un gracias o una despedida depositó en su mano unas cuantas monedas y bajó del carro de un salto, ágil como un gato. *No se ha llevado las vueltas.* Con la curiosidad en el cuerpo se quedó un momento quieto, intentando divisarle, pero ya no había ni rastro de él.

Por su parte, el carruaje de María se detenía frente a su hogar, una gran casona de tres plantas hecha de mampostería, ladrillo y madera, cuya decoración era la de un palacete renacentista. Ya tenía más de un centenar de años y la habían bautizado con el apellido de la casa, por lo que era muy conocida en toda la ciudad. En la familia estaban muy orgullosos de aquella espléndida propiedad pero ella no solía alardear mucho. Apoyando su mano enguantada en la del cochero, fue bajando la escalerilla para salir del carruaje. Cuando estaba a tan solo un paso de alcanzar el empedrado, una figura encapuchada pasó entre ellos a velocidad de vértigo. El cochero cayó hacia atrás y María gritó, pero para su asombro el extraño atacante había desaparecido. Mientras oía sus pasos acelerados alejándose, tomó aire y ayudó a su viejo cochero a levantarse. Y mientras lo hacía se dio cuenta de su mano desnuda, a la que ya no protegía ningún blanco encaje. Abriendo los ojos con desmesura se giró sobre sí misma y peinó el suelo, buscando la

nota que llevaba siempre escondida bajo el guante robado.

—Señorita…

—¡María! Sube ahora mismo, ¡por Dios! —gritaba su madre desde el alféizar.

*

Ya podía beberse el vino solo. Se lo daban para combatir el dolor, aunque estaba realmente malo. Muchas veces se resistía a tomarlo pero siempre acababan obligándole. Sabía que aún no estaba lo suficientemente recuperado como para salir de aquel catre, pero los médicos le habían augurado dos meses más de reposo absoluto y eso equivalía a una eternidad. Lo único bueno de la situación, si es que lo había, era que no tenía que vérselas con nadie más, a excepción de algún vecino de cama que por suerte no hablaba mucho.

Y las visitas de María.

El cariño que le profesaba era tan enternecedor, tan sincero, el trato tan volcado y cuidado. Cuando le lavaban la cara apretaba los labios hacia dentro, temeroso de que se llevaran el sabor de aquel único beso que le había robado. En el fondo todo eso eran tonterías porque apenas había rozado su boca, pero se sentía tan celoso como un niño. Cuando esa tarde acudió a verle, de seguro no estaba pensando en aquel beso ni en nada de eso. Estaba cansada y nerviosa y no dejaba de tocarse las manos, lo que también hizo que Stoughton se fijara en sus nuevos guantes, unos de color rosa pálido. En ningún momento se acordó de la nota, pero en cuanto ella vio que miraba sus guantes, se despidió apresurada y se fue, lo que provocó una punzada de dolor en el corazón del juez.

Esta, preocupada de que William la reprendiera por ponerle en evidencia, decidió resistir la tentación de enfrentar al doctor, pues sin duda él era quien estaba detrás de todo aquello. Sin embargo, sus decisiones ya poco importaban: el médico llevaba la delantera en ese juego macabro que habían comenzado sin querer. La hizo llamar a su despacho y sin preparativos le dijo, mordaz como una mujer engañada:

—Me imaginaba un mote más bochornoso que William. Un sucio inglés… creo que tampoco sería agrado de vuestro padre, jovencita. Y no me digáis que viene de otro lado porque no lo creo. Es increíble que haya conseguido atravesar nuestras fronteras.

—¿Cómo os atrevéis a…?

—Oh, no, querida. ¿No os dais cuenta de que todo se sucede de mejor manera cuando uno cierra el pico? Bonitos guantes, por cierto.

—¿Qué es lo que queréis? —estalló María.

—Un sucio inglés... nos estábamos matando ayer mismo. Si Toro hubiera sabido su condición, entonces podríamos decir que es un herido de guerra en toda regla —rio, con desprecio—. Lo menos que podéis hacer a partir de ahora es colaborar de verdad. Se acabaron los cuchicheos, los secretos y las mentirijillas. Él es mi paciente y vos una simple ayudante, vengáis de donde vengáis. Aunque aún no estoy seguro de que no quiera algo más…

Ella tragó saliva, temiendo la más repulsiva demanda.

—Este hospital tiene algunas carencias. Necesita algún que otro favor económico por parte de

una buena samaritana como vos. Aunque prefiero que el dinero me lo deis a mí primero, en vez de donarlo al hospital directamente. Tengo mucha devoción por este centro y me gustaría gestionarlo de primera mano… ¿no habrá problema en ello, verdad?

María abrió mucho los ojos. No sabía si respirar tranquila o no.

—No… no lo habrá, Doctor.

Ningún repulsivo favor carnal, tan solo un inmoral chantaje. William tenía que sanar lo antes posible y juntos se irían de allí. Donde fuese, pero lejos de allí.

Pocos minutos después se dio cuenta de lo que eso significaba: ¿estaba realmente dispuesta a abandonar a su familia y huir, a olvidarse de la ciudad que la vio nacer? ¿Adónde irían? ¿A quién conservaba William tras las fronteras, si de verdad tenía a alguien? Quizá el extraño anciano, pero nunca le había vuelto a ver… de repente todo parecía perdido. Y no debía engañarse a sí misma, pues no estaba preparada para tal cambio. Ya no tenía dudas de que amaba a ese hombre, de que había despertado en ella un sentimiento que se abría lenta y tímidamente, igual que una flor. Pero simplemente aún no estaba dispuesta a tanto por él, aunque tenía miedo del cariz que había tomado la situación. Si su padre se enteraba de que un inglés fugado y encerrado en un loquero bebía los vientos por ella, y que además su hija había consentido que la pretendiera, se echaría las manos a la cabeza y no la dejaría salir de su alcoba nunca más. Y eso sin contar con el dinero que tendría que pedirle para los «arreglos del hospital». Esperaba que poco a poco todo cambiara y hallara alguna solución. Por el momento, lo único que quedaba claro era que William tenía que sanar para poder sacarle de allí. En cualquier caso, tendría que seguir las órdenes del doctor y comportarse lo más cautamente posible, aunque seguiría visitando a William y dándole clases. Era probable que las necesitara de verdad en un futuro.

Tras su reunión con el doctor, sintió que aunque no tenía ánimo debía volver con William y parecer lo más serena posible, pues sabía que le había preocupado. Al menos tuvo tiempo de calmarse un poco mientras le implantaban los dientes que le quedaban y que ella misma había costeado con sus ahorros, pues nadie se molestaba en conseguir piezas para un loco Don Nadie. Solo esperaba que desinfectaran bien los dientes de los donantes. Un barbero le había informado de que no necesitarían demasiados, pues algunos dientes los extraerían de la propia dentadura de William y los recolocarían, de forma que tuviera los principales huecos cubiertos y no tuviera ningún problema con los principales. Mientras le decía aquello, ella había visto la mirada satírica del cirujano, pues nadie podía entender cómo alguien como ella se tomaba tantas molestias por alguien como Stoughton. Lujos como aquel solo correspondían a militares, nobles y pocas personas más. Por suerte o por desgracia ya había desistido, a esas alturas ya comprendía que el fenómeno no estaba al alcance de todas las mentalidades. Más bien, de ninguna. Lo importante era que al final del día ella se sentía bien, y aunque no hubiese ayudado a nadie más que a William ni hubiese conseguido la orgullosa aprobación de sus padres en lo que fuese, William era todo lo que le hacía falta para ser feliz. Era algo tan sencillo que no podía comprender cómo el mundo lo limitaba e impedía. Nada más lejos de la realidad, pues el amor solo elevaba el alma. Ahora presentía que todas las escaleras al cielo, aquellas de las que hablaban los poemarios, estaban referidas a eso, eran meras metáforas. Y para recorrer más a prisa esa escalera, debía acercarse aún más a él, saber qué oscuro pasado le había traído hasta ella. Sabía que ese recuerdo no sería fácil de arrancar, pero el amor también era caprichoso y tenía que saberlo, más a cuenta de todos los cambios y los riesgos que estaba corriendo por él. Conseguir el dinero del chantaje

tampoco iba a ser camino de rosas, pues su padre no solía dejar que las mujeres tocasen una sola moneda si no era por una buena razón… o por un capricho de vez en cuando. Ellas debían lucir hermosas, elegantes, pero eso era toda la libertad que tenían en ese ámbito.

Definitivamente, ese pobre hombre iba a hacérselo pasar muy mal… por tanto, ¿qué menos que un poco de confianza?

—William, ¿qué te ocurrió antes del hospital?

Él la comprendió casi al instante.

María era la única persona que parecía haberse dado cuenta de que no estaba tan loco como para estar allí, así que no podía contarle que había burlado el tiempo y el espacio. Quizá poco a poco podría tratar de confesarle sus errores, la cacería de los juicios y hasta su intento de suicidio. Pero de ningún modo podía soltarle lo de Verbouc. Fue en ese instante, reteniendo las lágrimas, cuando fue desnudando la media verdad más justa del mundo:

—Por mí niños… salieron de sus casas para, para ver morir sus padres. Porque yo pensé que sus padres… todos ellos, eran malos. Solo yo era malo.

Las lágrimas que él se guardaba brotaban de los ojillos de la muchacha, comprendiendo que como antiguo sentenciador se había equivocado en algo… en mucho.

—No lo eres. Nunca lo has sido —musitó ella, como si le conociera de toda la vida, pues le veía transparente y pasmosamente simple, dolorosamente expuesto y reducido a la primera verdad del ser humano, esta era, que somos los que más fuerte sentimos.

—Y escapo. Pero los recuerdo, las noches… en las noches recuerdo a todos. Y tengo que volver al lugar… en Colonias en Nuevo Mundo. Y…

—Disculparte y hacer algo bueno por ellos. Voy a ayudarte.

Él no le contaría cómo porque ni siquiera lo sabía, pero era suficiente. Era lo más legítimo que había oído en toda su vida y ya no se trataba solo de proteger al extranjero, a su hombre o al débil y falso demente. Ahora ella podía involucrarse en una contribución mucho más ambiciosa, una que iba más allá del amor entre ellos dos o la caridad entre las calles de esa ciudad amurallada.

Y ahora que ella sabía que él pretendía irse, tendría que idear un verdadero plan. Él se sentía lleno de renovada energía ahora que se había liberado de cierta presión, ahora que los dos parecían aceptar que no había vuelta atrás en aquella decisión. No sabía lo que ocurriría ni las posibilidades que tenía su amor ahora que el camino se allanaba, pero no podía seguir pensando todo el tiempo en los daños colaterales. Tenía que empezar a pensar a lo grande, o no avanzaría. Puede que se alejara de ella físicamente o en cualquier otra forma, pero no podía mortificarse con ese pensamiento. Se llevaría la fuerza que ella le daba con él, y mantendría la esperanza del reencuentro en algún lugar de su cabeza, bien escondida. Estaba arrepentido y veía ante sí una posibilidad, una sola y muy incierta, de cambiar las cosas.

No la desaprovecharía.

Debía cambiar la Historia, ajustar cuentas con el destino.

Por la Española

XII. EL LEÓN ENGALLADO

Una bestia marina, un enorme coloso surca-mares de más de trescientas toneladas, digno hijo menor de la que fuera la Armada Invencible. Tenía ante sí uno de los mayores buques de guerra que había visto en toda su vida. Era la gran Capitana, el primer galeón que junto a la Almiranta formaban la Armada de Guardia. Su casco era grandioso y alargado, cubierto con elegantes líneas que desembocaban en el mascarón de proa. Allí era donde se alzaba el Gran León de España. Su expresión en la madera era feroz y nada como su posición erguida y altanera para representar el espíritu español cortando las aguas, sin miedo a nada. A lo largo del casco se distribuían las portas de los cañones, que se contaban como seis a cada lado, ocho de bronce y cuatro de hierro según había oído. Congelando de nuevo su mirada en la bestia engallada, vio el largo bauprés que salía de allí, rozando la línea tumbada del horizonte y formando así un ángulo que encerraba dentro de sí un trozo de tímido sol, que ya asomaba.

Y en medio de todo aquello, la bandera de la patria bailaba con el suave viento en el palo mayor. Una verdadera obra de arte, no tendrían jamás nada que envidiar.

Por fin estaban allí. El viaje desde la Ciudad de las Mil Torres no había resultado precisamente fácil, pero allá quedaba esa ciudad infinita. Había ocurrido todo tremendamente rápido, pero allí quieto enfrente de ese barco todo iba reduciendo velocidad. Cerró los ojos y se acordó del último día en ese hospital.

No había sido fácil… de hecho había sido una locura. La seguridad se había duplicado desde el incidente con Toro, ya hacía mucho tiempo. Pero no solo a nivel general, sino que se había aumentado con respecto a él. A medida que se fue recuperando, observó cómo el doctor decretaba más visitas por parte de su personal, y por las noches podía oír pisadas tras la puerta de su habitación. *Le estaba vigilando,* el Doctor era consciente de las ganas que tenía de salir de allí pitando. A esas alturas William ya se olía que estaría chantajeando a María, pues ese especial interés en él no podía deberse a otra cosa. A ella se le apreciaba el dinero en cada costura. Era un asunto muy delicado. Sin embargo, el día que le tuvieron que trasladar a la sala mayor la cosa cambió. No podía seguir ocupando un cuarto de cuidados intensivos cuando ya estaba otra vez entero, por lo que regresó al ala mayor con los demás pacientes y en ese lugar las cosas eran un poco distintas. El personal había crecido ligeramente y parecía incluso que manejaban más utensilios. Aun así, la mayor parte del dinero suplía necesidades *personales* del doctor, pero eso era algo que escapaba al conocimiento del juez. Lo relevante fue que a ojos de William, aquel escenario fue fruto de una idea tan asombrosa como horrorosa: volver al caos. Algo tan lógico que resultaba estúpido que no se le hubiera ocurrido antes. ¿Cuál fue la única ocasión en la que el personal descuidó a los pacientes? ¿Cuál fue el día en el que medio psiquiátrico escapó? Tan solo tenía que revivir una situación similar… pero temblaba solo de pensarlo. Se negaba a utilizar a Toro de nuevo, que por otra parte seguía bien escondido. Necesitaba a otro alborotador… o quizá otro factor, un accidente por ejemplo. Y debía hacerlo muy bien.

Obviamente María tendría su influencia en parte del plan, más que nada a la hora de sacarle de la ciudad, pero no podía descuidar la seguridad de la pequeña. Pero claro, tampoco podía él colocarse en el centro del problema, pues debía conseguir que le quitasen el ojo de encima.

Y entonces, antes de que planeara nada, todo vino rodado. Una tarde se fijó en un compañero unas cuantas camas más allá, que no paraba de insultar al hombre que trataba de darle de comer. Berraba una y otra vez sobre lo asquerosa que era la comida y lo deplorable del trato que le daban. «¡Me queréis matar!», sollozaba. Escupía y acababa tirando el plato, para después gritarle al curandero que no pensaba tragarse esa porquería, que seguro que estaba envenenada. No parecía creerse mucho lo que decía, lo suyo era más bien refunfuñar sobre absolutamente todo. ¿Pero y si se lo creyera?, pensó Stoughton. ¿Cómo de obsesionado podría estar ese hombre con la idea de que le envenenaban? Si estaba allí con ellos, en esa planta, es que no estaba bien de la cabeza… y a William no le quedaba más remedio que usar esa baza. Pero no le bastaría solo con él. Le comentó la idea a María y esta, aunque escandalizada, aceptó. Juntos idearon un plan en el que el juez debía pronunciar cada palabra como si fuese de allí, y debía hacerlo antes de que encadenaran a ese pobre desgraciado. Pasó un par de tardes localizando a sus verdugos, los que solían alterarse. Se acostaban unos cerca de otros, así que igual era esa la razón por la que compartían la misma tontería del envenenamiento, parecía como si se la contagiasen. Stoughton se sentía bastante mal haciendo todo aquello, pero no se le ocurría otra forma y de cualquier manera la situación de esa gente no podía empeorar mucho más. Además, si todo salía bien, o encadenaban a veinte de golpe o a ninguno, y no había tanto sitio disponible. ¿Qué más podían hacerles? ¿Atarles, golpearles, ponerles un trozo de tela alrededor de la boca? ¿Arrastrarles hasta que desfallecieran? Lo acabarían haciendo igualmente, y tampoco podían cargárselos a todos sin que algún otro voluntario aparte de María se diera cuenta. O eso esperaba… no podía pensarlo.

Cuando ya estuvo preparado, se acercó un día al que parecía más loco de todos, el que había montado en cólera, y le susurró mientras estaban volviendo del jardín y pasaban desapercibidos entre la gente:

—Oídme, compañero, ¿creéis de verdad que nos ponen veneno en la comida? He notado regustos muy extraños en la mía. Otros compañeros piensan lo mismo.

Nada más decir eso se alejó aprisa. No quiso mirar la cara que se le había quedado al otro, pero lo cierto es que lo miraba con la boca abierta. Si ese hombre, que nunca hablaba con nadie, se acercaba para comentarle eso… es que quizá fuera verdad. Ahí ya había encendido la llama.

Aprovechando pequeños ratos en los que notaba que no le vigilaban, Stoughton fue soltándole el mismo cuento a todos los que pudo, mientras el otro iba también extendiendo la sospecha. Muy bien lo tuvo que hacer cuando hasta él se preguntó si alguna vez lo habrían hecho. Cuando el juez notó que el rumor estaba en ebullición, eligió el momento idóneo para hacerlo explotar: mientras les daban de comer a principios de semana, aprovechó que prácticamente todos estaban mirando fijamente los alimentos para ponerse a toser y escupir, mientras fingía ahogarse. Miró disimuladamente hacia los lados, desde donde le miraban con ojos asustados, intentando provocar a los más bastos. Efectivamente, el de la otra vez estalló. Arrojó la comida y se puso de pie sobre el camastro, señalando con un dedo acusador a los enfermeros.

—¡Vedlo, nos pretenden matar! ¡Consumimos muchos recursos, no tienen sitio y quieren que entre más gente, para que vean que este sitio de mala muerte vale para algo! Nos tratan como a ratas, ¡no os desharéis de mí tan fácilmente!

Y acto seguido, alentado por los gritos de los demás, con sorprendente agilidad se bajó de un salto y comenzó a patalear las bandejas de comida. En cuestión de segundos muchos le imitaron y pronto tuvieron que venir más empleados para aplacarles. Stoughton se coló entre algunos y fue lanzando chillidos, sorprendiendo a muchos. Todos pensaban lo mismo: si hasta este tipejo abre la boca, es hora de que todos lo hagamos. Así, aquello se convirtió en una batalla campal de la que William consiguió escaquearse hasta la entrada, junto con otros que no iban teniendo tanta suerte. En cierto momento tuvo que pegarle un puñetazo a un servicial que se le plantó de frente, y de esa manera pudo salir al encuentro de María, que le esperaba nerviosa dentro de un carruaje que ella misma había encargado.

—¡Tirad! —vociferó María.

Cuando pensaban que les había salido bien, detrás de ellos avanzaba otro carro donde iban los sabuesos. En cuanto giraron hacia una calle por la que no transitaba mucha gente, un servicial asomó un arpón por la ventana y disparó en dirección a una de las ruedas. La flecha se metió entre el final de un radio y la llanta, provocando que dejase de girar y el carruaje perdiera el equilibrio. Debieron de prepararse en cuanto vieron el carruaje de María estacionado frente a la entrada, sin que ella descendiera del mismo. Sin llegar a caer, el coche derrapó y el tirón hizo que se volviera hacia un lado, pero entonces los caballos se encabritaron y se alzaron sobre sus patas traseras, frenando bruscamente la cosetada. Mientras el carruaje de los sabuesos frenaba también para no chocarse, María chilló encolerizada:

—¡Ahora, arree a los caballos de nuevo!

—¡Señorita María, nos vamos a caer!

—¡Haga lo que le digo!

El viejo cochero batió las riendas y los caballos corrieron de nuevo antes de que los perseguidores pudieran bajarse de su coche. Mientras, María había sacado un arma que había llevado envuelta en una manta todo el camino. Era una gran escopeta que había robado de la armería de su padre, alargada y potente, que al menos sabía sujetar. Trató de asomarla por la ventana para ahuyentar a los serviciales, pero con el avance de los corceles la presión había hecho que la flecha rompiese la rueda, que salió rodando del eje y tiró el carruaje hacia ese lado. Las astillas y las chispas volaban mientras todos caían hacia la derecha, sin poder mantener el equilibrio. Con el movimiento, la escopeta se escapó de las manos de la muchacha y se disparó por accidente, ocasionando que los caballos volvieran a asustarse. El nuevo frenazo y el peso de María sobre William contra la portezuela, hizo que esta se abriera y cayesen al suelo, golpeándose duramente contra el empedrado. María, que había caído sobre el cuerpo de Stoughton, se zafó y tiró de él mientras le gritaba:

—¡Corre, coge uno de los caballos y vete!

William trataba de replicar, pero ella tiraba tan fuerte que se levantó y fue a quitarle una de las cuerdas al cochero, que estaba a punto de vomitar. Gracias a Dios que sabía montar a caballo… poniendo toda la fuerza en el salto, se subió a lomos de uno de ellos. Cuando quiso mirar hacia atrás para pedirle a María que fuese con él, la chica estaba palmeando los cuartos traseros del animal, que empezó a correr despavorido. Stoughton se tuvo que echar hacia adelante mientras procuraba mirar adónde se dirigía el caballo. Agarró fuertemente la cuerda y con los pies comenzó a dirigir el ritmo y la dirección, antes de que se chocasen con nada. Todo sucedía a velocidad de vértigo y no era capaz de mirar atrás, tan solo hacia adelante mientras la

gente se apartaba incluso tirándose. Todas las calles estaban atestadas de gente y de puestos, acabarían matándose. Con un grito de ira, el juez frenó un poco al caballo y se concentró en buscar la silueta de los edificios que recordaba cuando entró, buscando la entrada. Procuró coger alguna callejuela inesperada para que no lo encontraran e incluso se paró a preguntar. De alguna manera, logró atravesar cada muralla y salir de esa ciudad infernal, para abrirse después a campo abierto. Al ver todo ese terreno, supo que tampoco entonces podría mirar atrás, sino que tenía que azuzar al caballo aún más, alejarse todo lo que pudiese mientras le aguantasen las fuerzas.

*

Lo más anecdótico había sido sin duda su siguiente parada: la aldea en la que había caído la primera vez, la ya famosa Salem. Milagrosamente había logrado encontrarla de nuevo, y esperaba que le dieran hospedaje aunque no contara con nada de dinero, pues aunque María había guardado una cantidad solo para él, no se la había podido dar. Esperaba encontrar a la mujer de aquel día, pues aunque esta no le hubiera tratado con demasiada dulzura seguía siendo la única que se había preocupado algo por él. Pensó que después de los muchos meses, ya casi dos años que llevaba en esas tierras, se defendería con el idioma de sobra para comunicar sus intenciones de dormir tan solo una noche bajo su techo. Sin embargo, María le había advertido que en las aldeas hablaban distinto, pero aún así pudo arreglarse. Después de todo, y de haber superado una curación lenta y penosa, ya estaba en condiciones para emprender su gran viaje de vuelta. Además, por la razón que fuese no parecía que le hubiesen seguido hasta allí, y si lo estaban haciendo era muy probable que contase con un poco de tiempo, pues apenas había parado. Tanto el caballo como él habían llegado casi muertos. Aunque quizá no tenía derecho a ello, rezó para que María llegase a aquella aldea de la que sí sabía el nombre, y pudiera ir con él hasta la ciudad portuaria. De todas maneras, estaba desesperado y cansado, y la única manera que sabía de pedir algo era orando, eso ya formaba parte de él. Por eso cuando María llegó al día siguiente, ante la estupefacción de la mujerona que lo había vuelto a acoger, dio gracias a un Dios en el que prefirió no volver a pensar. Él le había explicado a la mujer que se había ido por voluntad propia del hospital, y que había quedado en ese lugar con una vieja amiga, pero que aún no había ganado nada de dinero para costearse algo que no fuera su amabilidad. Se disculpó por su más que posible mala pronunciación alegando que tenía problemas de aprendizaje.

Cuando María volvió, lo hizo con ropas de montar que se asemejaban a las de un hombre. William había quedado muy preocupado y cuando la vio respiró hondo, maravillado. Ella estaba bien, se había defendido con su escopeta y ambos serviciales tuvieron que irse, amenazados por una mujercita que temblaba más que una hoja cuando rozaba el gatillo. Les había gritado que no tenían manera de demostrar que William había estado dentro de ese carromato, solo que uno de los caballos faltaba, pero considerando lo que habían hecho, bien podía parecer que lo habían ahuyentado. Tras todo eso, María aún no sabía nada de lo que les concernía a esos dos, al doctor o al hospital, y así seguiría hasta que volviese de Cádiz, a donde pensaba acompañar a Will.

No quiso dar muchas explicaciones a sus padres pero les dejó una conmovedora carta en la que relataba cómo había conocido a un viejo marinero gaditano que deseaba volver a ver el mar

desde su casa. No detalló en qué centro había encontrado al pobre soñador pero aseguró que estaría de vuelta, pues había pedido permiso para realizar tal viaje con el fin de mejorar la salud de aquel paciente apegado a las aguas. Sus padres ya sabían cómo era ella, así que confiaba en que lo comprendieran. De todas maneras, aquella preocupación era totalmente secundaria. Lo importante seguía siendo llevarle a él a puerto… y que pasara lo que tuviera que pasar. Ya se enfrentaría a todo cuando regresara.

Así que allí se encontraba: mirando cómo William se dejaba envolver por la líquida luz del amanecer en la bahía. Por esa espalda valía la pena luchar, valía la pena viajar, mentir y enfrentar a cualquier chantajista que hiciera falta. Cuando llegara le diría finalmente al doctor que ya no estaba dispuesta a proporcionar más dinero, que solo hacía que engordar sus bolsillos. Ahora ya podía amenazarla, ya podía soltar a sus bestias inmundas, remover cielo y tierra para encontrar a William o ir con todos los cuentos a sus padres… porque había conseguido lo que quería. Stoughton estaba a punto de embarcar en uno de aquellos barcos con un pase de capellán que le había conseguido. Ya sabía rezar a la perfección y lo haría bien. Si el doctor no hubiera confiado en que no había sitio al que «ese inglés» pudiera ir, no habría podido torearle.

Sin embargo, no quería que se girase. Y William tampoco lo deseaba. Si no se veían la cara el uno al otro era como si el tiempo no corriera, como si les esperase. Aunque a su alrededor todo el mundo se moviese y algunos gritasen órdenes, aunque les empujaran y se les quedaran mirando… era como si nada sucediese. Como si la rotación de la Tierra esperase la de sus cuerpos. *Quizá tenga que correr. ¿Y si zarpa el barco y no me despido? ¿Y si no la vuelvo a ver?*

¿Y si no le vuelvo a ver?

Entonces la Tierra volvió a moverse y el tiempo se reanudó. Acercándose el uno al otro sintieron como si algo en el aire estallara a medida que acortaban la distancia. Sin mediar una palabra caminaron hasta donde les condujo un mozo, hasta el galeón mercante en el que él debía montar. No era tan grande como los buques de guerra que lideraban la formación, pero aún así se veía monstruoso. William ya había montado en barcos, pero aquellos los veía mucho más grandiosos, quizá porque tras tanto tiempo encerrado todo se veía de aquella forma. Mirando al suelo y cogidos de la mano cerraron los ojos y susurraron una última oración juntos, las únicas palabras que eran capaces de pronunciar. En aquellos instantes la necesidad era palpablemente dolorosa: le necesidad de tenerse. El desgarrón casi físico que suponía el separarse, como si una parte del alma se desgajara, como si una vez enamorado no se pudiera avanzar solo nunca más. Así funcionaba, así un sentimiento se volvía corporal sin necesidad de yacer juntos en una cama de hospital o en cualquier otra cama. Era injusto que la moneda tuviera siempre un lado tan malo, pero parecía que Dios había limitado la dicha para los hombres, o quizá para los hombres como él y las mujeres atrevidas como ella. Con temor sintió el juez en su cabeza asomar el niño, el jovencito que lloraba y pataleaba, el crío que no quería que eso fuera verdad. Tragó desesperado intentando contener las lágrimas pero el ruido de su garganta se sincronizó con el de ella, y entonces se fundieron en un abrazo para no ver la lluvia que caería entre ellos. De manera torpe se acabaron besando y él se giró hacia el barco, procurando pensar en lo que le había llevado hasta allí, razonando que no podía cogerla de la mano e ignorar su misión. Ella lo entendía y luchaba contra el deseo de detenerle, así que todo iba como debía ir. Si cualquiera de los dos flaqueaba lo más mínimo sería imposible avanzar, lo echarían todo a perder. Por suerte el tipo que recogió su permiso no vio su beso, pues no sería un muy buen capellán de barco ni de

tierra.

—¡Soltad amarras, levad el ancla y el anclote, desplegad velas e izad banderas! ¡Todos a vuestros puestos! Zarpamos rumbo a Veracruz.

Tras esas palabras pronto sintió la arrancada y levantó la mano al viento.

No se arrepentía. No podía arrepentirse de querer a alguien tanto.

XIII. ZORREZNO

La flota en formación abandonaba el litoral. Los dos buques de guerra abrían el paso como dos grandes titanes, mientras a su lado les seguían en convoy un par de navíos de aviso, que en teoría se irían adelantando para que cuando llegaran los grandes, ellos ya hubieran avisado de su inmediato desembarque. Estos navíos se veían como caballas al lado de gigantescas ballenas.

Una vez en cubierta, dejó que el aire le golpeara la cara con violencia y procuró fijarse en todos los detalles que pudo, poniendo barrera a sus sentimientos. Tras todo el caos de gente por fin el ambiente se había calmado y cada uno parecía estar en su sitio. Así pudo distinguir a la variada multitud que ocupaba ese barco, que de ahora en adelante llamaría Constanza, sin importarle el nombre real. Había varios oficiales de mar repartidos por los diferentes barcos y supervisando, aunque los verdaderos jefes iban embarcados en los primeros buques. Todos ellos estaban liderados por el capitán general, indicando el camino a bordo de la Capitana. Le seguía el almirante en la Almiranta, ocupándose de todo lo tocante a la navegación y que pronto reduciría velocidad para cerrar la formación con su nave. Tras este estaba el gobernador del Tercio de Armada, que venía siendo algo así como otro supervisor de mayor rango, encargado del Tercio. Por último en la jerarquía ya estaban el sargento mayor, los oficiales, contramaestres, alféreces, el condestable a cargo de la artillería y los sargentos ordinarios. William había hecho un gran esfuerzo en retener todas esas palabras en su cabeza, aunque la pirámide de poder era bastante similar, en cierto modo, a la inglesa. Sin embargo, no dejaba de ser asombroso el número tan extenso de subordinados, pues pululaban sujetos que no tenían esos cargos sino otros más específicos: los artilleros bajo las órdenes del dicho condestable habían llevado todo el material a la galera para colocarlo junto a los cañones; los marineros ayudaban a ordenar los cofres, las bolsas de pólvora y el armamento, así como los muchos barriles y cajas, en el sollado; los criados, mientras, hacían sitio para las provisiones; y por último el vigía, que se alzaba en lo alto de la cofa como un diminuto pájaro oteando el horizonte lapislázuli.

En cuanto acabaran de maniobrar se pasearía por las distintas salas, aunque no quería saciar su curiosidad demasiado pronto. Era lo único que le mantenía sereno después de haber abandonado una parte tan grande de su yo actual. Era como la espuma que iban dejando atrás, trazando un esponjoso camino que iba desapareciendo. No quería olvidar su cabeza sobre la de ella en aquel último momento… el olor afrutado de su pelo, su delicado perfume y el vaho que su respiración dejó en su cuello.

De momento nadie se había dirigido a él y esperaba que siguiera siendo así. Por muchos ánimos que le diera María, tenía un acento muy marcado e inconfundible, y en cualquier momento podrían tirarle por la borda sin miramientos. Los españoles guardaban odio a los ingleses y a sus descendientes por la pasada guerra, que aún escocía. Y cómo no iba a ser así, si aún hoy se producían continuas expediciones de corsarios ingleses que husmeaban en los territorios españoles de las Indias, amenazando la Flota del Tesoro. A él ya hacía mucho que le

traían sin cuidado esos asuntos, pues ya tenía bastante con seguir librando su propia batalla. Además, solo entre toda esa gente no era más que un zorrezno desentrenado y asustado entre cien puntiagudos picos de gallinas.

Suspirando, bajó a la cubierta inferior y se alegró de que todo el mundo estuviera ocupado. De otra manera sus pasos habrían levantado muchos rostros, pues con cada movimiento las tablas de madera crujían y rechinaban. Debajo era todo un desastre: casi la mitad del cargamento seguía esperando su sitio en los almacenes, haciendo imposible el paso, y el poco sitio que quedaba ya estaba siendo cubierto por los camastros mal hechos en los que dormían todos. Todos menos el oficial, que disfrutaba de una cabina privada en el extremo de popa, debajo de la zona del timón.

Por el olor, Stoughton creyó que había allí más alcohol que agua potable, y así se acordó del duro régimen que se seguía en los barcos. *Sí, mejor que haya bebida bastante.* Algunos gandules ya se habían tirado en los coys y colgado las ropas que les sobraban de los armeros para las espadas, que eran escasas. Pero en cuanto un sargento apareció por allí, rápido vociferó para que se pusieran en movimiento. El juez todavía estaba familiarizándose con ese vocabulario tan especializado, pero por lo visto la orden había sido que hicieran guardia frente a la puerta de la galera, por si a alguien se le ocurría la brillante idea de robar algo ya el primer día. Las provisiones eran las justas y no podía permitirse que nadie se pasara de listo. Supuso entonces que pondrían vigilantes en más sitios, pues aquella era la primera flota en dos años y todo el trabajo no debía irse al garete. Había sido una verdadera suerte que saliera justo cuando él había caído en ese país extranjero, casi al otro lado del mundo.

Así, absorto en sus propias reflexiones y en sus amargos recuerdos, subió la escalera de vuelta a cubierta y no vio la pequeña sombra que le observaba desde detrás de unas cajas, con fulgor en los ojos.

*

Odiaba quedarse bajo cubierta con aquel hombre, el cirujano. Les había cogido una aversión tremenda y quizá un poco de miedo, y procuraba alejarse hacia un rincón para leer las Escrituras sin que este le molestase. Solo ellos y un par de marineros más se quedaban abajo durante las guardias y prácticamente todo el día, pues su labor se desarrollaba el domingo y el trabajo del otro era meramente casual. Ya se había terminado de arranchar y el barco se estaba adentrando en el Mar de las Yeguas, que era parte del océano que mediaba hasta las Islas Canarias. Ese tramo llevaría diez o doce días si todo iba bien. A veces Stoughton no podía creer que ya estuviera allí, navegando al son del mar rumbo al pasado, a ese tormentoso tiempo en el que todo se había venido abajo. El silencio que inundaba el barco durante las maniobras no hacía más que sumirle en esos pensamientos, en los recuerdos que poco a poco volvían a hacerse paso. Solo el ritmo de fuegos, cuando se desarrollaba el adiestramiento de fusilería, lograba distraerle e interrumpir la cascada de su memoria. Sin embargo, a veces quería con todas sus fuerzas estar en un barco pirata y oír los cánticos alegres de alguien, unirse con la demás gente y olvidar que era un intruso enamorado a punto de cambiar la historia. Le desesperaba estar toda la semana

paseando de aquí para allá, suplicando para que nadie acudiera a él para confesarse, solicitar ayuda o simplemente conversar. Como no se podía jurar, jugar ni blasfemar, era posible que cualquier irresponsable se le acercara a compartirle las penas, pues la ración diaria de alcohol se le negaba a todo aquel que no se comportaba. Cuando en la madrugada oía a los marines limpiando y baldeando las cubiertas, sentía la imperiosa necesidad de levantarse de su camastro y coger un cubo para colaborar, o de agarrar la escoba y barrer los camarotes hasta que reluciesen. Estaba yendo de vuelta y sin pausa a los días en los que comenzara todo el desastre. Su cabeza comparaba, mordaz, su estancia en el barco de Inglaterra hacia las Colonias con su viaje actual, que se dirigía al mismo destino pero no con las mismas intenciones. Ya más adelante tendría que pensar cómo ir desde Veracruz hasta el poblado, pero el dolor de cabeza le empujaba a olvidarse de eso por el momento. Tan solo pensar que llegar a la provincia de Georgia, la más cerca por la costa, necesitaría de un milagro le levantaba migrañas. Algo le decía que se las vería con Verbouc muy pronto, en cuestión del par de meses que podría durar ese viaje.

Y también presentía que él no le ayudaría una vez que llegara… si de verdad llegaba algún día. En cualquier caso, ya podía ir pensando algún plan maestro para parar lo imparable.

XIV. MIRADAS FURTIVAS

Carne, verdura, frutas, vino y al comienzo del día tortas de pan blanco. Al principio era todo muy bonito, pero llegarían los días en los que la comida fuese más escasa y asquerosa. La Armada se había vuelto, con los años, más pobre y lenta, pero las personas que la tripulaban seguían teniendo las mismas necesidades. Se desayunaba bastante fuerte pero a la vez de forma moderada, ajustando la ración individual de una manera muy tirana. Sin embargo, la comida se le estaba atragantando al juez: hoy era domingo, el día de Dios… su día. Y todos, absolutamente todos, debían acudir a escucharlo. Y lo debían hacer con sus mejores galas, mientras él se enfundaba en el correspondiente atuendo. Su cabeza no paraba de repetir las principales oraciones, reproduciendo la dulce voz femenina que se las había enseñado. Lo único bueno de todo aquello era que daría la misa en cubierta y quizá así el viento amortiguase sus palabras.

Cuando ya no podía alargar más el desayuno, se vistió y subió por las escaleras como si le llevasen directo a la guillotina, con la cabeza agachada y escondiendo sus manos bajo las mangas. Hasta parecía que se estaba metiendo en el papel… pero en realidad se estaba concentrando para no desplomarse. Desde fuera se veía sereno e imponente, e intentó recordar el hombre adulto que era y sobre todo su pasada autoridad, el respeto que alguna vez había inspirado. No creía merecerlo una sola vez más, pero necesitaba tirar de ese recurso. Se imaginó que ella lo estaba observando y quiso dar lo mejor de sí mismo, dedicárselo por todo el tiempo que le había regalado, por aquella primera vez en la que le había defendido… por ese papel arrugado. Sentía las miradas curiosas posándose sobre él y no alzó la vista hasta que estuvo delante de todos ellos.

Eran una barbaridad. Sin dejarse vencer por los nervios, posó sus ojos en los rostros más alejados hasta que su mirada se perdió en el fondo, allí donde no había nada. Con un leve movimiento de cabeza hizo que todos se sentaran sobre cubiles y demás instrumental que habían colocado a modo de sillas. Se aclaró la garganta y pronunció la palabra «hermanos», y sorprendentemente lo hizo bien. El viento era ligero pero efectivamente le ayudaba, pues muchos de los presentes le leían los labios y parecían no fijarse en el deje extranjero que se le escapaba. Afortunadamente, la misa constaba de varias fases en las que los propios marineros leían pasajes de la Biblia, con lo que podría calmarse entre medias. Se preguntó si Dios le castigaría por faltar a su práctica protestante, pero ese pensamiento duró una milésima de segundo. *Por favor, después de todo.*

Con esperanza, se dispuso a comenzar la celebración leyendo un párrafo que había estado practicando toda la semana, pero un segundo antes de que sus ojos se posasen en las páginas, se desviaron hacia un rostro conocido que le miraba sonriente desde el final de la última fila.

Y entonces palideció mortalmente.

¿Cómo narices se había colado ese ladronzuelo enano y jorobado en su barco? Acacio le miraba con una sonrisa burlona que provocó que todo su rostro se deformase. ¿Por qué estaba él

ahí? ¿Cómo demonios había llegado? Una sospecha cruzó su mente y su rostro se ensombreció, haciendo que algunos tripulantes susurrasen. Cuando quiso darse cuenta tenía a su lado al comandante, que con disimulo le preguntaba:

—Capellán, ¿os encontráis en condiciones? Si no es así, procedamos a las lecturas. El cuerpo debe volver a las labores lo antes posible.

Desconcertado, asintió con la cabeza y se sentó. Atónito vio cómo Acacio se deslizaba bajo cubierta y se escondía como la rata que era. Tuvo que clavar las uñas en sus muslos para no ir tras él a la carrera y montar un escándalo. Oía las voces de los voluntarios como si estuvieran muy lejos, y no prestaba ni la más mínima atención a las extrañas miradas que le dirigían todos, especialmente el comandante. Durante el resto de la misa se dedicó a levantar las manos y hacer las señales con aire desconcentrado, pues la tripulación no parecía necesitarle aquel día ni para cantar los salmos. Aunque también era cierto que el comandante los iba guiando, sin perder de vista al falso párroco.

Debería haber supuesto que esa vigilancia no terminaría ahí.

Sin embargo, tan pronto como hubo terminado la misa y los marineros se hubieron desperdigado, se apresuró a bajar las escaleras y buscó frenético a ese segundo intruso. Ese maldito fisgón había estado oyendo conversaciones que no le tocaban y seguramente le había visto huir del hospital. Quizá se hubiera colgado del propio carro, por imposible que pareciese… nunca se sabía con ese hombre. ¡O del carro de los serviciales, que era más probable! La sospecha que tenía era que él estaba detrás de todo el lío con Toro, y si en verdad fuese así pensaba fregar el barco con su lengua. Sorprendentemente, aún quedaba ira en su interior que podía enfocar contra los demás. Aún podía nacer en él la sed de venganza que no merecía. Ese mequetrefe parecía haber desaparecido, como si el barco se lo hubiera tragado. No tenía duda de que no era así, pero no podía seguir rebuscando como un loco cuando todo el mundo andaba de aquí para allá, dirigiéndole miradas furtivas.

Con todo, se había librado del primer día de misa, lo que equivalía a otra semana más para practicar. Por el momento tendría que seguir concentrado en esquivar a todo el mundo, especialmente al comandante. Un imprevisto más y le tendría calado. Era como si ya tuviera un pie sobre el agua.

—¿Capellán?

El rápido giro de su cabeza pareció romperle el cuello. Esta vez se trataba del oficial primero, que no daba menos miedo que el otro.

—El comandante me envía para asegurar que os vais recuperando… de lo que fuera que os haya sucedido. ¿Necesitáis al médico para que os atienda?

Solo fue capaz de negar con la cabeza mientras levantaba la mano en señal de calma. ¿Otro sabueso? ¿Era eso en lo que se iba a convertir ahora el oficial? *No, por favor, no de nuevo.* De ninguna manera su respuesta había satisfecho al otro, más este se retiró con paso lento. *Hora de estudiar, William.*

*

El chico se reía. Era la misma sonrisa burlona de Acacio, la misma mirada divertida de Verbouc. Pero no era ninguno de ellos, era William Baker. Aunque sí estaba con ellos: los tres cuchicheaban como niñas en los bancos, mientras que por el estrado iba pasando la familia Waldwell al completo. Los tres miembros decían exactamente lo mismo: «Confieso, confieso». Y en un momento dado del sueño la hija del matrimonio corría en llamas por los campos de su antigua propiedad, levantando los brazos y gritando mientras iba dejando una estela candente tras de sí que se iba extendiendo por todo el terreno, creando un inmenso campo de fuego.

Entre sudores, Stoughton se levantó del camastro, el que se situaba más a la esquina. Nervioso miró a su alrededor, pero por suerte no había despertado a nadie. Todos los que no hacían guardia dormían en holgazanas posiciones, como si hubiesen agarrado una buena juma. Retirando el sudor de su frente se dio cuenta: el caudal se había desbordado de nuevo y sus recuerdos corrían desbocados como antes. Esa noche la pesadilla había cogido como rehén a la familia Waldwell, las personas a las que el joven pero despreciable William Baker había acusado tan solo porque tenían una riqueza terrenal muy superior a la de él, pues la mujer de Samuel Waldwell había heredado de su primer marido un total de ciento ochenta y ocho acres. Pero todo el mundo sabía que los derechos, inclusive las herencias, quedaban vedadas para aquellos que fuesen acusados de brujería. Como así fue.

¿Por qué sus sueños tenían que tener todo el sentido del mundo? No recordaba que antes de la tragedia fueran así: nunca habían recorrido toda su vida con tanta objetividad, con tanto ahínco… con tanta honestidad. ¿Cómo no se dio cuenta? Ese muchacho ingrato solo les había acusado por envidia y a la luz de esa atroz ley, norma a la que él mismo había contribuido con su envenenada integridad y su deleznable congruencia. *María, dónde estás.* Agotado, se dejó caer de nuevo en el camastro a sabiendas de que no dormiría. Pero al recostarse de nuevo, vio unos ojos que se le clavaban desde las escaleras como brillantes dagas: los ojos del oficial primero.

Había hablado durante el sueño, solía pasarle. Y desde luego, no había hablado en español.

Así que ese era su último día a bordo. Qué poco había durado.

Un hilillo de esperanza le sobrevino. *Si no me arrojan al mar, si me juzgan y lo hacen en vuestras tierras, ¿te veré entonces, María? ¿Me querrás ver entonces?*

XV. EN CALMA DE MAR NO CREAS

Pero no ocurrió nada, al menos por el momento. Sentía la aterradora mirada del oficial clavada en él continuamente, incluso cuando estaba solo. Sabía que no debía bajar la guardia, pues se había dejado en evidencia y probablemente solo estaban esperando para confirmarlo: él era un usurpador, un sucio inglés. Le habría ido con las noticias al comandante y este habría ordenado esperar un día más. Y para el colmo Acacio seguía sin aparecer. Desde luego era muy hábil, eso había que concedérselo. En numerosas ocasiones había pasado en frente de las provisiones, por si acaso el desgraciado estuviese robando el vinagre, que encima se consideraba un capricho en la gastronomía de un barco español. No sabía siquiera si él lo había probado alguna vez, pero era la única pista que le podía llevar hasta ese rufián. Ya se sabe, los tripulantes siempre tienen las mismas necesidades.

Cuando llegó el siguiente domingo se dio cuenta de que eso era precisamente lo que habían estado esperando: que diera su misa, que hablase de nuevo. Ahora sí que no podría disimularlo, así que con resignación subió a la tarima y comenzó a hablar. Para él estaba yendo realmente bien, pero apreciaba cómo los ojos de los jefes se iban agrandando ligeramente. Los marineros apenas estaban atentos, se santiguaban mientras bostezaban y con ellos el viento sí funcionaba como amortiguador. Pero no para las orejas del comandante y del oficial, bien abiertas. *Falta un sabueso,* se dijo con ironía.

Y eso pareció reflexionar el comandante, pues aunque disimularon sus reacciones, por la tarde el vigía relevado se le acercó para entablar conversación. Pronto acabaría su descanso y tendría que volver a la cofa, así que William solo esperaba que no tuviera por orden arrastrarle y arrojarlo desde allí. Se acordó entonces del sueño de Mary Bradbury, cuando el barco se tambaleaba y acababa dándose de bruces contra el agua congelada y oscura.

—Párroco, decidme que podéis atenderme ahora, en este descanso. —Con un ligero movimiento de cabeza William le invitó a sentarse en algún coy delante de él. Como parecía que el marine necesitaba algo más, dijo en bajo:

—Contadme, joven.

—Veréis, ¿por qué al Señor le parece pecado que yo quiera partirle la cara al ingrato de Vázquez, que se pasea diciendo que ya me ha robado a tres putas? ¡Y que en el próximo puerto caerá alguna más!

La pregunta impresionó tanto a Stoughton que se quedó mudo unos dos minutos.

—La idea sagrada de amar al prójimo se incluye en los diez mandatos de Dios, joven.

—¡Oh, los mandamientos! Pero parecen ir en contra de nuestra naturaleza —dijo, ignorando la extraña pronunciación de su cura.

—La naturaleza hay que doblegarla a los deseos de Dios y amarle por encima de todas las cosas, pues eso es lo que Él hace.

—Oh… ¿os ocurre algo, Capellán? Quizá debáis aclararos la garganta —con otro movimiento

de mano le despachó ordenándole rezar seis padrenuestros y cuatro avemarías.

Al poco rato, el comandante le llamó a su cabina. *Cómo no.* Aquello le recordaba tanto a su situación en el hospital, al doctor… cuando llegó, el hombre estaba cómodamente recostado en un sillón. No era la típica estampa del capitán mirando hacia el mar embobado. Ya olía a guerra en ese cuarto.

—Buenas tardes tengáis, Capellán.

—Buenas tardes, Comandante —procuró pronunciar la última consonante chasqueando la punta de la lengua contra el paladar, y no la parte media de su músculo. Recordaba cada lección impartida por María, que había estado estudiándole para saber cuál era la manera correcta de enseñarle.

Aunque nada de eso iba a salvarle. El otro estaba claramente dispuesto a mantener una conversación de la que él no podría escabullirse. Daba igual lo mucho que hubiese aprendido, incluso si hubiese llevado media vida en ese otro país un nativo siempre se daría cuenta, tarde o temprano. Sus maneras de pronunciar eran demasiado distintas.

—Os he convocado para que me toméis palabra, digamos que lo necesito. Este es un mundo duro, vos lo sabéis bien —arrastraba las palabras de forma petulante.

—Decidme, el Señor os escucha siempre.

—Bien… he de confesar que no le profeso amor ni respeto a todo el prójimo y le deseo la muerte a unos cuantos. —Sus ojos despedían llamaradas—. ¿Os suena?

—¿Qué? Deberéis hacer un esfuerzo.

—Oh, claro. Dios no aprueba tales pensamientos… pero a veces he consentido que se colgara a algún que otro desobediente de la mesana, ¿qué me decís de eso?

Con mucho cuidado, Stoughton respondió:

—Dios perdona a los arrepentidos. —El juez que había en su cabeza aporreó sus paredes, pues parecía un comentario más dirigido a él que a la otra persona. Hacía tiempo que no las aporreaba.

Un incómodo silencio se instauró entre ellos y William creyó ver un temblor de calor en el aire.

—¿Sabéis de qué no me voy a arrepentir jamás? De colgaros a vos.

Dicho eso unos cuantos hombres entraron y le arrastraron hasta cubierta para a continuación atarle a uno de los mástiles. Como cuando los sabuesos le encerraron en esa horrible madriguera. Era todo exactamente igual… solo que esa vez ni María ni nadie le salvaría. Muchos miraban atónitos la escena, no pudiéndose creer que el comando hubiera ordenado llevar a rastras a un clérigo, a un servidor directo de Dios. Algunos parecieron enfadarse y se fueron juntando en grupos, dispuestos a revelarse. Sin embargo, la ira del comandante era palpable y a su lado acompañaban el Oficial y el vigía chivato, por lo que la gente esperó a ver qué sucedía a continuación. Y sucedió lo peor.

—¡Hermanos! Creo que tenemos a un infame intruso entre nosotros —hasta las tablas del barco parecieron murmurar—. Nada más y nada menos que un asqueroso inglés. Os invito a malgastar parte de los recursos sobre su cabeza.

Un silencio atronador siguió a sus palabras, entonces William no tuvo más remedio que alzar la voz y protegerse:

—¡No soy quién pensáis! Soy inglés, sí, pero de las Colonias, y permitidme decir que nadie

más que nosotros estamos tan hartos de la tierra que vos tanto despreciáis. Dejadme explicaros por qué estoy aquí…

En ese momento, y antes de que pudiese terminar de hablar, el barco empezó a zarandearse hacia un lado. No era un movimiento asiduo del mercante, así que todos comenzaron a mirar en rededor, sorprendidos ante el temblor que se extendía por todos los objetos.

No era posible. Ayer habían alcanzado el Mar de las Damas, así llamado porque hasta una mujer podría dominar una embarcación allí. Los vientos alisios que soplaban eran cálidos e inocentes y solo serían capaces de mover a una bandada de pájaros. ¿Era un abordaje, se habían chocado contra otro de los barcos? No, estaban despejados por todos los flancos. Atónitos siguieron la dirección de la arboladura, que ahora se inclinaba hacia el lado contrario con mucha más violencia. El cielo estaba completamente despejado; el mar, tranquilo.

El sueño. El buque encantado de Mary Bradbury. ¿Cómo podía estar haciéndose realidad? Estupefacto vio cómo las cajas, utensilios y personas comenzaban a deslizarse sin control por la madera, para terminar duchados cada vez que golpeaban los extremos. Su suerte entonces era que seguía fuertemente atado, pero eso podía conllevar que algo le cayera encima y no tuviera posibilidad de escurrirse. Tiró de sus brazos para aflojar la cuerda, se retorció sobre sí mismo para morderla, gritó en vano para que alguien le desatara… y todo para terminar con las muñecas y las palmas sangrando. Por el rabillo del ojo vio cómo el comandante se agarraba para poder llegar al timón, y entonces lo vio: no se trataba de ningún embrujo. Era el malnacido de Acacio, jugando con el gobernalle como si dirigiera una maqueta. Lo hacía girar más de tres vueltas seguidas mientras reía y reía, disfrutando de los golpes que se llevaban todos. Hasta a él le costaba mantenerse en pie, pero su maldad apenas se tenía a sí mismo como límite. Pronto se dio cuenta de que Stoughton le miraba y descaradamente le guiñó un ojo mientras bajaba hacia él, dejando solo el timón. El comandante ni siquiera se tomó la molestia de perseguirle, pues lo prioritario seguía siendo arribar el barco. *Vaya, así estaré acompañado cuando nos maten a ambos. Nada de juicios. Quizá incluso prefieran cortarnos la cabeza.* Más que corriendo, aquel loco se le acercaba saltando, haciendo gala de un impresionante equilibrio. Se atrevió a saltar por encima de otro marinero, escupiendo una disculpa. Nada más que lo alcanzó, comenzó a desatarle.

—¡En calma de mar no creas, por sereno que lo veas!

—¡Tú! —escupió el juez, sin una pizca de respeto—. ¿Qué demonios tramas esta vez?

—Oh, vamos, os estoy librando de estos imbéciles. Aunque quizá el cura confía más en Dios y prefiere probar si lo quiere ya con él.

—Desatadme, ya me daréis la explicación después.

Antes de que todo se normalizara, Acacio tiró del juez y antes de que este pudiera darse cuenta, le llevó hasta el borde y le empujó con tanta fuerza que después de eso solo tuvo que agacharse y tirar de sus pies hacia arriba. Entonces la parte final de su sueño se cumplió, y lo siguiente que sintió fue la mezcla de dolor y cosquilleo en el estómago, antes de que su espalda absorbiera el choque contra la superficie del agua.

XVI. REDOBLE DE CAMPANAS

Se hizo daño. Se hizo mucho daño a pesar de que el golpe frío le dejó entumecido. No dejó que sus ojos se acostumbrasen a esa oscuridad ondulada por la que nadaban peces extraños, tenía que respirar y gritar auxilio. Le daba igual volver a ese barco lleno de buitres que le esperaban como si fuese carroña. ¿Cómo había podido pensar que funcionaría? El amor adolescente que sentía por María había maquillado la realidad: no había forma de escapar, como tampoco la había de completar su idóneo plan. Pataleando consiguió salir a flote entre todo el burbujeo y al abrir la boca nació de nuevo. El agua le corría por la cara impidiéndole abrir bien los ojos y el dolor emergía, agudo. Entonces se acordó de Acacio y de cómo él había sido el artífice tanto del peligroso baile del barco como de su estrepitosa caída al agua.

—¿Dónde, malparido? —siseó en su lengua natal, seguro de que se había quedado en cubierta riéndose a pleno pulmón.

—Un chucho sería más veloz.

Un temblor sacudió las manos de William antes de que este se girara con la misma lentitud que llevaba aquel mar en sus sinuosos movimientos. Detrás de él la cabeza medio calva de Acacio asomaba por encima de la marea.

—¿Qué… habéis… hecho? ¡Insensato! En verdad sois un maldito loco.

—No me subestiméis… solo he tratado de facilitar nuestra huida. ¿Aún no lo cogéis? Ese barco de ahí detrás, esa otra ballenaza que cierra, nos socorrerá… no tendremos que verle más la cara a ese adefesio del comandante.

Se refería a la Almiranta ya que su jefe, el almirante, era el responsable de navegación y como cerraba la formación, también esperaba y socorría a cualquier nave que se retrasase. A cualquier nave, no a cualquier persona… puede que ni siquiera se fijaran en ellos, que se los llevasen por delante o que de un momento a otro les disparasen un cañonazo desde su propio mercante. *No, no malgastarían el cañón.*

Pero entonces a Stoughton se le ocurrió una idea: ¡los navíos de aviso! Eran mucho más pequeños y dado que en realidad no deberían transportar nada, la gente y la mercancía que irresponsablemente se colocaba en ellos era reducida. Quizá si se colaban en uno de ellos lograrían pasar desapercibidos.

—¡Montar en el navío de aviso!

—¡Estupenda idea, *capellán!* Solo le veo un par de inconvenientes… tal que navegan bastante adelantados, por lo que sin duda nos verían y ni llegaríamos, y por supuesto que son tan insignificantes que no nos dejarían sitio para escondernos.

El ánimo del juez decayó de nuevo.

—¡Pero no pensaréis ir escondidos hasta Veracruz! Imposible. Además, ya saben de nuestra existencia.

—Puede… pero siempre es bueno contar con un escondrijo, creedme. Y sobre eso de mi

existencia, deciros que la gente rápidamente se olvida de mí.

—Sí, vos parecéis saber mucho sobre eso. Demasiado, diría yo. Entonces, ¿por eso estáis llamando la atención continuamente? Dais pena.

Su risa estridente le recordaba demasiado a Verbouc. ¿Dónde estaría esa otra rata? No le había tocado la mejor agrupación para esa hazaña, desde luego.

—Bien, vos dirigís esto ya que lo habéis empezado.

—¿Empezar? Permitidme señalar que vos os largasteis sin decirme adiós. Qué poco tacto, capellán.

—Id al Infierno.

—Pero antes, ¿qué tal una carrerita hasta la salvación?

Calculando las millas que había hasta la Almiranta, se acordó de pronto de un pequeño detalle. Mientras nadaban hasta allí, fue tanteando el terreno.

—¿Pudisteis asaltar las cocinas mientras Toro me atacaba o visteis el espectáculo entero? —a pesar del cansancio y lo congelada que estaba el agua, se paró un momento esperando que el otro hiciese lo mismo.

Acacio, mirándolo de reojo, se adelantó unos metros y entonces se paró.

—¡Tuve tiempo para ambas cosas! —gritó con gran esfuerzo.

Cuando estaban próximos a la Almiranta, sonó un redoble de campanas que no se asemejaba ni con el relevo ni con señales nocturnas, y mucho menos con niebla. ¡Les habían visto! Con extremado cuidado se acercaron al barco. El juez, hervido de furia, rompió en grandes brazadas hasta que logró pasar por delante de Acacio y coger antes que él la cuerda. Sintió cómo la fuerza conjunta de varios hombres tiraba de él hacia arriba. Por un segundo la sintió igual que aquella misma soga que había arrastrado por el bosque para acabar con su vida, y estuvo a punto de soltarla. Pero entonces sintió cómo Acacio la amarraba debajo de él y esperó lo suficiente para poder darle una patada en la cabeza, disimulando que había sido un accidente. Por ganas le seguiría pegando hasta que cayese al agua, pero no podía dejarse ver haciendo eso. Antes de seguir subiendo pudo ver la mirada envenenada de Acacio, bellamente decorada con un hilillo de sangre que le caía desde el pómulo. Fue una mirada letal que prometía venganza, aunque eso le daba exactamente igual.

Cuando por fin alcanzaron la cubierta, exhausto dejó que le arrojasen sin miramientos. Tosió y escupió antes de tenderse boca arriba de cara al sol, insuflando aire a sus maltratados pulmones. Parecía que le hubiesen dado otra paliza. Pasados unos instantes la luz era tan intensa que ni sus ojos cerrados podían aguantarla. Quería apartar la cara mojada para no quemarse, pero no le quedaban fuerzas ni para eso. A su lado sentía, desagradable, la respiración fatigosa de Acacio. No quería ni mirarle, seguro que su lengua colgaba de su boca como si fuera un animal. Lo que sí le apetecía ver, en todo caso, era el cardenal que le iría apareciendo en su cara de hiena… y eso no sería todo si osaba acercársele de nuevo.

—¡Capellán! ¿Qué os ha pasado? ¿De qué barco venís?

William alzó la mano en señal de paciencia, como llevaba haciendo casi todo el viaje.

—¡Colocadles en los camastros y que les atiendan, que les den de comer y de beber! Los interrogaremos entonces.

*

El gran fanal de la Capitana crepitaba al fondo como una hoguera mientras les guiaba a todos cual Estrella de Belén. A su alrededor el cielo estaba ya negro y sin estrellas, causa de los nubarrones que viajaban hasta las Antillas para descargar allí su llanto. Aquel era el momento de más tranquilidad pero también el más siniestro. En todo el espectáculo que conformaba el mar de noche faltaba la perla del cielo brillando en el reflejo del agua. Los demás buques encendían pequeños faroles para marcar su situación, como si fueran diminutas llamas que se escapaban de la cola de la flama principal. Parecía que juntos formasen un gran triángulo que se alargaba o se ensanchaba según el momento. William tenía que aprovechar esos instantes de calma para hacer lo que pensaba, pues su idea provocaría demasiado revuelo cuando clareara. Estaba agotado, resignado e irritado, sobre todo cada vez que recordaba lo solo que estaba. Verbouc no aparecería por allí a pesar de haberlo hecho en el hospital, pues tendría que haberlo visto embarcar… era como si sus ojos le atrajeran siempre que estaba cerca de él. Y estaba seguro de que cada vez que llegaba, el mismo Verbouc le buscaba incansable hasta que le encontraba, ya fuera a punto de suicidarse o moribundo en un hospital extranjero. Y respecto a Acacio… ese retorcido farandulero se hacía el mudo o el tonto, igual daba. Lograba esconderse y cada vez que aparecía se las apañaba para que nadie le molestase, así tuviera que pasar fregona y paño por cada maldita balda. Así las cosas, nadie le ayudaría, así que más le valía empezar a ayudarse él mismo. No podía seguir ignorando la realidad: era imposible sobrevivir en esa embarcación sin que le descubriesen. Si no se adelantaba un paso no le dejarían ni explicarse. Así que a eso iba: a confesar.

Se había negado a hablar durante todo el día pretendiendo que aún seguía indispuesto, pero ahora estaba cruzando el espacio hasta la cabina del almirante. Era bien sabido que los capitanes de su rango no solían dormir mucho, eran personas permanentemente preocupadas por sus labores y por lo que pasaba. Era un trabajo que comenzaba una vez se abandonaba la tierra y permanecía condenado igual que el Holandés Errante. Podían descansar un par de horas o quizá tres, y si superaban ese tiempo reposaban de manera intermitente. Incluso el correr de su sangre se sincronizaba con el bamboleo del barco, con el movimiento del mar… todo lo que eran allí. Antes de picar a su puerta, oyó cómo su voz grave y ronca cantaba, con un ritmo triste y extraño:

Tanta dicha ocasiona el navegar,
los dedos por el timón deslizar
levado toda la vida quiero pasar.
Y si me piden algún día partir, marchar,
mi barco dejar,
me negaré y mi voz morirá al gritar
pues no quiero a este paisaje dejar de mirar.

Era la única forma aceptable de cantar allí. Parecía una sintonía de borracho adornada con una letra simple de corsario, y sin embargo la mezcla en la voz del almirante resultaba, de alguna manera, elegante. Sintió que si no picaba comenzaría otra melancólica melodía.

—Pasad, quien seáis.

—Almirante.

—¡Capellán! Qué grata sorpresa, decidme que debo la visita a vuestra mejora.

—Así es, mis agradecimientos por el trato dispensado.

—Decidme, ¿hay algo más? —preguntó, mirándole de reojo.

—Sí, lo hay. Y vos y todos lo notaréis en breves, si no ya mismo.

Con cuidado, el almirante se sentó en su gran pupitre y le invitó a Stoughton a hacer lo mismo. Su mirada bajo el tricornio era paciente pero atenta. No se vislumbraba en ella más curiosidad que atención, como si estuviera estudiando la estrategia del enemigo.

—Seguid hablando, por favor.

—No miento al decir que lo que ocurrió en el otro barco fue un enfrentamiento, pero tal pelea fue… singular.

—Al igual que su acento —interrumpió, con mordaz ironía.

—A ese asunto quiero yo llegar. Si tan solo me concedéis unos minutos presentaré mi defensa, y en adelante haced lo que queráis conmigo.

Ahora, quizá, sí que se observaba más curioseo en los ojos bien abiertos del capitán. «Escucho», decía el brillo de sus pupilas. Tenía que hablar alto, claro y sin demasiadas pausas.

—Estoy en ridícula evidencia de que no soy tripulante español digno de esta embarcación, pues no gozo de la segunda característica. Pero tampoco soy el delator, traidor y sucio inglés que en el anterior barco pensaron que era. No me he colado ni mantengo relación alguna con la Corona inglesa, es más, estoy enfrentado a ella, al igual que mi pueblo, que hace tantos años cruzaron las aguas para alejarse de la influencia de la Iglesia anglicana. Queremos libertad para entender las palabras de Cristo como nos parece, de forma independiente y sin que la Monarquía británica nos hostigue y persiga para que nos adaptemos a su orden, que limita la Palabra y la modula a su capricho. Es por ello que si me queréis arrojar al agua, sabed al menos que no os estaréis librando de un enemigo. No diré cómo llegué a España, pero sí os contaré que allí viví un largo tiempo tal y como vos lo hacéis, de manos de gente que se resolvió en ayudarme. Y cuando rezo no lo hago sin sentimiento ni Fe, pues gracias a ella pretendo volver a mi tierra sin causar el menor de los problemas y sin dar cuenta de estos hechos a quien no conviene que los sepa.

Un silencio sepulcral se extendió entre los dos hombres de manera densa e insoportable. La mirada del almirante era indescriptible. Viéndolo desde lejos parecía esculpido en piedra.

—Y qué sucede con el otro —preguntó, despacio y con un deje nasal en la voz.

—Oh… él… —se paró un momento, cogió aire de la manera más disimulada que pudo y procuró aprovechar la ocasión— me atrevo a aventurar que él sí se ha colado. Le conocí allá en una ciudad y desde entonces no me ha dejado tranquilo. No sé sus intenciones pero no serán buenas. Y añadiré que sabe hablar perfectamente, capitán.

El pecho del almirante se inflaba y se hundía con mayor notoriedad a medida que pasaban los minutos. William pudo apreciar cómo uno de sus ojos se estrechaba más que el otro, no sabía si intentando controlarse o simplemente fijándose. El juez seguía mirándole con entereza, aguantando el porte… hubiera huido como un gatito asustado, pero ahora una descorazonadora calma le invadía. ¿Es esto lo que sienten los delincuentes cuando les cogen, cuando «caminan con los grilletes»? Lo había afrontado y era necesario el paso, ya que pasara lo que tuviera que pasar. Él no había decidido meterse en aquello, fue Verbouc. Lo deseaba, lo deseaba mucho, se

había separado del amor, de una nueva vida e incluso de la muerte, por muy contradictorio que sonase. Pero simplemente daba igual, muchas veces todo se troncaba cuando parecía que avanzaba y su vida había sido toda una lección en esa línea, si así podía decirse.

El sonido de una campanilla interrumpió sus mortecinas cavilaciones. Otro hombre entró enseguida en la cabina y el almirante, sin apartar sus inexpresivos ojos de Stoughton, le ordenó:

—Traedme al mudo que vino con el capellán.

William quiso decir que era probable que estuviera dormido en cualquier caja, en todo caso en un lugar poco visible, pero prefirió seguir callado. Al poco, vio con sorpresa que traían a un Acacio despeinado y confundido, que se concentraba en ponerle ojos al capitán. Cuando tan solo quedaron los tres, el almirante se levantó despacio y con sosiego, suavizando su expresión. Se acercó poco a poco al falso mudo y en un imperceptible movimiento le bloqueó y una cosa brillante bailó en su cara. Era una daga colocada justo delante de la boca de Acacio.

—Quien tiene lengua y no la utiliza debería ser privado de ella. Bello don como para no usarlo, ¿no creéis?

Unas gotas de sudor corrieron por la frente del amenazado. Stoughton pensó que disfrutaría con algo así pero allí, en frente de tan dantesca escena, se sentía mareado. ¿En verdad le pensaba cortar la lengua? ¿Se la cortaría a él después?

—Yo que vos probaría a usarla ahora mismo, al menos como despedida.

—¡No me hagáis daño, contaré cuanto queráis, me portaré bien! Por favor —suplicó, con un hilillo de voz quizá por miedo a dejar abierto un camino hasta su lengua.

—¿Qué ocurrió en el otro barco? Quién sois y qué pretendéis colándoos en la Flota Real.

—¡Necesitaba escapar! Soy un pobre hombre al que nadie trata bien, no tengo recursos para conseguirme comida o tan siquiera agua. Entrando en vuestros barcos podría abastecerme e intentar iniciar una nueva vida en las tierras a las que nos dirigimos, ¡o incluso seguir trabajando en el barco! No me importa limpiar aunque sea la mierda de todos, ¡solo quiero trabajar y ser digno! No tuve muchas posibilidades en el otro barco…

—No me contéis milongas y decidme cómo demonios acabasteis en el mar. Conozco a todos y por minucias así no se arroja a alguien por la borda. Además, estaba ocurriendo algo, tengo ojos.

—¡Me enfurecí y discutí! Y mientras, hubo una serie de descuidos en el timonel…

—¿Descuidos? —siseó peligroso el almirante.

—Ya se lo he dicho, me enfurecí… y traté de amarrar el timón pero yo no soy un entendido del tema, pido disculpas —la fuerza con la que el capitán le sujetaba le estaba dejando sin aire.

—¿Por qué perseguís a este hombre?

En ese momento Acacio dirigió su mirada hacia Stoughton como si lo viera por primera vez.

—¡Habla raro, no es de aquí! ¡Es un impostor!

—De eso ya tengo conocimiento.

Con asco arrojó a Acacio contra la pared y a continuación, con velocidad de vértigo, se sacó una pequeña pistola con la que les apuntó a los dos a la vez.

—Nunca nadie había tomado tales atrevimientos en nuestros barcos. Son un servicio para el Estado, no para fines individuales. Es una vergüenza para el todo el comando el que vos hayáis permanecido tanto tiempo aquí. No quiero tener que dar explicaciones de esto, así que estaréis bajo mi estricta supervisión hasta que desembarquemos en isla Dominica. No os separaréis de mí

y realizaréis tareas vanas y silenciosas, sin llamar la atención, sin hablar y sin dejaros ver demasiado. Cuando procedamos a la escala deberéis permanecer a mi vera hasta que yo os ordene otra cosa. ¿Me he explicado con claridad, señores?

XVII. ESCAPAR, HUIR

Escondidos. Prácticamente todos los días se los pasaron escondidos en la cabina del almirante, paseando de vez en cuando a su lado como si entablaran agradable conversación, estudiando cómo se arreglaban las cuerdas o remendaban las redes, admirando el ocaso antes de ser recluidos de nuevo. Y en lo que pareció poco tiempo se avistó la Dominica, una isla totalmente verde y a simple vista acogedora para la gran comilona que tendría lugar. Sin embargo, ellos no la disfrutarían… eso les había asegurado el almirante. Y tampoco era acogedora, tal y como les había recalcado. Allí vivían los caribes, una tribu de luchadores que reprendían con fiereza a los colonizadores. Si les veían, irían a por ellos directos. A medida que se aproximaban a la isla, Acacio se volvía cada vez más irreconocible: ya no tenía pintada esa expresión de petulancia ni de chulería y estaba siempre muy serio. William ya se había enfrentado al miedo a morir, a ser abandonado, al repudio y a la desesperación… pero puede que Acacio no. El Vinagrero había llevado una vida ruin y desagradable, pero sorteando el dolor con su carácter huidizo y gorrón. Sin embargo, eso poca escapada tenía. Ya podía ir asumiendo que morirían de hambre o a manos de unos sucios y violentos indígenas.

Al parecer se habían acercado por el sureste y cuando atracaban, Stoughton pudo ver lo que se abría ante él: una gran playa de arena negra y a lo lejos, montañas regadas con palmeras y otros árboles altos y frondosos. Era una auténtica selva. En esos instantes estaba viendo lo mismo que veían sus antiguos compadres cuando asaltaban esas islas olvidadas.

El descenso fue apresurado y poco ordenado. La parada tenía que ser breve pero todo el mundo estaba deseoso de tumbarse en esa oscura arena, tomar el sol y comer más de la cuenta mientras saciaban su sed de alcohol. Estaban cada vez más cerca del destino y celebraban la ausencia de bajas. Porque obviamente, ellos dos no contarían nunca. El almirante aprovechó todo el barullo para conducirlos a punta de pistola hacia el comienzo de la espesura, donde les obligó a avanzar durante varias millas. En lo profundo se comenzaba a sentir un poco de humedad y constantemente sonaba, de fondo, el ruido del agua fluyendo rauda y veloz desde varias direcciones. Era difícil caminar por allí: el suelo estaba plagado de grandes raíces que sobresalían de la tierra y las ramas caían, llorosas, de los altísimos árboles que plagaban el territorio, dificultando el avance. Parecía imposible orientarse por allí, pues los rayos del sol no lograban atravesar las copas y apenas iluminaban los troncos, por lo que no crecía demasiado musgo que les indicase hacia dónde estaba el norte. De vez en cuando se oían serpenteos y otros sospechosos ruidos de animales que parecían estar por todas partes. En una ocasión debieron de pasar muy cerca de una cascada, pues el agua chocaba con estrépito contra lo que serían una especie de barrancas o unas grandes rocas. Cuando ya estaban a punto de desfallecer tanto del cansancio como de la presión, el almirante se retiró hacia atrás y con una expresión asqueada pero orgullosa les dijo:

—Bueno, espero que pronto os encuentren los galibis para daros socorro. O como les solemos

llamar entre nosotros: los caríbales. Si no os matan ellos, yo mismo os volaré las sienes así que no se os ocurra volver jamás.

Antes de que pudieran reaccionar, desapareció entre la maleza como si fuese una sombra, dejando que el eco de su paso se extinguiese poco a poco.

—Qué significa esa palabra —tartamudeó Stoughton, tembloroso y con el cuerpo empapado en sudor.

—No lo sé, pero se parece mucho a caníbales, y eso no es bueno —respondió El Vinagrero tras una larga pausa.

—¿Puede saberse por qué no es bueno?

—Caníbales… caníbales. Comepersonas.

Esa mala combinación de palabras fue suficiente para que el juez entendiese.

—Entonces prefiero que me vuele él la cabeza —nada más terminar el comentario, ambos corrieron en la dirección de vuelta al barco.

*

¿Cuántas veces debían de haber recorrido esa parte de la isla? ¿Mil? A todas luces el almirante se conocía el terreno y les había conducido por parajes en los que fácilmente se podía uno perder. Llevaban horas corriendo, caminando, casi arrastrándose… y no parecían estar más cerca de la orilla. No tenían ni remota idea de dónde se encontraban y cabía incluso que se hubiesen alejado aún más. Estaban exhaustos y definitivamente habían alcanzado esa fase en la que todo da igual y lo único que se desea es descansar, despertar pasados cincuenta años aunque sea en el mismo lugar. Dejaron caer sus malheridos cuerpos sobre la tierra sin pararse a examinar sus heridas, pues las ramas y las piedras habían marcado sus cuerpos con todo tipo de cortes, desgarrando incluso sus ropas. Tras llevar un rato tirados como borrachos en un barrio de mala muerte, al juez le sobrevino una curiosidad:

—Malnacido… ¿Por qué…por qué me salvaste?

—Qué queréis decir, maldita sea. Me cago en la madre del señorón, sois lo peor que me he echado jamás a la cara… te mataré antes de que me coman, me cago en tus…

—No teníais porqué hacerlo así, podríais haber seguido escondido en el primer mercante —logró decir, ignorando la carrada de insultos que le estaba dirigiendo.

—¡No lo sé! ¿De acuerdo? Era divertido ver cómo os arrastraban, cómo pataleabais como un niño chico…

A continuación se puso a jurar en su extraño dialecto. Pero Stoughton no se detuvo:

—A vos os importan más vuestras posaderas que las mías, ¿por qué lo hicisteis? ¿A qué ese espectáculo con el timonel?

—¡Lo necesito! Necesito ver que todos caen ante mí, a veces no sois más que muñequitos. Necesitaba salir de ese barco, nunca aguanto mucho tiempo en el mismo sitio. En el hospital al menos tenía otras cosas.

—Otras cosas… ¿no podías hincharte a vinagre ni tocar a mujeres, rufián asqueroso?

—Vaya… es admirable la cantidad de insultos que aprendisteis de manos de esa pequeña

golfa.

William sintió como si se dejara los huesos en el suelo, como si sus músculos se desprendieran de los mismos en el instante en el que se abalanzó sobre Acacio. Este, sorprendido, no pudo reaccionar y ambos rodaron por el fango mientras caían en baja pendiente, en un vuelo camicace. El juez, hervido de ira y de locura, disparaba todos los golpes que podía al tiempo que saltaba y chocaba. Daba igual el dolor, las ganas de machacar al otro eran más intensas. Acacio lograba ponerse más o menos en pie para alejarse o devolverle las patadas, pero al segundo trastabillaba y acompañaba a William en su declive tanto físico como moral. Definitivamente, ninguna experiencia podía acabar con el odio en las personas, no eran algo que se pudiera separar.

Tras varios minutos empanándose con la greda, el lodo y los hierbajos, fueron arrojados por el desnivel hacia un pequeño manantial. Sin apenas notarlo, ambos se levantaron de nuevo. Sin embargo, algo le paró los pies a Stoughton: la mirada de su adversario. Una mirada perdida entre la rabia y el dolor, a medio camino entre la indefensión y el miedo, hundida en tímido llanto. Ese era el trofeo, la venganza. Nada más que una expresión de destrozo interior. Había conseguido desnudar al mentiroso, quitar la máscara y dejar a la vista a la persona. Nada de frialdad, nada de burla, nada de artificios: la realidad tan dura como siempre lo había sido. Él no podía escapar de sí mismo, de lo que en verdad era, pero los demás tampoco. Allí perdidos, desamparados y luchando, Acacio no era más que nadie y solo quería poder seguir haciendo lo de siempre: huir, una y otra vez.

—¿POR QUÉ? —le chilló William, harto de esa apestosa segunda oportunidad—. ¿Y por qué cruzar el mar? ¿No tenías sitio allí, malnacido?

—Allí no hay nada para un hombre como yo. Estoy cansado de esconder la cabeza debajo de los puentes, las mesas, los puestos de comida, los faldones… necesitaba levantarla y ver si había algo más. Algo que no me aburriera… algo, maldita sea.

En ese momento, abrió la boca y la sangre salió disparada igual que en un escupitajo. Una lanza le acababa de atravesar el cuerpo de lado a lado y el pobre Acacio cayó de rodillas, llorando por fin.

XVIII. BESO, FUEGO, AGUA, SANGRE

Beso, fuego, agua, sangre.
Brisa, gritos, pistola, lucha.
Tirón, calor, amor, más sangre.
Cárcel, soga, gritos, lloros.
Sangre, beso, sangre… sangre.

Todos sus recuerdos se entremezclaban mientras le arrastraban, lleno de fango, por enmedio de la selva bajo una densa y húmeda niebla. No había ningún orden en las secuencias, las imágenes simplemente bailaban sin respeto entre ellas, de unas a otras, vuelta hacia atrás, tiñéndolo todo de un rojo escarlata que se esparcía por el suelo del hospital, por las cuestas de tierra, por el manantial. Ver a su enemigo siendo atravesado había sido más traumático de lo que cabría pensar, más incluso que cuando le apresaron los caníbales. Quizás por el gran daño que le hacían, su mente se alejaba más y más, intentando sortear lo malo para llegar una vez más hasta María. Se había dado cuenta de que hasta hacía pocos días una parte de él estaba tranquilo porque confiaba, en lo profundo y de verdad, en que volvería a verla. Pero ahora ya no lo creía y experimentaba el intenso dolor de la pérdida definitiva. No quería atreverse a confesar que se arrepentía de arrepentirse, que ojalá su corazón se hubiese amarrado más fuerte al presente con la muchacha y no al pasado. Finalmente no habría nada ni nadie que salvar y solo habría conseguido causar más daño, más muerte, como si fuese la auténtica lacra de aquel siglo.

Sus pies sangraban como si fuese un pobre peregrino y las cuerdas le cortaban la circulación. Le empujaban aún cuando no era necesario y le pinchaban con las lanzas como si fuese un animal, quizá para ver si le quedaba carne en alguna parte que pudiesen comer. Aunque no se acordaba de la última vez que había probado bocado. En ocasiones le arrojaban agua por encima y él se lamía, desesperado y como un cerdo, tratando de llevarse algunas gotas a su boca seca. Estaba perdiendo la noción del tiempo y poco a poco la de sí mismo. Si seguía haciendo movimientos no era por fuerza o resistencia, sino por pura inercia. En esos instantes hasta un soplo del viento podría batirle y puede que ni se diera cuenta. Sus ropas rotas y andrajosas se pegaban a su piel a medida que se internaban dentro de esa gran nube de niebla. Poco a poco se empezó a oír una especie de burbujeo y el calor comenzó a ser casi insoportable. Los caníbales se gritaban unos a otros y a los pocos minutos un grupo reducido de ellos trajo una gran caña de algo parecido al bambú.

Antes de hacer lo que fuera que pretendieran con ese gran palo, caminaron un poco más y junto al burbujeo surgió un ruido de aguas bravas. Por tanto, parecía que la niebla no era tal sino una especie de bruma que salía de alguna parte, de algún sitio lleno de agua hirviendo. Como ya estaba curado de espanto, Stoughton apenas hizo esfuerzo en buscarle sentido a eso. Por él como si se estaban acercando a la mismísima boca de un volcán… ya no había nada que hacer. Su interior se removía con el único deseo de que todo aquello terminase lo antes posible, no tenía ya

más aspiraciones en esa vida malgastada. Si no había hecho nada bueno al menos había pagado algunas deudas con una incesante tortura. *«Si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. ¿Es eso?»*.

Unos instantes después la nube se presentó claramente como una enorme fumarola en la que se mezclaban infinidad de gases y vapores. El mareo se intensificó y algunos salvajes se quedaron atrás. Ahora solo le acompañaban unos pocos, quizá los más fuertes. No se veía nada, ni al que estaba un palmo por delante. El ruido ya era ensordecedor y estaba más que claro que habían ido a parar a una enorme olla natural en el otro extremo de la isla. Sin embargo, en cosa de segundos la pendiente cambió y el juez pudo ver un trozo del paisaje que se abría a un lado: un gigantesco lago en ebullición, un capricho de la naturaleza nunca antes conocido. Se hablaba de la existencia de aguas termales en algunas tierras perdidas, pero lo que estaba observando poco tenía que ver. El vapor dificultaba muchísimo la visión pero las aguas parecían de un tono grisáceo. Cuando le tiraron al suelo y comenzaron a enrollar su cuerpo en la caña mediante las cuerdas, lo comprendió: iban a cocinarle vivo, le bajarían con la caña hasta el agua y dejarían que su carne se asase en ella. No tardaría mucho en estar listo. Era irónico pensar que en un lado de la isla los marineros disfrutaban su gran comilona mientras que en el otro, él era el manjar principal.

No le quedaba agua en el cuerpo que pudiera salir por sus lagrimales, pero todo su cuerpo lloró internamente de una forma extraña. Sus órganos se retorcían sobre sí mismos y parecía que una garra invisible estuviera estrujándole el corazón, pues dolía en el sentido más físico de la palabra. Todo lo que era se acababa allí, su despedida se haría al estilo más primitivo posible. Ni siquiera disponía de la libertad para cubrirse con sus brazos como si fuera otra vez un niño, *ese* niño.

Intentó inhalar todo el aire que pudo, por si el montón de gases pudieran drogarle lo suficiente como para que se desmayara. *Vamos, este cuerpo no lo pondrá difícil.*

Casi inconsciente le fueron bajando hasta que sintió la quemazón en la planta de los pies. A alguien por allí arriba le debía de hacer mucha gracia la escena, pues una de las cuerdas se las vio con la punta de una roca que sobresalía, y tal fue la ansiedad de los caníbales que terminaron por romperla. Aún así, él seguía fuertemente apresado y nada podía evitar su desenlace. Temblaba violentamente y su garganta quería chillar, pero todo lo que salía de ella eran oraciones en voz trémula, baja… como cuando se las enseñaba su madre. Su mente volvió a repetir una secuencia interminable de escenas, pero esta vez desde mucho más atrás.

El río que pasaba por el pueblo, el brillo de un pelo ondulado. Su padre orgulloso, su madre sonriendo. Harvard, Oxford, el otro lado del mundo. Mather, el gobernador. Su madre enferma, su madre muerta. De Ipswich a la bahía de Massachusetts. La ciudad resplandeciente sobre la colina, Salem. Un cuerpo balanceándose, un reloj a medianoche. La iglesia llena, la iglesia vacía. Los ojos de Nathaniel, los ojos de Acacio. Verbouc, María, el doctor, Toro, María, los barcos, el almirante, Acacio, salvajes, María, lago hirviendo, calor, quemazón.

Disparos.

¿Disparos?

Las armas escupían mientras los gritos se elevaban como el vapor. Y entre toda la confusión el juez notó cómo él descendía cada vez más deprisa: habían soltado el palo que le sujetaba. Las cuerdas rozaron contra las paredes rocosas y estallaron, mientras él se precipitaba sin pausa.

Cerró fuertemente los ojos esperando la horrible tortura, pero tras unos segundos se dio cuenta de que permanecía en suspenso… le volvían a sujetar.

No sobraba ni medio metro hasta el agua y el calor estaba haciendo que le nacieran más ampollas en los pies, pero eso fue lo de menos en cuanto logró distinguir algunas palabras entre los estruendos. Todo lo eufórico que podía estar en esos instantes, chilló en su lengua madre y el tiempo a partir de ahí se ralentizó monstruosamente: las aguas fueron alejándose y el ardor disminuyendo, y en cuanto lograron posarle en tierra desgarraron medio palo de otro fogonazo y le desataron. Eran sus colores, su lengua, su gente.

La Marina Real Británica había vuelto.

—¡No temáis, saldremos pronto de este agujero!

A su lado varios cuerpos en el suelo fueron arrojados a patadas hacia la olla hirviendo.

—¡Este sitio apesta!

—¡Es impresionante!

—Por el amor de Dios, ¡es la entrada al infierno!

—¡Retiraos! ¡Volvemos al barco, necesitamos refuerzos! Cargad al prisionero, es de los nuestros.

Es de los nuestros. Nuestros. Pensó que nunca volvería a oír algo así.

De camino al barco, solo escuchaba levemente cómo contaban a los salvajes caídos y cómo ordenaban el siguiente ataque. Al parecer esa isla también estaba en el ojo de los suyos, querían conquistarla. Y habían probado desde el otro lado, donde los caníbales no les esperaban. ¿Era en serio que habían llegado justo en su momento? No podía estar en el cielo ni soñando, así que sería verdad.

—¿Estáis despierto?

—S… sí.

—¿Cómo os han capturado, quién sois?

—N… no… soy el juez *sir* William Stoughton.

—¿Juez Stoughton? Ha estado desaparecido mucho tiempo. ¿A dónde os dirigíais?

—A Salem… al poblado de Salem. Allí estoy destinado.

—Y allí iréis, os lo prometo.

XIX. PRIMERA BATALLA

La brisa fresca y húmeda por encima de los charcos… el viento de una tarde en Boston. La mañana había corrido en el tiempo por debajo de una lluvia intensa, fruto de la primera tormenta de verano. Ahora ya solo quedaba el brillo de las luces y el reflejo que la luna dejaba en los tejados mojados. Nada había cambiado, ni siquiera la vieja habitación a la que no pensó que volvería. Una cárcel siempre es el mejor sitio para esperar visitas, pues es donde más se desean. Y es que sabía que vendría: Verbouc iría a darle la bienvenida.

Pero aún así él no estaba nervioso. Tras todo el infierno que había pasado durante el último par de años y sobre todo en los últimos días, estaba allí quieto admirando con tranquilidad las gotas de agua, el polvo de la ventana, la pared cascarillada y sucia, la poca vida callejera de esas horas. Cosas banales y típicas que sin embargo eran agradables de ver por la normalidad que encerraban, por lo simple que hacían parecer al mundo en algunos momentos. Como si fuera imposible que un hombre, preso del tiempo y viajero por este, estuviera contemplándolas y participara de ellas.

—Lo habéis conseguido. —La voz aflautada era ahora profunda, grave y hasta agradable.

—No quiero saber qué habéis tenido que ver en todo esto.

—Todo, amigo mío…

—Todo, sí.

—Ha sido un camino difícil, pero aún queda lo peor.

—Ya siento que he dado casi todo.

—Falta el casi, pues.

—¿Lo sabíais?

—¿El qué, joven?

—Lo que pasaría, todo lo que me iba a costar.

—Aún no lo sabéis ni vos.

Cuando William se giró, se topó de nuevo con ese par de ojos y entonces supo, durante un segundo, exactamente lo que era. Supo dónde había estado metido todo ese tiempo y por eso, cuando al pestañear el anciano volvió a desaparecer, ni siquiera se movió un milímetro en su búsqueda. Se quedó pensando en sus últimas palabras, en la amenaza que bailaba entre ellas y suspiró, mirando una vez más la ciudad de noche. ¿Había algo que se le escapaba en todo aquello? Quizá no fuera a entender de qué iba hasta el final, al que definitivamente estaba dispuesto a llegar.

*

Según la versión oficial, el juez Stoughton había cogido un barco desde Ipswich con destino a

Nueva Inglaterra, pero tal embarcación había sido atacada por unos piratas de etnia desconocida que rumbo al Caribe se habían parado a descansar en la parte suroeste de Dominica, donde habían sido asaltados por los salvajes. La historia cedía desde muchos lados y era débil en sí misma, pero a falta de pruebas en contrario la gente se la había creído. Después ya había venido el rescate por sorpresa.

Con todo, habían logrado llevarle a la bahía y contactado con los pocos familiares que le quedaban, más que nada amigos entre los que se contaban Cotton Mather y el gobernador, que un año antes habían redactado una carta para la nueva provincia de Massachusetts nombrándole vicegobernador, cargo que no pudo asumir en el plazo previsto debido a su desaparición. Sin embargo, ahora ya había vuelto y estaban a veintisiete de mayo, día en el que se formaría el Tribunal Especial de Auditoría y Casación en Salem, dirigido para casos de brujería. William tenía todas las fechas gravadas a fuego en su memoria. La calma del día anterior se había esfumado y su mente era un tsunami de ideas y de recuerdos que se abalanzaban sobre él como una gran ola. Dada su traumática experiencia, sus compañeros no habían permitido que esta vez liderara él el tribunal, así que el juez principal pasaba a ser Cotton. Se había opuesto a ello con insistencia, pero ya bastante le había costado que le aceptasen en el tribunal sin haber superado un cierto periodo de recuperación, con que la opción de ser la cabeza del mismo quedaba fuera de su alcance. Trataba de ignorar el hecho de que eso mermaba su poder y por tanto, tendría menos potestad para facilitar el cambio de los acontecimientos.

Deteniendo sus pensamientos, vio que habían llegado a la aldea de Salem, donde habían preparado una de las viviendas para acoger la reunión de los magistrados.

Parecía un sueño.

No se había parado a pensar cómo sería volver a ver esa imagen. Había poco movimiento, sí, pero era el mundo antes del desastre. Para él era como ver un país entero antes de la guerra o de la peste. Había *vida*. Había locura tras cada puerta y cada mirada, pero aún seguían todos allí. La patrulla de notables andaba merodeando y la gente se apuraba a meterse en sus casas, pero le dio tiempo a ver alguna escena dantesca como era el traidor de Baker tonteando con la hija de los Waldwell, aquel matrimonio al que luego acusaría salvajemente. Hasta ahí llegaba la hipocresía y la crueldad de la gente.

A pesar de saber que aún nadie era consciente de quién era ni lo que podría hacer, o que había hecho según se mirara, poner un pie en ese poblado le costó. Sin embargo, tenía que serenarse. Si se alteraba demasiado no podría empezar con todo lo demás. De camino a la choza intentó acordarse de nuevo de todos los componentes del tribunal, y cuando llegó los vio a todos. No pudo evitar que su mirada se posase en Nathaniel más que en ningún otro. Recordaba con asombrosa intensidad el sueño en el que salía su cuerpo, aplastado y deformado, mientras que sus grandes ojos sobresalían. En cierta manera eran los mismos que ahora le correspondían: él le estudiaba con limpia mirada, honesta y preocupada. Se acercó a él y dándole la mano le preguntó qué tal se encontraba, expresando así su horror ante lo sucedido. Era tan correcto, tan formal… y tan llano a la vez. *No te defraudaré esta vez, Nathaniel.* No eran amigos íntimos, pero en su mente tenía un deber con él como si realmente lo fueran. Y es que en Nathaniel se representaba la realidad tal y como él la deseaba, así que prometerle algo a esa persona era prometérselo a todos. A sí mismo también, para qué negarlo.

Cuidadosamente tomaron asiento y aceptaron unos manjares mientras repasaban los

antecedentes de hecho. Stoughton no quiso probar bocado, tan solo ver cómo hablaban de los condenados mientras mascaban delicias le revolvía el estómago. Los magistrados de los preliminares estaban presentes e incluso el *sheriff* del condado. El juez se mantuvo callado durante todo el encuentro hasta que llegaron a la parte que esperaba, en la que se nombraba la presencia espectral como prueba.

—No debemos otorgarle valor probatorio a semejante insensatez —intervino.

Todos parecieron sorprendidos. Era como si se hubiesen olvidado de que estaba allí. Las dificultades para que entrara en el tribunal habían afectado a su capacidad de influencia y no se esperaba de él más que una mera colaboración técnica.

—William… —comentó Mather, entornando los ojos—. No hace falta decir que ninguno de los aquí presentes confía plenamente en una cosa así, pero ello puede facilitar que los acusados confiesen. En cualquier caso, siempre seremos nosotros los que decidamos al final.

—No facilitará ninguna confesión, tan solo inducirá a más mentiras.

—Estoy de acuerdo con William, eso no hará más que precipitar los hechos de forma peligrosa —intervino Samuel Sewall, ferviente defensor de la calma.

Stoughton esperaba cosechar más apoyos y no paraba de mirar a Nathaniel, pero este dudaba.

—¿Y si es verdad? —agregó de forma violenta el *sheriff*. Todos se giraron sorprendidos hacia él, quien se comía una manzana en una esquina del salón—. ¿No están ustedes cargando contra el Diablo? Todo puede ser. —Su mirada era sarcástica, cosa que fastidió enormemente a Stoughton. ¿De verdad se cree lo que dice o sólo quiere marear la perdiz? ¿Le causa diversión, acaso?

—No debemos descartar ninguna posibilidad —le secundó con firmeza Bartholomew Gedney, el hijo del fundador.

—Venís muy blando, Will —se atrevió a decirle Sergeant.

—Prudente, diría yo.

—Bueno, William, ¿dejémoslo así, de acuerdo? Como he dicho, al final decidiremos y cualquier otra observación será bienvenida —sentenció Mather, mirándole muy seriamente.

Primera batalla perdida.

No hubo ningún avance esa tarde. Abatido como si todo hubiese terminado otra vez, se arrastró hasta el parque de ejecuciones, el Gallows Hill Park, y vio el pasado en él… esperaba que no fuera el nuevo futuro. El campo no estaba quemado y aún no se habían dispuesto las tablas para la horca, así que parecía otro sitio, otro parque distinto. Pero seguía siendo ese parque. Tenía ese aura tenebrosa incluso a plena luz del día, bajo el sol de las cuatro de la tarde, así que nadie caminaba por allí en esos días.

Tenía que mover la siguiente ficha: debía hablar con las niñas. Era lo menos arriesgado y lo menos llamativo que podía hacer por el momento. Tenía que actuar antes de que ahorcaran a la primera, a Bishop, pero Mather no debía desconfiar de él aún. Cotton no era como su padre, era mucho más radical y pretendía hacer una limpieza en toda regla. Llevaba en el cuerpo la misma rabia que él había cargado al principio y temía los resultados. Como sospechara que Stoughton quería evitar a toda costa cualquier ejecución, le echaría de ese Tribunal de inmediato. Al fin y al cabo, le debía el puesto a él. Estaba entre la espada y la pared.

Así, al día siguiente acudió temprano a la casa del reverendo, pues su hija y su sobrina aún seguían con él. En realidad ya no estaba permitida ninguna libertad de movimiento, los que no

estaban encarcelados tampoco podían salir del poblado hasta que aquello no se aclarara.

Cuando el párroco, con cara de cansancio, mandó llamar a las niñas al salón, no bajó nadie. Al parecer seguían fingiendo ataques y desmayos, por lo que algunas mañanas permanecían todo el tiempo en la cama. William, suspicaz, supuso que con la llegada de los magistrados habrían exagerado el asunto, por lo que tuvo que subir hasta sus cuartos. El párroco le pidió brevedad y se quedó escuchando junto a la puerta, dentro del dormitorio. Stoughton, nervioso por su presencia, decidió comenzar el interrogatorio por lo más simple: les pidió que repitieran la historia. A medida que relataban lo mismo con voz trémula y entre ataques de tos y temblores, decidió utilizar la figura de Tituba para no alterar al cura:

—Está bien. ¿Qué historias os contaba la esclava, pequeñas?

Abigail, la mayor de las dos y de la que se decía que mantenía un escandaloso romance con Proctor, se adelantó rápidamente y bajo la curiosa mirada de Betty, la pequeña, relató historias cruentas en las que la esclava soltaba maldiciones y las obligaba a repetirlas. Stoughton sabía lo que estaba pasando: Abigail llevaba la voz cantante. Se inventaba lo que le daba la gana y la otra procuraba atender para poder repetirlo. Luego simplemente seguían mal formando el asunto.

—¿Esas historias era lo que os contaba? ¿Cómo sabéis que se trataba de maldiciones? Podían ser simples canciones u oraciones en su idioma natal.

—¡No! —Abigail abría mucho los ojos y cada respuesta era más violenta que la anterior. Se notaba que William la ponía nerviosa y en cualquier momento simularía otro ataque para echarlo de la casa—. Eran verdaderas maldiciones, le deseaba cosas malas a la gente. Le tenía mucha envidia a los demás y por eso les hacía cosas malas.

—¿A vosotras también os tenía envidia? Habéis dicho que jugabais con ella.

—¡Al principio pensábamos que eran juegos, pero eran artimañas para ganarse nuestra confianza! Díselo, Tío.

—¡Sí, díselo, Padre! —intervino la pequeña Elisabeth.

El reverendo se mantenía al margen con cara de disgusto, pues para él era una vergüenza haber albergado a esa esclava bajo su techo.

—Puede que tuvierais pesadillas con las historias que os contaba y que no recordéis más que el sueño, y no la realidad. Los jóvenes gozáis de gran imaginación.

—¡Lo recordamos perfectamente, no podemos olvidarlo!

A continuación se agarró la cabeza con ambas manos y se arrancó el pelo de manera brutal, al tiempo que gritaba. El párroco corrió hacia ella y mandó a Stoughton a por un médico, quien le tuvo que poner un trapo en la boca porque al final parecía ahogarse con su propia lengua.

—¿Quién os atormenta? —no dejaba de preguntarles Samuel Parris, sollozando.

El juez se había quedado anonadado. La última vez no había solicitado ningún encuentro con las niñas y lo que recordaba era un grupo de jóvenes chillando y llorando, pero ahora acababa de ver la capacidad de la joven Abigail para hacer verdadero teatro. Le recordó a Acacio… tampoco ella se tenía a sí misma como límite. Era capaz de infringirse grandes dolores con tal de dar veracidad a sus palabras. Dejaba que el sufrimiento autoinfligido y la presión de la gente le hicieran palidecer, y contaba con una gran habilidad para ponerse a llorar en cualquier momento. Estaba claro que no pensaba parar, por la razón que fuese. Desde luego, si ella conducía a las demás él no tendría grandes posibilidades por ese camino. Es más, tan solo había conseguido dirigir más odio hacia la esclava Tituba, con la que ya descartaba hablar. La harían confesar y se

librería, de todas maneras nadie quería tenerla cerca. Era algo así como la semilla del mal. Ella acabaría por confesar para salir absuelta y librarse así de los cargos, pues al fin y al cabo no tenía familiares a los que les pudiera salpicar su mala imagen. Era una pobre desgraciada demasiado acostumbrada al maltrato y al rechazo social… no sería su baza.

Cuando el médico regresó, no estaba sorprendido en absoluto. El doctor Griggs procedió como siempre: las tumbó de nuevo y empapó unas cuantas gasas en agua. Iba negando con la cabeza mientras el párroco rezaba en silencio, con la cara deshecha.

William se fue disimuladamente, pensando.

XX. SOBRE SÍ MISMA

Había intentado hablar con las otras niñas, pero todas repetían los mismos gestos y los mismos ataques. Es más, querían hacer creer que sus ataques eran más violentos que los que le daban a la de al lado. A veces parecía justo eso: una competición. No solían añadir nada nuevo sin estar Abigail delante… queriendo o sin quererlo esa muchacha dirigía el cotarro, y lo había capitaneado desde el principio.

Stoughton no podía evitar acordarse de María algunos días, y también del hospital. Todos ellos deberían estar encerrados en un sitio semejante, pues ya los había visto más sanos allí en España, en ese sitio de mala muerte. Estaba muy nervioso porque al día siguiente se celebraría el juicio de Bishop y nada había cambiado lo suficiente como para que el veredicto se viera modificado. En esos momentos tampoco era capaz de bajar a las cárceles, que poco a poco se estaban llenando. Estaban todos a un palmo de precipitarse por la cascada.

Creyó por eso que sería buen momento para volver a hablar con las niñas, sobre todo con Abigail. Pero esta vez el cura fue mucho más reacio a que él entrase en su casa. William tuvo que pedirle ayuda a Sewall, que compartía su desesperanza, para que le acompañase. Juntos presionaron al párroco y lograron ver a las chicas. El plan de William era ponerlas muy nerviosas, ya que cada vez tenían menos control sobre lo que pasaba. Pero sospechaba que siempre que Abigail estuviera acompañada, sentiría la necesidad de seguir manipulando a las demás para fortalecer su imagen de víctima. Necesitaba llevársela aparte y quizá entonces podría incluso sacar el tema de su pequeña aventura con Proctor, fuese o no cierta. La clave estaba en desnudar su cobardía, en hacerla creer que no se estaba escudando sino poniendo más en peligro, y que acabaría por escapársele de las manos.

¿Pero cómo podía hablar con ella a solas con su tío vigilándoles todo el rato? Se acercó a Parris.

—Padre… os solicito que me dejéis hablar a solas con vuestra sobrina. Es la mayor y debe comprender el alcance que puede tener todo esto. No será mucho…

—¡No! Ya basta de atosigarlas. Están haciendo lo que deben, su señoría.

—Yo no estoy tan seguro de eso —se atrevió a contestarle William, mirándole con severidad.

—¿Vienen aquí a presionar a unas pobres niñas porque no se ven ustedes capaces de dilucidar la verdad por sí solos? Pensaba que nuestros jueces eran respetados por su sana crítica, más cuando las pruebas están tan claras, *su señoría.*

—¿Desde cuándo están tan claras para vos, Padre? ¿Quizá desde que acusaron a *vuestra* esclava?

Samuel les miraba desde el otro extremo de la habitación, procurando que las niñas no se dieran cuenta de la pequeña trifulca. Estaba sorprendido por la agresividad en las palabras de ambos.

El párroco, perdiendo poco a poco las formas, se le acercó peligrosamente y siseó:

—Si estáis dirigiendo alguna acusación contra mí, os ruego que seáis claro.

—Con honestidad os diré, Padre, que temo que vos mismo estéis exacerbando la imaginación de estas niñas. ¿Es demasiado vergonzoso para vos admitir que mantuvo a esa esclava, que sentís que debéis repartir vuestra culpa?

—¡Qué estáis diciendo, por el amor de Dios!

—Obligar a las niñas a acusar a personas inocentes no le hará a vos parecer mejor. Os ruego que paréis, nadie os culpará por no ver la naturaleza de esa tal Tituba.

—¡Váyanse, deben prepararse para el gran trabajo que deben hacer! Que Dios les guíe —gritó, alterado.

Samuel estaba atónito y no dijo una palabra hasta que salieron de la gran casa.

—William… has de darme alguna explicación.

—Samuel, él no deja de preguntarles a las pequeñas quién les atormenta. Y ellas ya no pueden seguir culpando solo a una persona que saldrá absuelta por confesión, sienten que deben decir más nombres. ¿No lo veis? No son conscientes de lo que hacen, el parque ya está habilitado para los ahorcamientos.

—William, no desesperéis. La decisión la tomamos nosotros.

—Samuel, nosotros no somos vos o yo.

Todo se desmorona y ni siquiera se dan cuenta.

*

Giraba sobre sí misma. William contó en silencio hasta tres y entonces todos chillaron para que quemasen el cuerpo de Bishop. Se había obligado a verlo, era su culpa. Samuel, a su lado y completamente consternado, no se atrevía a mirar a su compañero. El día anterior Nathaniel había presentado formalmente su dimisión y había sido sustituido por Jonathan Corwin, uno de los que habían llevado los preliminares. Sin embargo, Stoughton personalmente le pidió a Nathaniel que no abandonara el poblado, sino que se quedara a presenciar los juicios y le ayudara, pues necesitaría su apoyo. Ambos se habían posicionado del mismo lado pero no lo habían conseguido, no habían podido salvar a esa mujer.

A lo lejos, vio William al reverendo Parris comentando algunos asuntos con Cotton. No se aguantó y se acercó justo cuando la gente ya se alejaba:

—¿Estáis satisfecho? —le preguntó al párroco.

—William… —comenzó Cotton, frunciendo el ceño.

—¿A qué se refiere *su honorable Señoría?*

—¡No me hicisteis ningún caso!

—¡William! —estalló Cotton—. ¿Qué significa esto?

—Cotton… mi fiel amigo. Aquí el reverendo, Dios me perdone, no ha querido escucharme. Le rogué que no presionara a las niñas para que siguieran culpando a gente ¡y ya hemos tenido que condenar a la primera!

Cotton Mather, rojo de ira, se acercó a William y llevándoselo del brazo lo alejó un poco de Parris, que estaba estirado cual suricato.

—William… no entiendo qué te pasa. Hemos respetado vuestros votos particulares, pero el

juicio contra esa persona terminó y su sentencia se ejecutó. No oses atribuir tal resultado al párroco, ¡te has vuelto loco! Sigues traumatizado, he de comprenderlo… ve y descansa, y por favor, reflexiona sobre tu comportamiento. No sé hasta cuándo dejaré que me sigas sorprendiendo, amigo mío.

Amigo mío.

Tenía que cambiar de estrategia. Por supuesto que había sopesado convencer a la gente para que se declarasen culpables, pues la confesión equivalía a la absolución, tal como había pasado con Tituba. Pero la gente tenía un gran concepto de la dignidad, él lo sabía bien, y tampoco podían permitirse ser desterrados. No se fiaban de algo así y se negaban a que su mala imagen salpicara a sus familias o pusiera en peligro a sus hijos, que podían acabar en la hoguera perfectamente. Las reacciones eran incontrolables e inesperadas… además, si Cotton se enteraba de tal movimiento era muy capaz de propiciar su salida o incluso un cambio en la interpretación de la ley. No podía arriesgarse a algo así, tenía que encontrar otras brechas, otros objetivos. Ahora que los ojos de Cotton estaban sobre él, debía actuar con máxima discreción, incluso temía tener que dar su brazo a torcer en algunas cuestiones. De todas maneras, la gente ya sabía que confesando saldrían absueltos y siempre se habían negado. Tenían un miedo atroz a que Dios les diese la espalda si lo hacían… no querían alejarse ni de Él ni de sus familias, y los muy desgraciados pensarían que en los juicios se averiguaría la verdad.

Era horroroso no poder decirles a todos que sabía cómo acabarían, que las niñas terminarían confesando, que tenían la capacidad de remediar toda esa locura. Pero no podía y era algo que ya tenía que estar superado. No podía desviar su atención en esos pensamientos, no había llegado hasta allí para eso. Seguía teniendo el *deber* de arreglarlo y los deberes se cumplían costase lo que costase. Cuando uno tiene en mente que debe hacer algo y que no puede escaparse, de alguna u otra forma se llega al cómo. Y él iba a llegar y lo iba a hacer cuando no fuese demasiado tarde. Recordaba que a partir de Bishop las condenas se habían sucedido muy rápido, así que no tenía mucho plazo para encontrar la manera.

Decidió salir de una vez de aquel parque y dar un paseo por el bosque para serenarse. Pero justo cuando se giraba vio por el rabillo del ojo una figura espatarrada contra unas vallas: el *sheriff*. Estaba comiéndose otra manzana, mientras miraba aburrido los restos de Bishop. William no podía ni creerlo… era lo más desagradable que había visto después de la ejecución. ¿Cómo podía estar comiendo después de aquello, así tan campante? Y con esa expresión de petulancia todo el día pintada en su cara… era despreciable, casi vomitivo. Se alejó con fuertes zancadas, apretando los puños.

Cuando ya estuvo interno en el bosque, sacó un pequeño retrato que llevaba doblado en un bolsillo y como antaño pasaba, toda la ira y la ansiedad parecieron ir desapareciendo como por arte de magia, quedando solo una ligera punzada de dolor a la altura de su pecho izquierdo.

María…

XXI. LA BRECHA

La carta era escueta, terriblemente simplona. Era casi inadmisible que un hombre como el gobernador se atreviese a contestarle con tan poca gracia, con tan poca elegancia y sobre todo, con esa falta tan alarmante de atención.

No le había hecho ni caso. Stoughton se había obligado a escribirle informándole de todas las salvajadas que se estaban cometiendo, rogándole que interviniera para apaciguar a la gente. Realmente se había esmerado en el escrito que le mandó, alabando su tarea y su confianza en él. Stoughton había logrado el puesto de asistente del gobernador de la provincia, su tocayo William Phipps, y por eso se creía en confianza para exigirle que se personara o al menos que le diera un tirón de orejas al tribunal. Sabía que en el fondo Phipps le apreciaba y tomaba muy en cuenta sus opiniones, pues en un principio el mismo Cotton Mather había pedido que hiciera a Stoughton su asistente, pues era un teólogo graduado en Harvard y un político entregado, sublime. Pero ahora las cosas habían cambiado, sin el respaldo de Cotton el mismísimo gobernador estaba también entre la espada y la pared, pues también le debía su cargo a la familia Mather. Estaba seguro de que Cotton había contactado antes con Phipps para advertirle de que William le escribiría, que le pediría algo así… de la misma manera que había puesto en contra suya a casi la totalidad de los magistrados. Para él era muy fácil conseguir eso. Quizás había subestimado la capacidad de Cotton Mather desde el principio y sobreestimado la suya propia. No había equilibrio de poderes, era inútil intentar meter mano donde ya la tenía puesta Cotton. Era ridículo, prácticamente todo estaba perfectamente dispuesto por Mather, parecía que todo fuera un tablero con el que jugaba él solito.

¿Qué iba a hacer ahora? El gobernador de la provincia había sido su última posibilidad y también la más fuerte. Si había puesto tanto empeño en su carta, si le había insistido tanto, era porque la anterior vez había sido él quien terminó disolviendo el tribunal especial que tenían ahora, para encargar los últimos casos a la Corte Suprema de Judicatura. Además, él tampoco permitió en su día la evidencia espectral… Cotton debió soltarle algún cuento sobre que no pensaban tenerlo muy en cuenta en la deliberación, pero era una mentira más. De nuevo, no sabía qué hacer. Sin la Corte Suprema encargándose, que liberó a todos aquellos que esperaban para ser juzgados y que además perdonó a los que iban a ser ejecutados, no quedaba ninguna esperanza.

Era irónico. Para estropearlo todo le pusieron de juez principal y controló lo que quiso, y ahora que necesitaba arreglarlo le delegaban a un puesto inferior y para colmo, ignoraban todas sus apreciaciones.

Mandar otra carta de protesta solo valdría para enfadar aún más a Cotton, y por qué no, también al gobernador. A esa gente no le gustaba que les pusieran las cosas difíciles, claro que no. ¿Y si había sido premeditada su carta? Las cárceles estaban infestadas de gente, no cabía un alma más, pero no había habido «demasiadas» ejecuciones aún como para poner el grito en el

cielo… al menos desde el punto de vista de alguien que no hubiese viajado en el tiempo.

Definitivamente, había amanecido muy negro. Salió de la casa porque aquel día se juzgaría a unos cuantos más. De camino, se encontró con una desagradable escena: dos notables arrastraban a una anciana indigente hacia los calabozos mientras el *sheriff*, al lado de ellos, le daba una patada a su cuenco de monedas. Reconoció a la susodicha de inmediato: se trataba de Sarah Good.

De repente, cuando ya se estaban alejando con la mujer, el *sheriff* les detuvo con gesto asqueado y les dijo:

—¡Dejadla, estúpidos! Ya no hay sitio en esa madriguera, ya veremos qué hacemos con ella. Podéis dejarla donde estaba por el momento —como si hablara sobre un objeto, igual—. ¡Qué miráis, gandules! Obedeced, tenemos más arrestos pendientes.

—¿Y a dónde pensáis llevar a los siguientes arrestados, si no hay sitio ni para esta pobre mujer? —inquirió Stoughton, con las manos en los bolsillos y mirada amenazadora.

—Vaya… si es el señor juez —dijo remolón el *sheriff,* acercándose hacia él bien despacio, mirándole con una media sonrisa.

—¿Qué os provoca tanto jolgorio, *sheriff?*

—¿Jolgorio? Ninguno… tendríais que estar ya con los demás, ¿no es cierto?

—¿Tendríais la bondad de responder primero a mi pregunta?

Al acercarse, William pudo leer su placa: George Corwin… George *Corwin.* Al ver el *sheriff* que el juez le miraba atentamente su chapa, carraspeó y mascando el palillo que llevaba en la boca dijo:

—No todos los arrestos tienen igual importancia, me extraña que no lo sepáis.

—A mí también me extraña. ¿Qué explicación tiene eso?

—Bueno… temas procedimentales. ¿Así lo llaman ustedes, no? No os preocupéis por eso, su señoría.

—¿Podría saber quiénes son los siguientes pendientes de arresto? Considérelo meras pesquisas procedimentales, también. Forma parte de la instrucción.

Corwin, mirándole con odio, se sacó una hoja de debajo de su manga y la extendió para el juez, mientras seguía masticando su dichoso palillo. Levantaba la barbilla en posición desafiante, como incitando a William a que pusiera en entredicho algo de lo que allí ponía. Este, sin embargo, se limitó a leer atentamente todos los nombres, identificando a la perfección a cada persona. Asintió para sí, le devolvió la hoja bruscamente y se fue. Pero no sin antes recoger las monedas esparcidas por el suelo y devolvérselas a la anciana.

Ya tenía la brecha, el nuevo objetivo. ¿Cómo podía haber pasado inadvertido durante tanto tiempo?

*

Apenas estuvo atento durante las sesiones. Pensar en lo que haría después, tras averiguar ciertas cosas, era una buena excusa para no tener que lidiar con otro de esos juicios que tan bien conocía. Además, sumirse en sus pensamientos reducía los lamentos de las crías a meros ecos

que se perdían, y a su gran amigo Cotton le venía pero que muy bien el hecho de que él se limitara a asentir. Delante de él tenía ahora mismo a Martha Carrier, pero apenas la veía. En su caso se mezclaban acusaciones de haber propagado una epidemia de viruela con otras relativas a su mala reputación en su pueblo natal, Andover. Todos datos fantasiosos para Stoughton, que no quería seguir oyéndolos. Durante esos días se había tragado su tortura y había mirado a cada acusado a la cara, animándoles con la mirada a que contaran su versión, a que se apoyaran en sus gestos de misericordia para seguir hablando. Necesitaban que alguien les infundiera valor para poder soportar las torturas a las que eran sometidos no solo ellos, sino también sus familiares. A los hijos mayores de Martha les colgarían de los pies durante unas horas para intentar que soltaran prenda… Pero aquel día, sintiéndolo mucho, no tenía ojos para casi nadie. Sin embargo, se prometió a sí mismo que aprovecharía la ocasión para salvarla a ella y a todos los que iban quedando, y eso lo compensaría.

Cuando Cotton golpeó la madera con el mazo, sintió como si le quitasen unas cadenas invisibles. Esperó a que las autoridades desalojaran la sala y los magistrados se dispersasen para intentar acercarse a Jonathan Corwin. No le interesaba que Cotton oyese o viese nada, así que debía ser muy sutil. Primero tanteó el terreno observando si pensaba irse acompañado, pero parecía que se iría solo. Un poco alejado de él, le siguió el paso y cuando hubo perdido de vista a todos los demás, sobre todo a Mather, aligeró un poco y le alcanzó.

—Jonathan.

—William, ¿cogéis este camino?

—Mm, sí, a veces… ¿Cómo habéis visto la sesión de hoy?

—Insulsa, William, insulsa… pero creo que vos la habréis percibido de igual manera, ¿me equivoco? —Claro, por aquí todos se esperaban que el espectáculo fuera entretenido, eran peores que buitres… Él se había equivocado, pero tampoco es que hubiera disfrutado nunca con ello. No se le habría ocurrido definirlo de esa manera.

—Supongo que no. ¿Habéis bajado a las cárceles? Qué horror, no se puede meter allí a todo el condenado pueblo.

—Que se apiñen como las ratas que son y entonces cogerán. No me digáis que va a tener razón Sergeant sobre vos… sin temblar, William, sin temblar. Es nuestro deber.

Stoughton tuvo que tragar saliva antes de continuar. De buena gana le hubiera golpeado, pero si perdía las formas lo perdía todo. Intentó tranquilizarse pensando que si supieran lo mismo que él, no se comportarían así. Aún no sabían la verdad, aún no estaban arrepentidos como lo estaba él. No les podía remorder nada todavía.

—Eso no es lo que piensa vuestro allegado, Jonathan.

—¿Mi allegado?

—El *sheriff*, por supuesto. ¿Sobrino? Me lo encontré hoy por la mañana y me indicó que los calabozos estaban repletos. Al parecer tendrán que empezar a priorizar.

O habilitar otras estancias, pero eso no pensaba decirlo. Corwin tardó unos segundos en reaccionar. William le miraba tranquilo pero insistente y trataba de hablarle con los ojos. Quería decirle que no tratase de mentirle, que sería inútil una vez que ya tenía la mosca en la oreja. Y él, de alguna manera, pareció leerle. Palideció ligeramente pero logró reponerse y contestar:

—Sí, mi sobrino. Coincidencias de la vida, ¿no creéis? No sabía que tenía esa opinión, pero en cualquier caso le compete a las autoridades ocuparse de esas minucias. Preocupaos por lo que

nos toca, Stoughton, y todo será como deba ser.

Confirmado. Eran familia, eran cercanos, y nunca habían cantado sobre ello. A William solo le faltaba que le dejaran una nota explicándole su plan maestro. Había llevado a cabo su propia investigación antes de abordar a Jonathan, y ahora tenía una clara sospecha sobre lo que ocurría entre él y su querido sobrino: William se había interesado por saber quién se quedaba el dinero que debían pagar los acusados cuando eran ingresados en prisión, pues estaban obligados a abonar cierta cantidad, por escandaloso que sonase. Y era justo George Corwin quien se embolsaba todo ese dinero y de paso, alguna que otra propiedad privada que de ninguna manera le correspondía. Confiscaba sobre todo aquellas que pertenecían a acusados cuya familia entera había acabado encerrada, o cuyas acusaciones les privaban de cualquier derecho de forma cautelar. Sin embargo, la ley no amparaba la mitad de las situaciones que Corwin había creado para llenarse los bolsillos. Por esto Stoughton estaba seguro de que Jonathan había contribuido… seguramente su sobrino George le había animado a juzgar a nuevas personas con dinero o propiedades, para que ingresaran en prisión. Tenía el contacto necesario para influir en el tribunal. ¡Claro que una pobretona no cogía en sus cárceles! William tenía que hallar la manera de demostrar que los Corwin se repartían esos beneficios injustamente y así conseguiría que los miembros del tribunal fuesen revisados. Por lo menos debía lograr que recusaran a Jonathan o que expulsasen a ese maldito *sheriff* corrupto. ¿Pero cómo podía lograrlo? Quizá debiera ir paso por paso:

—Jonathan… no quisiera darme cuenta de que hay manos negras en todo este asunto.

—¿A qué os referís, Stoughton? Las únicas manos negras son las del Diablo, que camina entre nosotros para nuestra desgracia.

—El Diablo se puede presentar de muchas formas —contestó rápidamente Stoughton, acercándose al otro.

—Me temo que no os comprendo, William —respondió Corwin, alejándose levemente con la mirada ensombrecida.

—Jonathan, tarde o temprano los hechos hablan por sí solos. Quizá debierais advertir a vuestro sobrino de que si intenta ganar demasiado dinero, ya no va a tener dónde esconderlo. Es él quien maneja el dinero de los arrestos y demás *minucias*.

—¿Qué insinuáis? —Corwin estaba asustado, William lo podía notar—. Estáis tremendamente equivocado, cometéis un error acusando así a mi sobrino. Andaos con cuidado, William, venís demasiado cambiado.

Y sin darle tiempo a contrarrestar su último comentario, dio media vuelta y se fue apurado en dirección a la cárcel de Salem.

William esperaba que pusiera sobre aviso a su sobrinito de que les había cazado y de que ya era hora de parar.

XXII. LA LIMPIEZA

Diecinueve de julio: se habían vengado de él. Habían traspasado una parte del dinero negro y dejado pendientes arrestos de algunas personas con más o menos recursos para meter a otras que carecían de ellos, entre ellas Sarah Good, la indigente a la que el *sheriff* había humillado en plena calle. Stoughton creyó que había puesto un freno a la hecatombe y había evitado la muerte de esta mujer, pero nada más lejos de la realidad: su cuerpo marchito se balanceaba de atrás hacia adelante junto con el de Elizabeth How, Susannah Martin, Rebecca Nurse y Sarah Wilds. Todas indefensas frente a la rabia de un pueblo ciego de ira y de locura. A lo lejos se oía a Parris con voz trémula cerrando el horrendo espectáculo: «Y todas las almas que no sean de Dios arderán». Y ardieron todas.

¿Quién había mandado a Sarah Good a la horca esta vez? ¿Él? El tiempo retrocedió, él actuó distinto, pero el resultado había sido el mismo. ¿Y si siempre fuera a terminar igual, siempre el mismo resultado pero motivado por antecedentes distintos? ¿De verdad no iba a poder cambiar nada, hiciese lo que hiciese? No debió advertir a Corwin, fue una imprudencia. Se fue corriendo a su morada y buscó papel y pluma. Si el gobernador no le hacía caso a él, quizá se lo hiciera a la Corte Suprema. A ellos iba a escribirles contándoles las irregularidades del caso y el abuso de poder por parte de los Corwin, los Mather y de muchos otros que se escabullían como ratas. No tenía nada más que perder. Alguien habría que no estuviese atado a esas malditas familias.

Cuando ya llevaba media carta escrita, irrumpieron en la casa el *sheriff* y su tío, Jonathan. Sin mediar palabra le arrebataron el papel y George lo leyó en alto con tono de burla, mientras su tío no paraba de hacer muecas. Sin miramientos acabó rompiendo el escrito y entonces William se vio amenazado por un arma por segunda vez en su vida. El *sheriff* le apuntaba, preciso y sin temblar.

—No dejaré que os carguéis este puesto que tanto me ha costado conseguir.

—¿De veras, tanto? —respondió Stoughton. Sintió tanta frustración cuando vio destrozada su carta que le hervía la sangre y no pensaba lo que decía. Le daba igual que la pistola estuviese a diez centímetros de su pecho, ese malnacido no apretaría el gatillo.

—Vuestras palabras me ofenden, William. Siento que estáis tratando de sabotear el caso y ponernos a todos en evidencia por cosas que solo pasan en vuestra cabeza —intervino Jonathan, con mirada gélida.

—Haré esto mismo con cualquier cosa que tratéis de mandar, tengo todos los canales de comunicación controlados. Y por si se os ocurriera, no valdrá de nada alegar que os hemos venido a amenazar, yo también he investigado un poquito y no parecéis contar con la confianza o la simpatía de vuestros compañeros. Portaos bien, señor juez, estoy vigilándoos. —No se guardó el arma hasta que hubo abandonado la casa.

Pero Jonathan se quedó un momento, ansioso por encontrar otro momento a solas con William para decirle algo más. Salvando la distancia que había entre los dos, con descaro le

colocó una mano sobre el hombro y mirándole como si fuera su padre le advirtió, por última vez:

—Os estáis equivocando, William. Aquí todos tratamos de hacer el bien, de cumplir con nuestro deber. Y a veces son necesarios métodos reprochables, pero necesarios para llegar a la verdad porque con ella deberemos fallar. Recordad algo: quien con medios colabora para realizar el delito y no pone obstáculos al mismo, es igualmente culpable. No quisiera pensar que vos estáis haciendo tal cosa… y Cotton tampoco quisiera.

Qué sutil. ¿En qué se diferenciaba su sobrino de él, en las maneras? En poco más. Ambos eran seres corruptos y manipuladores que habían estado moviendo hilos desde el principio como si fueran todos marionetas, como si no significasen nada. Hervido de furia le pegó un puñetazo a la mesa. La madera crujió dolorosamente y él se miró los nudillos, ensangrentados. En ese momento, Cotton Mather entró en la casa. ¿Es que se habían puesto todos de acuerdo ese día? Levantando poco a poco la cabeza, William le miró con un odio profundo y ni se molestó en esconder su mano herida. Cotton se dio cuenta de esta al instante y abriendo ligeramente los ojos se sacó un pañuelo y se lo tendió. Su boca era una fina raya y cuando la abrió apenas despegó los labios. Hablaba pausado, bajito, contenido… y profundo.

—William, qué os está pasando. Os llevo observando largo tiempo y me han llegado ciertos rumores —le había retirado el trato de confianza, ahora le hablaba de una manera cercana pero a la vez distante.

—Cotton, ¿estáis dispuesto de verdad a escuchar mi respuesta?

—William, si no lo estuviera no tendría más que mover un dedo y estaríais ya fuera. Pero no os haré eso, viejo amigo. Una vez confié en vos y quiero recordar por qué.

Stoughton se quedó mirándole durante unos segundos. No estaba pensando en qué le diría o cómo se lo diría, tan solo buscaba en su mirada un atisbo de sinceridad, una puerta por la que colarse en la mentalidad de Cotton y quitarle la venda de los ojos, la misma que había llevado él en su día. Y para eso no podía hacer otra cosa que exponerle claramente lo que le había cambiado a él:

—Cotton, imaginaos que nada de esto es cierto, que todo se basa en locuras transitorias, peleas privadas, en viejas tensiones, en venganzas y envidias. En un grupo de personas descontroladas que creen sujetar la espada por la empuñadura, siendo todo lo contrario. ¿No veis a qué velocidad estamos sacando sentencias, cuán rápidas están siendo las ejecuciones? ¡Sin posibilidad siquiera de reclamar, Cotton! ¿Qué vamos a conseguir mandando a la horca a todo este maldito pueblo? Esto no es una limpieza, es una masacre. Hay otras formas de dar escarmiento si en verdad están perdiendo el norte. Imaginaos tan solo por un momento que una vez terminada toda esta locura, alguien confesara sus falsas acusaciones. ¿En qué lugar íbamos a quedar? ¿Cómo te sentirías, Cotton?

Mather se había quedado de piedra, como enraizado en el suelo. Sin embargo, no había cambiado la cara, no se había movido del sitio. Parecía no sentir ni un ápice de compasión por todo el dolor que William estaba transmitiendo en esas pocas palabras. Y así se lo hizo saber:

—Nosotros no valoramos futuros inciertos o posibilidades remotas, William. Nosotros sopesamos unas pruebas que respaldarán o no unos hechos. Cuando unas acusaciones se extienden de esta manera, se deben atender con sumo cuidado, algo que todos estamos teniendo. He escuchado y he visto lo mismo que vos y os tengo que contradecir fieramente en algo: esto *sí* es una limpieza. Tenemos una labor muy clara en este tribunal y en cualquiera en el que nos

coloquen. La mano que imparte justicia no puede temblar y debe sujetar fuerte a todos los que la ayudan, por eso no os suelto aún. Yo os traje aquí y yo debo frenaros si intentáis cualquier cosa que atente contra nuestra integridad o nuestra Fe, esa de la que vos también habláis. Siento deciros que ya no parecéis la persona a la que tanto ayudé y si atisbo cualquier otra señal de ingratitud o de apostasía, no dejaré de vos ni el recuerdo.

Limpieza… ingratitud… apostasía.

—¿Apostasía? —logró preguntar Stoughton en apenas un susurro.

—Sí, William. Ir contra este propósito es ir contra Dios.

Y se fue también, de la misma manera que se iban todos.

Pasado un rato, William quiso sacarse el retrato de María de nuevo, pero se dio cuenta de que ya no era capaz de mirarla a la cara.

XXIII. REPUTACIÓN

No había pensado en eso hasta ahora. La sola idea de utilizar un chivo expiatorio de esa manera le revolvía, pero ya no le quedaban más opciones. Le habían reventado todos los intentos por parar esa atrocidad y se encontraba solo y desnudo. Estaban en aquellos momentos en una de las reuniones de magistrados revisando las nuevas declaraciones, que eran las únicas pruebas con las que contaban. Se acercaba el diecinueve de agosto, fecha en la que otros cuatro serían nuevamente ahorcados, entre ellos dos hombres: el antiguo pastor George Burroughs y su tocayo George Jacobs. Que pasaran a incluir hombres entre las condenas suponía más de lo que parecía, abría una nueva veda. Ya no solo se centraban en mujeres pobres, casquivanas o propietarias, sino que se extendía peligrosamente a toda la comunidad. Las barreras se iban rompiendo y todo iba teniendo cabida. Las razones por las que la gente podía acusar se hacían infinitas, cobrando todas ellas posibilidad, y los límites que pudiera haber a estas se difuminaban, desapareciendo. Llegaría el momento en que la gente no sabría ya a quién estaban castigando o por qué, ya que todos estaban en el ojo del huracán. Las distinciones de clase, de nivel entre las personas, perdían toda importancia pues todos acababan siendo susceptibles de ser inculpados. Por esto tenía que tratar de aplacarlo una vez más:

—Propongo decretar la ejecución de la esclava Tituba, aún la tenemos localizada.

Todos le miraron, pasmados. Stoughton continuó sin dar tregua:

—Si con ella empezó todo, con ella acabará. Es una bruja confesa, si nos libramos de ella quizá ganemos el pulso esta vez. La gente se tranquilizará y así será mucho más fácil obtener declaraciones con algo de sentido. Muchas de estas testificales fallan en tiempo y forma, no hay manera de creérselas. Hay cabos sueltos por todas partes, señores.

Cotton le dirigía una mirada penetrante desde el otro extremo de la mesa, a la cabeza de esta. De nuevo, no parecía mover un músculo. A veces se asemejaba a una bestia a punto de saltar sobre su presa, que en este caso era por supuesto William. Jonathan se adelantó a hablar, asqueado:

—La ley siempre ha sido muy clara al respecto, Stoughton. La confesión equivale a la absolución, al destierro como mucho. No podemos cambiar eso de repente, habría que conseguir primero una modificación de la ley con efectos retroactivos y luego abrir un nuevo juicio, ambas cosas inalcanzables a estas alturas.

Todos parecieron asentir menos Sewall, su fiel aliado, que seguía estudiando cada nota que incluía Stoughton. A pesar de ello, Samuel Sewall era insignificante en el tribunal, en términos finalistas no le servía para nada a William, aunque de corazón agradecía que no le desacreditara igual que los demás.

—Si me lo permitís, Stoughton… jurídicamente eso es una verdadera sandez —finalizó Cotton—. Algo totalmente inviable. Gracias por la aportación.

Gracias por la aportación.

*

La encontró. La vieja soga que había utilizado para intentar suicidarse. Seguía enrollada en la esquina del mismo granero, en la segunda casa que habían habilitado para la estancia de los magistrados durante los juicios. La acariciaba y la extendía por sus brazos, mirándola. Parecía tan lejano aquel momento… pero él se estaba empezando a sentir justo como en aquella época. Era una vuelta a empezar para caer otra vez en picado. Pensaba e intentaba, pero nada salía bien. Estaba condenado a verlo todo pasar una y otra vez. ¿Y si Verbouc le había introducido en una espiral de tiempo? Tembló solo de pensarlo. Notó cómo el sudor frío le corría por la frente y asustado arrojó la cuerda bien lejos para salir a carreras de aquel maldito silo. De camino se chocó de frente con el doctor Griggs, acabando los dos en el suelo.

—¡Por Dios, señor… juez!

Recuperándose del asombro se levantó y ayudó a Stoughton a incorporarse. William le miró, desorientado. Era el doctor Griggs, el que había diagnosticado lo de las niñas. Habían solicitado su intervención al principio, más su explicación había sido sencilla, corta y concisa. Recordaba que la otra vez le habían permitido marcharse después de su declaración, pues muchos de sus pacientes estaban en otros poblados e incluso en la ciudad, era un hombre que tenía que moverse mucho. ¿Por qué seguía entonces por allí?

—Doctor, os creíamos ya lejos de aquí. ¿Habéis venido por alguna urgencia?

—Oh, me solicitaron para atender las complicaciones de una encarcelada, que está de buena esperanza… aunque ya no tan buena.

—¿De quién se trata?

—Abigail Faulkner, quizá no os deis cuenta.

Sí que se la daba. La recordaba de su realidad pasada, la recordaba en sus pesadillas. La joven Faulkner siendo separada de su recién nacido por tener que regresar a la prisión de por vida… no recordaba exactamente en qué momento habían impuesto su cadena perpetua, pero se acordaba de todo el lío con el bebé. Sin embargo, nunca había tenido noticias de las complicaciones antes del parto. ¿Por qué habría de tenerlas? A él no le había importado lo más mínimo, tan solo había sentido lástima por el retoño.

—Mm… la recuerdo, Doctor. Os ruego que me mantengáis informado, me interesa el asunto.

—Oh, está bien. Más que nada tiene que ver con su precaria estancia en la prisión, no dispone de mucho espacio para descansar como es debido. Además, ya está cerca la fecha y muchos de sus padecimientos son comunes. ¿Puedo preguntaros algo, señor juez?

—Faltaría más, Griggs.

—¿A quién encomendarán su bebé si ella… ya sabéis? No tiene a nadie más, según me han comentado.

—He de suponer que las autoridades harán lo suyo —respondió Stoughton, sintiendo una punzada de dolor—. ¿Os preocupa mucho, doctor?

—Oh, ligeramente, sí… me dedico a salvar vidas y es mi deseo que estas evolucionen felizmente, o al menos que estén protegidas.

—Vaya, perdonadme la pregunta.

—No os disculpéis. Espero que esta pesadilla se acabe pronto y que los verdaderos culpables

paguen tan tremendos pecados. Es demasiado el dolor, ¿no creéis?

Y sin esperar respuesta se giró y se fue un tanto apresurado, con el pelo alborotado. William se quedó mirándole hasta que desapareció del campo de visión. Las palabras del doctor se repitieron lentamente en su cabeza varias veces antes de desaparecer con el sol de la tarde.

*

Se colocaron todos el peluquín y las túnicas y en fila se fueron sentando en sus respectivos asientos. Después Cotton cogió el mazo y pidió orden en la sala, pues ya habían tenido que separar a unos cuantos. Las trifulcas físicas ya no se quedaban en la calle, a esas alturas atravesaban fácilmente las puertas de la sala. Al lado izquierdo desde sus posiciones se sentaba el jurado popular y en las primeras filas, pero separadas de los bancos públicos, las partes. En el lado derecho el desagradable de George Corwin daba las órdenes para ir pasando a los encarcelados que tenían la vista aquel día y que venían esposados. Las reacciones cuando estos entraban eran siempre las mismas: las niñas se cogían de las manos y se echaban a un lado, mientras el público comenzaba a murmurar e incluso a insultar a voces. Entonces el secretario le hacía el favor a Cotton de leer la fecha del día, el orden y el nombre de los acusados. Todos sus compañeros miraban hacia abajo aburridos, ojeando algunas notas y esperando a que por fin empezara el interrogatorio. Pero William miraba atentamente y vivía cada momento con suma intensidad: no podía apartar los ojos de nada. Si miraba hacia abajo como los demás no era por aburrimiento o rutina, sino por vergüenza. Una vergüenza que nadie más que él sentía, porque siempre sería más profunda que la de los acusados. Porque al menos ellos se sabían libres de culpa y era verdaderamente admirable ver cómo en el último momento alzaban sus cabezas y se hendían de orgullo, para decir bien claro que no eran culpables de nada. Y se hacían oír por encima de todo el barullo y de todas las ofensas, porque aunque los ojos les temblaban y se inundaban en llanto, lograban que su voz aguantara hasta el final… era algo que partía el alma en dos, en cuatro, en mil trozos. Con cada vista William se daba cuenta de lo fácil que era interpretar las cosas de modo erróneo, de cómo el conocimiento de lo que realmente pasa sube el telón y muestra lo que de verdad hay, y no lo que uno se empeña en ver. Pero era tan fácil confundirlo todo que en ciertos momentos ni siquiera podía cargar contra los otros jueces. Había intentado sembrar la duda pero esta solo se abre paso cuando uno desea que las cosas sean de otra manera. Mas las cosas iban justo como todos querían: la limpieza. ¿Por qué cuestionarla? Todo dependía de las intenciones de aquel que mandaba sobre todos los demás. Así funcionaban las cosas.

La acusada en ese día era Ann Pudeator, una anciana que había sido matrona y enfermera y que según le había contado Griggs a Stoughton, no hacía más que ayudar a las embarazadas encarceladas y a todo aquel que padeciera algún dolor. Algunas de las niñas la habían tomado contra ella y decían más de lo mismo: que las atacaba, que torturaba a gente, que elaborada pócimas en casa con la excusa de que eran remedios…

—¡Es para hacer jabones, esa grasa me sirve para eso! —decía, gritando con la poca fuerza que le quedaba. Estaba bastante mayor y todo parecía costarle. Ni siquiera oía bien lo que decían,

pero se agarraba las manos temblando.

De repente una de las niñas que había hablado en contra de ella fingió un espasmo y volteó la cabeza hacia detrás, casi al completo. Justo después, en otra especie de espasmo, la volvió hacia delante para a continuación imitar el graznido de un ave.

—¡Es ella, es ella! —gritaban todas las demás, alejándose de la niña.

Stoughton se levantó de su asiento, furioso y sin hacer caso de las miradas atolondradas de sus compañeros.

—¡Doctor! —gritó hacia el fondo de la sala, donde Griggs se apresuraba a levantarse para ir en auxilio de la pequeña—. ¡Sujetad a esa muchacha de inmediato, terminará rompiéndose el cuello! ¡Cotton, poned orden, por Dios!

Mather le miró con la boca abierta, pero inexplicablemente le hizo caso y golpeó varias veces con el mazo. Pudeator quiso ir en ayuda de la chica, pero los guardias corrieron a sujetarla. Era muy triste ver que sus intenciones eran tan mal acogidas.

—¡Es esa mujer, es la mujer-pájaro! ¡Vi un cuervo salir de su casa, era ella! —chilló otra de las niñas, la famosa Ann Putman.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Stoughton de nuevo, perdiendo los nervios.

—¡RECESO, RECESO! ¡Que se levante la sesión hasta que controlen a esa niña!

De paso que se iban retirando, Mather se acercó hacia William con grandes zancadas y sujetándole del bajo de la manga le soltó, lleno de rabia:

—¿Por qué no eres capaz de calmarte? ¡Maldita sea, Stoughton! —Pero William se zafó de un manotazo y corrió hacia el doctor, haciendo caso omiso de los avisos de Cotton de que no se entrometiera.

En cuanto la niña «volvió» a la normalidad, sus padres se la llevaron y el doctor se secó la frente con un trapo. En cuanto salió a tomar el aire Will le siguió.

—Doctor, me gustaría hablar con vos cuando hayamos terminado. Es urgente, como siempre.

—No hay problema —logró balbucir el susodicho, entre tartamudeos.

—He pensado en vuestras palabras.

El doctor le miró dubitativo, pero William le dejó descansar.

*

La agonía de los juicios se extendió mucho aquel día, pero al ser verano aún clareaba cuando salieron de la sala. Stoughton sentía una enorme liberación cada vez que acababa la jornada, pues era insufrible tener que ver aquello otra vez. Era una tortura, todo lo era. Muchas veces tenía que esconder sus manos bajo la ropa para que nadie viera que temblaba. Además, días como aquel eran especialmente duros porque se producían reacciones tan exageradas que era una sensación constante de pérdida de control. William vivía con el perpetuo miedo de que algo cambiara y empeorara, o que cualquier día le llegara un escrito recusándole a él mismo. No tenía miedo del *sheriff*, sin embargo. Podía acariciar su pistolita cuantas veces quisiera delante de él, era como un crío destrozando la hogaza de pan. Él no podía hacerle nada, pero los otros sí. Nathaniel solía ir a ver los juicios y se sentaba en la última fila, con cara de circunstancia, aunque muchas veces se

retiraba. Ni siquiera para él era agradable verlo. Muy pocos disfrutaban de eso como si de un circo romano se tratase, ahora todos tenían miedo. Acudían casi por obligación, para enterarse de que nada les salpicara y para poder gritar aquello que les conviniese. Era un espectáculo, pero un triste espectáculo.

Apoyado al lado de la puerta, le esperaba a la salida el doctor Griggs.

—Os diría de ir a comer algo, doctor, pero no creo que ninguno tengamos hambre.

—No podría masticar un bocado, su señoría. ¿De qué se trataba vuestra petición?

—Es complicado… conviene que lo hablemos totalmente a solas. Os habrán habilitado alguna estancia, supongo.

—Oh, sí, cuento con el piso superior de la casa que está a unas millas del parque. No es nada acogedor, pero no hay otra cosa. Allí podemos ir.

—¿Os parece que vaya a veros sobre la hora de la cena? ¿Estaréis ya libre entonces? Tengo que rematar algunos asuntos. Prometo no demorarme, Griggs.

—Sí, no habrá problema entonces. Nos vemos, señor juez.

—Podéis llamarme William.

Así, poco rato después el juez Stoughton se encontraba mirando cómo el doctor le ofrecía asiento y algo de comer. Aceptó todo ofrecimiento a duras penas, pues estaba ansioso por soltar su propuesta. Sin embargo, no debía apurarse porque entendía que resultaría muy delicado para el doctor, pues podría comprometer su reputación. Debía ir preparando el terreno, introducir la idea poco a poco.

—Puede que la localización de la casa no sea la más envidiada por vos ahora mismo, pero hay que reconocer que está bien equipada. Descansaréis bien aquí.

—No negaré eso, sería descortés.

—¿Qué tal evoluciona la embarazada? ¿Cómo están los demás?

—Bueno, no ha mejorado pero tampoco empeorado. Respecto a los demás, en general estoy encontrándome con algunas infecciones por falta de higiene, problemas respiratorios en los más débiles… muy esperable, como os dije. ¿Os apenan mucho, cierto?

—Bueno, no estoy totalmente de acuerdo con cómo se están haciendo las cosas. Los juicios están siendo muy mal conducidos, resulta desesperante.

—¿No creéis todo lo que dicen, no es así?

—¿Vos lo creéis? —William posó la cuchara con la que tomaba un caldo. Por ahí comenzaría.

—Obviamente creo ciertas cosas que he visto y analizado, si bien no en su totalidad. Todo lo que se está diciendo últimamente resulta escandaloso, sobre todo por el número de gente. No alcanzo a comprender cómo se ha propagado tan rápido.

—Puede que nada se haya propagado, Doctor.

—¿Qué decís? —ahora también Griggs había posado su utensilio y le miraba, estrechando los ojos con inocencia.

Stoughton cogió aire antes de continuar. Había sopesado varias maneras de decirlo pero todas acababan sonando violentas, acusatorias. Aun así, procuró suavizarlo todo lo que pudo.

—Veréis, Doctor. Mi trabajo consiste en cuestionarlo todo de buenas a primeras, sean cuales sean los hechos y las partes implicadas. Debo poner a todo el mundo en evidencia para llegar a la verdad. Normalmente solo me limito a escuchar y dictar, pero en casos como el que manejamos

me hago ciertas preguntas y no me las guardo para mí solo. No dudo de vuestra capacidad, pero es inevitable para mí preguntarme si no existe una mínima posibilidad de error en vuestro diagnóstico. ¿Qué pensáis? Podéis ser honesto conmigo, Griggs, no estamos en la sala de juicios. Se lo pregunto en total confianza, necesito entender esta tragedia. Debo hacerlo o puede que todo vuestro esfuerzo con las curas no haya valido para nada.

—¿Estáis poniendo en duda mi diagnóstico acerca de las niñas? —fue todo lo que respondió al gran discurso de Stoughton. Su mirada había cambiado, ahora estaba a la defensiva, mirándole desde abajo mientras acercaba la barbilla al cuello.

—Estoy preguntando si hay una posibilidad de error en él. Piénselo Griggs, todas esas locuras… esos ataques tan extraños, tan empedernidos… la brujería no puede ser la única opción. ¿Tan claro lo veis? Quizá se trate de alguna infección contagiosa o de cualquier síndrome poco estudiado.

—No, no… —se estaba poniendo muy nervioso, volvía a tartamudear, su mirada se perdía por la habitación— los síntomas son muy claros, no hay nada que cause que una muchacha empiece a ladrar o vea cosas tan alarmantes. Las alucinaciones médicas, las provocadas por fiebre, no son tan explicativas, ¿me entendéis? No imaginéis historias erróneas, William. Respeto vuestra labor y todo lo que ha dicho de ella, ahora os ruego que respetéis la mía.

—No creo haberos perdido nunca el respeto, Doctor. Simplemente pongo sobre la mesa más opciones, no se puede condenar a medio pueblo en base a algo tan endeble.

—¿Endeble? Es de todo menos endeble, ¿cómo podéis decir tal cosa? Cuando el Mal se presenta de forma tan aberrante uno no puede gastar su tiempo intentando mirar para otro lado o poniendo excusas. Yo pensaba que vos…

—¿Os consta que revisaran las plantaciones, Griggs? ¿Y si se tratase de alguna contaminación? ¡Hongos en el centeno, por ejemplo! Estas muchachas han estado oyendo historias rocambolescas sobre el Diablo y todas las que esa esclava haya podido contarles… no sería tan extraño pensar que sus alucinaciones se basen en sus preocupaciones, en sus miedos. ¿Por qué no le dais una oportunidad a todo este abanico de opciones?

—No, no… ¡ya os lo he dicho, señor Juez! Los síntomas serían muy distintos, nada que ver…

—¿De qué tenéis miedo, Doctor?

Griggs golpeó la mesa con furia. Ya no sabía cómo salir del paso. Todo lo que decía era fácilmente reputado por un William preparado y dispuesto a lo que fuera, sin miedo a insistir, sin temor a reconocer lo que de verdad subyacía esa y cualquier otra conversación que tuviese. Era tan consciente de todo que últimamente daba miedo. Todo el que hablaba con él podía sentirlo, y el doctor no era menos.

—¡Qué pretendéis!

—¿Qué necesitáis, Griggs? Para paliar eso.

—¿Eso? Entiendo… sabéis que me desacreditarán ¡o que me acusarán! No… no lo diré, mantengo lo que dije.

—¿Cuánto dinero, cuántas facilidades? Tengo contactos, Griggs. Pensadlo, estaríais salvando a muchas personas, más tarde os lo agradecerían. No lo agravéis, si resulta duro para vos reconocer que pudo equivocarse, yo con gusto os ayudaré.

—No… ¡de ninguna manera! ¡Ustedes… no hacen más que buscar más culpables, no tienen bastante, nunca lo tienen! No me veréis avergonzado, escuchadme bien… no me veréis

humillado, ni culpabilizado, ni sin trabajo que realizar y por supuesto no me veréis con la soga al cuello. Salid de esta casa de inmediato.

XXIV. BAILANDO ENTRE MENTIRAS

¿En qué estaba pensando? Por supuesto que se había negado. Después de tantas muertes y tantos encierros, el doctor no había tenido coraje para negar su diagnóstico de brujería, ni siquiera con un chantaje. No había moneda de cambio que valiese su carrera entera. Stoughton estaba seguro de que su indignación haría que se chivase a Cotton, que estaba deseoso de cazarle en alguna.

Realmente entendía todo el orgullo de esa gente: el de los pueblerinos, el del doctor e incluso de sus colegas. Por mucho que confiaran en su salvación final hicieran lo que hiciesen, no descuidaban el recuerdo o las secuelas que iban dejando en vida. Era la ciencia de las generaciones. Si no lo hacían por pura rabia, lo hacían por eso.

Stoughton estaba otra vez frente a la soga. Si de verdad estaba encerrado en una espiral de tiempo, si en verdad no había posibilidad de remediar aquello, al menos tenía que explorar la posibilidad de volver a ver a María. Entonces posó otra vez la cuerda en el suelo y empezó a cavilar sobre volver a Boston y desde allí buscar un transporte a España, aunque no se sintiera con mucho derecho a ello. Pero quizá María le necesitara también, pues no la había dejado en fácil situación y también se preocupaba por ella todos los días. Por mucho que intentara relegar su recuerdo, cuando todo lo demás salía mal sentía la necesidad de traerlo al frente, de pensarla. Podría ir, revisar que ella estuviera bien y entonces…

La temperatura bajó de pronto unos tres grados.

William conocía esa sensación, la pudo experimentar con intensidad en su habitación de Boston. Él estaba justo detrás, como aquella vez. Con la lentitud de una hoja en verano se fue girando y por cuarta vez en su vida se encaró con esos ojos de hielo. Relucían en la oscuridad de su cuarto y aunque Verbouc se fue acercando no emitió ni un sonido al andar, y sin embargo tampoco estaba levitando. Era como un recuerdo, más bien una pesadilla aproximándose a él y secuestrando todo el ángulo de visión, toda su atención. Su expresión, descaradamente irónica, no cambiaba ni un ápice y se clavaba en Stoughton como un aguijón. Su voz, un tanto lejana, le llamó y le invitó a ir con él hacia el interior del bosque donde le conoció. Algo extraño le hacía a William caminar a su lado como si nada le molestase de él, cuando en el fondo cada detalle en ese anciano le repugnaba.

Se dirigieron hacia otro claro distinto por el que hacía falta apartar los arbustos para ver algo. Verbouc le indicó con su mano que se colocase donde él estaba y apartara un poco las hojas, para poder ver lo que sucedía en el centro del claro bañado por la luz de la luna. Allí, un coro de muchachas semidesnudas realizaban un extraño baile mientras una en el centro giraba sobre sí misma sujetando una especie de daga. Por el suelo estaban repartidos sus vestidos y cerca de ellos había algunos animales pequeños muertos. Entonces el juez volvió a mirar la daga y tras perderse en los giros de la chica, pudo distinguir una mancha rojiza que parecía envolverla. Debía de ser la sangre de los animales. A medida que estudiaba la escena, sentía un ligero mareo

cegándole. Después alguna de las muchachas se desvió del círculo danzante y se puso a juntar los vestidos, de modo que formaran una gran manta sobre la hierba. Entonces se dio cuenta Stoughton de que no se trataba de ninguna niña sino de una mujer, concretamente la mujer del pescador, Wilmot Redd, que no sería ahorcada hasta el veintidós de septiembre. Tras reconocerla, se empezó a fijar más en las caras y pudo conocer al resto: se trataba de las niñas que andaban acusando a todo el mundo más algunas que todavía estaban por verse envueltas. La que más le impactó, sin embargo, fue Mary Bradbury, la jabalina azul. Según recordaba, faltaba medio mes para que acabaran encerrándola.

Aquello era, por tanto, no una simple reunión nocturna de amiguitas rebeldes sino un auténtico aquelarre, y lo que celebraban era nada más y nada menos que un asqueroso Sabbat. Se reían como abstraídas y cantaban mientras Elizabeth Parris se dejaba tumbar en la manta. Stoughton había oído cómo funcionaban esas cosas y lo que se hacía era aberrante, escandaloso. Así que justo en el instante en el que rodearon a la pequeña hija del párroco, Stoughton se retiró de allí. No quería ver la continuación.

Antes de que saliera de las lindes del bosque, Verbouc le despidió:

—¿Ves, William? No vale de nada arrepentirse… la historia ha cambiado. Ya no hay inocentes.

William ni siquiera se giró. Siguió caminando hacia delante con los ojos brillantes y bien abiertos.

*

Contra todo pronóstico, al día siguiente acudió a la sala de juicios como si lo de anoche hubiese sido un mal sueño… pero había ocurrido de verdad, en ese mundo real por el que caminaba. En esa tierra por la que de verdad había visto brujas bailando, matando y maltratándose entre ellas con juegos peligrosos. Algo cuyo significado no entendía pero que se había presentado ante él sin piedad, echándole en cara que no había regresado a nada que hubiera conocido antes y que había vuelto siendo una peor versión de sí mismo, una versión muy débil que andaba preguntando por el estado de salud de los pecadores en vez de estudiar las pruebas de sus mentiras. El recuerdo le gritaba una y otra vez que no valía de nada arrepentirse, que solo empeoraba las cosas y que nunca debió renegar de sí mismo. Pero esto no quería decir que Stoughton fuera a hacer mucho caso de eso. Ayer por la noche había visto más allá y por fin había alcanzado la claridad. Había averiguado exactamente cómo terminar con aquello de una vez por todas.

Antes de que atravesara la puerta se encontró con todos los magistrados reunidos en el centro, en el lugar donde se suponía que declaraban las partes. No estaban en sus asientos, arriba en la tarima. Cuando él entró, todos le miraron y Mather, sin perder un segundo, le apuntó con un dedo acusador y dijo bien alto y bien claro:

—Juez *sir* William Stoughton, ¡quedáis recusado del tribunal y pasáis a dependencias policiales por haber sido acusado de ser el verdadero jefe de las brujas, sucesor de Burroughs!

William les miraba como si el asunto no fuera con él, pues ya se había visto venir tan

tremendo circo. Tenía los párpados caídos del aburrimiento tan supremo que suponía para él oír todas esas bobadas. La cantinela de murmullos y desmayos entre los presentes era parte de la actuación. Mather se estaba coronando, vaya que sí.

—¡Por eso me habéis atacado tantas veces, queríais acabar conmigo, pues yo soy la voz de Dios en esta Tierra! —saltó el feligrés, Parris, desde el segundo banco.

Si hubierais visto a vuestras niñas ayer, Parris… eso habría sido hasta gracioso.

Sin una pizca de miedo avanzó por el pasillo central y sin decir una sola palabra ocupó la posición que le correspondía para declarar. Todos, incluso Cotton Mather o el *sheriff,* se quedaron de piedra viendo su nula reacción. Como si no le importara un comino, parecía que les hubiese estado leyendo la mente. Porque Cotton era consciente de la inteligencia de Stoughton y ya suponía que sabría que el doctor le había contado todo. Pero esperaba que su acusación le dejara deshecho. Nada más lejos de la realidad, pues el juez William Stoughton se situaba muy digno ante sus narices, invitándole con la mirada a que le soltara lo que gustase. Rabioso indicó a todos los demás que ocuparan sus puestos y sin más preámbulos golpeó con el mazo, abriendo la vista. Saltándose todas las reglas e intentando destruir a Stoughton a la primera de cambio, modificó el orden convencional de las preguntas y directamente inquirió:

—¿Cómo se declara el acusado?

—Culpable.

—¿Cómo decís? —estaba dejándoles tan pasmados que incluso el pueblo se mantenía callado.

—CULPABLE. Le ahorraré tiempo, su señoría. Me habéis descubierto, pero algo tarde. Ha sido tremendamente fácil crear el caos en este lugar siendo quien soy. No me digáis sucesor de nadie, realmente no ha habido ningún otro antes de mí. Y la única bruja verdadera que he tenido el goce de dirigir y cuya identidad salió a la palestra demasiado pronto, fue la antigua esclava que vuestro señor reverendo acogía en su casa a cambio de trabajo, Tituba. Lo demás son todo invenciones, las niñas la descubrieron haciendo pócimas y cuando vieron satisfecho su deseo de ser reconocidas como salvadoras, mintieron sobre todos los demás influenciadas por una locura… circunstancial. Pero el Mal ya se ha cobrado sus frutos, señorías, y nunca desaparecerá de aquí. Solicito absolución por confesión, ya ustedes saben la ley mejor que yo.

—Qué estáis diciendo…

—No he terminado mi declaración.

Entonces se giró raudo y apuntó a Verbouc, que le miraba con ojos alocados, como queriendo salirse de sus órbitas. William le había visto nada más poner un pie en la sala. Estaba sentado en una esquina de la última fila, bien escondido y preparado para disfrutar del espectáculo, que claramente no iba como quería. Ni siquiera Verbouc esperaba que el mismo William se autoinculpara y menos aún que tuviera la osadía de hacerlo con tanta frescura, solicitando así la absolución como si todos los principios por los que morían los demás fuesen polvo.

—Acuso a este hombre de ser el mismísimo Diablo y por tanto, nuestro mandatario.

Todos los susurros cesaron en una milésima de segundo, como si hubiese habido una explosión. Nadie se atrevió a mover un músculo y un cosquilleo repentino se extendió por los cuerpos de todos, que notaban cómo les bajaba la tensión. No eran capaces de pensar, no se daban cuenta de la contradicción tan grande que encerraba esa declaración. La situación no se había tornado simplemente imprevisible, sino imposible. Sin embargo, las mentes de todos apuntaban al mismo pensamiento: entre ellos estaba sentado, personificado, mirándoles. No era

un influjo, ni un sueño o una voz, tampoco un graznido, ningún animal. Según William era un anciano que estaba completamente quieto mirándole igual que hacía un hombre… pero con una mirada deshumanizada. Cuando sin ayuda de ningún bastón se levantó y caminó lentamente hasta el estrado, pareció como si el cielo se nublara y ya no entrara más luz por las ventanas. No caminaba como un acusado sino como un acusador. A pesar de que llevaban meses creyéndose todo lo que decían, ahora no podían asimilar que estuviesen verdaderamente ante el instigador de todo, aquel al que nunca se llamaba por su antiguo nombre. Mucha gente comenzó a temblar y algunos se desmayaron, cayendo con un ruido sordo. La mayoría de las niñas empezaron a llorar pero luchaban con todas sus fuerzas por no hacer ruido, por evitar que las mirase. Nunca se habían sentido tan desprotegidos, tan débiles frente aquello a lo que se enfrentaban día tras día, y nada de lo que les habían enseñado estaba sirviendo de algo en aquellos minutos que se hacían infinitos. El elenco entero de jueces, aquellos implacables hombres vestidos de negro y blanco, se deshacía poco a poco perdiendo la compostura. Cada ligero paso de aquel anciano parecía provocar un temblor sísmico en la Tierra, amenazando con abrir un boquete por el que terminarían cayendo todos, estuviesen donde estuviesen. Esa sensación no menguó ni siquiera cuando Verbouc ocupó su lugar como acusado principal y con mirada indescriptible repasó las caras de todos los magistrados, haciéndoles recordar el día en que nacieron.

—¿No piensan sus señorías interrogarme? Creo que Stoughton no está en condiciones de hacerlo por ustedes —tenía voz de hombre, pero tampoco hablaba como uno. Esa voz grave parecía salir de otro lugar que no era su garganta… más bien parecía salir de todos los sitios. Entonces, irremediablemente obligados a encararle, se dieron cuenta de que jamás habían visto a ese *hombre*. Muchos de ellos quisieron decir en voz alta que no hacía falta interrogarle, que se notaba en cada centímetro de sus pieles que lo alegado por William era cierto.

Y lo peor era que Verbouc lo sabía, estaba controlando todo aquello. ¿Había pensado Stoughton que iba a dejar que se le fuera de las manos tan fácilmente? Al parecer William no se había tragado aquello del Sabbat, una simple visión, pero había caído en su juego desde el minuto cero y se iba a dar cuenta en breves.

Los magistrados tomaron asiento y con un gesto tembloroso Cotton le indicó a Verbouc que podía empezar a hablar.

—¿Cuál es la pregunta, señoría? —le provocó este.

—La pregunta… ¿tenéis algo que ver con este hombre? —toreó Cotton, señalando a Stoughton.

—Mucho, su señoría.

—¿De qué le conocéis?

—¿No cree su señoría que sería más inteligente abordar este interrogatorio de otra manera?

—¿De… de qué otra manera sugiere el acusado?

Verbouc, visiblemente aburrido, dejó de hacerle caso a Cotton y se giró hacia William, acercándose a él. Alrededor del viejo pareció formarse una capa negruzca que hacía que Stoughton solo pudiese verle a él, nada más. Sus ojos brillaban más que nunca y parecía como si fuesen a expulsar rayos. En vez de bajar la temperatura como había sucedido hasta entonces en su presencia, aumentó de pronto como si fuese a estallar un gran fuego que se los comería. Pero William le siguió aguantando esa mirada de otro plano, retándole. Seguía sin tener miedo.

—Si hay algo que odie más que un puritano, es un puritano arrepentido. Admiro a la gente

que se resiste a mí con eso que llaman *Fe*… tú has sido demasiado fácil. ¿Te acuerdas, William, de cuáles fueron los exactos términos de nuestro acuerdo?

Seguía sin tener miedo, pero le estaba desconcertando. Sin embargo, la tregua de dos segundos que le otorgó el Diablo después de su pregunta le hizo caer en la cuenta y comprendió que ese fuego ya se lo había tragado.

Si yo os enviara atrás en el tiempo y os brindara la oportunidad de hacer las cosas de otro modo, al final de todo me cobraría el favor con vuestra persona. ¡El viejo Verbouc tendría vuestro aspecto, sería el juez sir *William Stoughton, antiguo representante de la colonia, mano derecha del gobernador, autoridad indiscutible! ¡Para lo que restara!*

—Creo que María va a disfrutar mucho de toda esta historia, aunque puede que te note algo diferente.

El cuerpo de Verbouc se desplomó sin vida sobre el suelo de madera. Sus ojos habían quedado abiertos pero el azul refulgente desapareció de ellos, dejando un iris grisáceo tan común como el de un cielo nublado.

XXV. REUNIÓN DE SUICIDAS

La portezuela, que sin que nadie se diera cuenta se había cerrado, se abrió de repente y por ella pasaron el gobernador Phipps acompañado de Nathaniel junto con varias fuerzas del orden. Eran parte del personal privado que servía a la protección del gobernador. Se esperaba un gran revuelo al aparecer el mandatario allí, pero la gente apenas giró la cabeza. Estaban todos entumecidos por lo que acababa de suceder y justo cuando Phipps se dispuso a gritar cómo narices se atrevían a acusar a Stoughton, se fijó en el cuerpo sin vida del anciano y enmudeció.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¡Socorran a ese hombre!

—Me temo que es demasiado tarde —dijo William Stoughton mientras se giraba, con una voz ligeramente aflautada y un brillo extraño en la mirada.

—¿Ha fallecido?

—Estaba mayor, como podéis ver.

—Vaya… ¡recojan el cuerpo para su sepultura! ¿Qué hacen todos ahí parados? William, he venido en cuanto he podido…

—Ha confesado —cortó Mather. Sin embargo, no había autoridad en su voz, la fuerza se le había escapado por todos los poros. No terminaba de asimilar nada de lo que había visto, pero sin duda la atmósfera oscura seguía allí presente, ahogándoles.

—¿CÓMO? —preguntaron al unísono el gobernador y Nathaniel.

Mather quería levantar la sesión, le importaba un pepino la presencia del gobernador, ni siquiera le estaba prestando atención. Solo quería huir de allí al igual que todos los demás, pero había algo que le dejaba clavado en el sitio y no sabía exactamente qué era… solo lo intuía. Lo podía sentir: había algo más poderoso que él o que Phipps, algo que dictaba el devenir de los acontecimientos por encima de sus voluntades. Sin embargo, la mayoría de los allí presentes eran demasiado necios como para darse cuenta, suspiraban aliviados y volvían a murmurar mientras gritaban que quemasen el cuerpo del anciano y que les dejaran salir de allí. ¿Pensaban que aquello había terminado? No podían ser tan simples, hasta Stoughton lo había dicho… ¿por qué no quemar también a Stoughton? Los demás jueces empezaron a reclamarle que levantase la sesión, pero no fue hasta que Phipps volvió a hablar que Cotton se levantó. El gobernador, mirando apenado a William, acabó lo que había ido a hacer:

—Señores, este tribunal queda disuelto para siempre. La Corte Suprema se encargará de lo que reste.

A Mather se le olvidaron todos sus propósitos, en esos instantes solo era consciente de su liberación, de la orden que tenía que acatar: debía irse y eso era efectivamente lo que quería. Si permanecía un solo minuto más allí aquello atravesaría su piel y no sería distinto de todos los que habían sido ejecutados, no sería distinto de Stoughton ni de ese anciano, no sería… él. No entendía nada y lo entendía todo, pero igualmente se largaría de allí para no volver y rezaría por no cruzarse jamás con algo similar, y por supuesto no con William Stoughton, que lucía como si

fuera otra persona. Habían estado queriendo limpiar algo que no se iba con nada y que se alejaba de sus capacidades, algo a lo que la ley no podía echarle el guante porque incluso se resistía a Dios. Se habían erigido como los máximos juzgadores allí y habían acabado siendo prisioneros, acorralados.

Y con todo lo que pensara, no había sido capaz de oír lo que se habían dicho el anciano y William, pero era mejor así.

—William… sé que solo perseguías la absolución, lo entiendo mejor que nadie. Quizá pueda conseguir que te retiren los cargos, pero deberás irte lejos, te exiliarán —le dijo Phipps a Stoughton, en bajo. La mirada del juez era irónica, algo que dejaba desconcertado a su amigo el gobernador.

—Puedo ir a cualquier parte.

—Bien… es bueno saberlo. Seguiremos en contacto, William. —Y antes de girarse del todo para salir a poner orden, volvió sobre sus pasos y mirando fijamente a su compañero le juró—: No iba a dejar que te mataran, William.

No quiso quedarse mirando esos ojos extrañamente burlones que se encogían falsamente, no iba a lograr entenderlo. Quizá solo estaba aliviado porque habían llegado para defenderle.

Nathaniel lo contemplaba todo desde atrás y él sí que no pensaba apartar la mirada de William. Hasta sus movimientos eran ajenos a él, no se comportaba como era de esperar y si eso duraba, es que lo ocurrido le había vuelto rematadamente loco. Pero, ¿quién podría culparlo?

*

El cielo oscureció demasiado pronto para ser verano. De haber seguido existiendo William Stoughton, se habría dado cuenta de que a partir de entonces nadie sabía lo que pasaría, ni siquiera él. Se había abierto un nuevo futuro, el tiempo ya no volvería sobre sí mismo para repetirse. En realidad, todo lo que sucediera a partir de entonces era desconocido… pero solo allí. En el resto del mundo cada cosa iba a suceder como había estado previsto: cada canto de los gallos sería igual, las personas se comportarían de la misma manera, las guerras se cobrarían exactamente el mismo número de muertos. Verbouc solo había manipulado lo que tenía que ver con Stoughton, pero se trataba de algo que ningún lenguaje ni ninguna religión podía explicar con palabras.

Todos habían abandonado ya esa tierra maldita… los representantes de la Corte Suprema no se presentarían hasta pasados unos días, mientras los reclusos seguían encerrados. Se pretendía acabar con ese asunto lo antes posible sin que llamara más la atención o salpicara a otra autoridad ligada al mandato del gobernador, por lo que era casi seguro que no se ejecutaría a nadie más, incluso era probable que retiraran los cargos. Ya habían aprendido la lección, si es que alguien seguía anclado en esa idea. Todo el mundo se encerraba en sus casas, nadie osaba decir una sola palabra más contra nadie. Se habían vuelto todos desconocidos entre ellos y algunos incluso estaban empaquetando sus pertenencias para probar suerte en otro lugar, lejos de allí. Si se aguantaban era porque esperaban que sus seres queridos salieran, pues todos tenían por lo menos a alguien encerrado. En el fondo seguían muertos de miedo, desesperados e inseguros

para siempre. No era simplemente un capítulo negro en la historia de aquella aldea, sino su final.

Nathaniel era el único que aún permanecía allí, mirando desde su ventana los caminos vacíos que formaban la espina dorsal de ese pueblo dormido… muerto, más bien. La casona donde se alojaba daba una vista cortada de la entrada al bosque, lo que le permitió ver algo interesante: Stoughton se internaba en la arboleda y detrás, alguien le seguía de forma apresurada. Nada más y nada menos que Abigail Williams. En principio era algo que no iba con él, algo extraño… pero un mal presentimiento le obligó a salir de la casa y seguirlos a ambos. ¿Por qué aquella niña se atrevía a salir de su casa y seguir a William? ¿Por qué William caminaba tan campante por el bosque, cuando debería estar encerrado? Algo pasaba a sus espaldas y pensaba averiguarlo. Como nadie le prestaba atención a él, pues apenas recordaban su cara al haber renunciado tan pronto, no vigiló que nadie le estuviera viendo ni nada similar, simplemente corrió hacia el bosque sin cuidado y sin pensarlo demasiado.

Aquella zona no era tan intuitiva como parecía, a medida que se internaba en el corazón del bosque era más difícil guiarse, pero por suerte no era tan grande como otros. Se paró varias veces por si oyera a los otros dos, pero solo escuchaba a los pájaros piando. Tras un rato dando vueltas, divisó a lo lejos algo que se movía con el viento: el bajo de un vestido que desaparecía tras un árbol. Por allí iba la muchacha. Cuanto más se acercaba más oía sus pisadas, así que procuró no acelerar demasiado. No era su intención chocarse con ellos dos, sino observarles desde las sombras. Y por fin pudo hacerlo: oculto tras unos arbustos vio cómo en el medio de un pequeño claro, en el que ya habían ocurrido muchas más cosas que él no sabía, la niña se paraba en frente de un William chulesco y con belleza renovada. Parecía más alto, más apuesto, más enérgico, más vital… como si algo bueno le esperara. Y parecía que en sus ojos se reflejaba la luz del sol como si fuesen el mar, o más bien como si fuesen hielo. Sin embargo, no entraba apenas sol, era un brillo que salía de su interior y resultaba inexplicable. Abría los ojos y sonreía ligeramente mientras miraba a la chica, encogida y más nerviosa que nunca. Esta parecía librar una dura lucha para encontrar las palabras y sin saber si eran esas las correctas, le dijo a Stoughton:

—¿Por qué dijisteis todo aquello?

—¿Qué quieres decir, niña? —respondió Stoughton con un tono más que amenazador. Su voz se había agudizado, no cabía duda. ¿Por qué ni siquiera su aspecto era normal?

—Yo… no vi a la esclava preparar nada, no fue eso…

—La acusasteis, ¿cierto? ¿Vienes a negármelo?

—No… pero no fue eso lo que contamos…

—Pensad bien lo que queréis decir —la niña tragó saliva de forma muy sonora. Estaba a punto de echarse a llorar. No se atrevía a decir que no había mentido, porque ella sabía que lo había hecho, pero no pensaba que lo que había declarado el juez fuese verdad.

—No vi a la esclava preparar ninguna poción, no dije eso en ninguna de mis declaraciones. Y no creo que vos seáis el jefe de nada —finalmente rompió en llanto.

La chica no había hecho más que confirmar lo que Nathaniel ya sabía, que Stoughton había mentido. ¿La razón? La que sostenían él y el gobernador, que lo había hecho para salir absuelto, pues no encontraba manera de ganarles en ese duelo a Cotton Mather y todo su séquito, que habían pretendido quitarle del medio para siempre. Puede que Abigail se estuviese dando cuenta por fin de lo lejos que había llegado o puede que no le gustara un pelo que no fuera ella la que controlara sus propias mentiras.

Nathaniel esperaba que la muchacha saliese corriendo, pero el miedo la tenía clavada en el sitio y no pudo moverse ni siquiera cuando William, con esa mirada alocada, se agachó frente a ella como si tuviera la niña cinco años y le susurró:

—¿Qué te atormenta, Abigail? No me colgarán por todo eso que dije, si es lo que te preocupa. Pero quiero que sepas que agradezco enormemente tus palabras… estas y todas las que has dicho hasta ahora. Regresa a casa. —Con un golpecito en el hombro la obligó a girarse para tomar el camino de vuelta y así ella deshizo lo andado lentamente, muy confundida.

Nathaniel se dio cuenta al instante, sin saber muy bien cómo. Estas y todas las que has dicho hasta ahora. El supuesto Diablo apropiándose del cuerpo de un anciano, posteriormente muerto. Un William totalmente diferente. Una atmósfera de miedo que no se disipaba… apostaba que solo él se había dado cuenta de algo así. No podía permanecer allí un segundo más, tenía que… sabía exactamente qué era lo único que podía hacer.

Y lo haría.

Desde donde estaba lograría volver sin hacer ruido, sin que ese William que parecía oírlo todo se diera cuenta de su presencia. Así, se arrastró de vuelta a su casa y fue directo a la cocina, sin pensar ni por un segundo que se destruiría él también.

*

Al parecer, nadie había decretado la prisión provisional para Stoughton. Únicamente se le había indicado que no debía abandonar el pueblo, algo ridículo. En medio de la noche y sorteando a las patrullas, que estaban desconcentradas desde que se disolvió el tribunal, Nathaniel se acercó al día siguiente hasta la casa en la que se alojaba Stoughton, si es que no había huido ya. Los notables custodiaban sobre todo las cárceles, pero no tenían noticia de que un sospechoso estuviera fuera de ellas, por lo que no había nadie haciendo guardia allí. Nathaniel creía que era una estratagema del propio Phipps para facilitar que Stoughton se escapase y fuese declarado prófugo, y no tener así que sufrir el escándalo de un juicio a un cargo suyo tan cercano. Eso podría dilapidar la carrera del gobernador.

Ignorando los ladridos de los perros que se oían en la lejanía, picó a la puerta y tras unos minutos, William Stoughton le abrió la puerta. Le miró sorprendido y se hizo a un lado para que entrase. Verbouc conocía a todos y sabía quién era Nathaniel y cómo debía tratarle.

—Buenas noches, Nathaniel. Pensaba que ya te habrías ido.

—¿Sin despedirme? No, William.

—Eres un gran amigo.

Nathaniel era valiente, sereno, paciente. Era capaz de enterrar sus propias emociones por un bien mayor, y ahora estaba ante uno. Se había educado en el arte de la retórica y sabía cómo mentir, cómo disimular y cómo convencer. Sin embargo, no podía pensar que estaba ante algo que no fuera William Stoughton, aunque supiera que no era su amigo. Porque si lo pensaba, no sería capaz de hacer aquello. Tenía que creer que de alguna manera todavía le estaba hablando a su viejo amigo, que este le estaba escuchando y mirando desde algún lado, quizá escondido tras esos ojos que ya no eran los suyos. Estaba allí para una cosa, pero antes sentía la imperiosa

necesidad de hurgar en el pasado, porque algo en la historia se le escapaba.

—¿Cómo te sientes? No imagino…

—No tengo miedo, Nathaniel —y sus ojos lo confirmaban. No podía tener miedo porque él era el miedo mismo.

—Dime una cosa, William.

—Pregúntame.

Nathaniel tragó saliva. Por un segundo un pensamiento cruzó su mente: si se hubiera parado a pensar, no estaría allí. Pero no había tiempo para pensar, solo para actuar. No debía perder de vista su objetivo, ahora mismo era el único que podía alcanzarlo.

—Te he notado cambiado pero algo me dice que no todo tiene que ver con el secuestro. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y siento que nunca te habrías permitido ver en esta posición. ¿Por qué tanta insistencia con esta causa?

William, en realidad Verbouc, había estado volteado hacia un lado buscando algo de beber como ofrecimiento. Pero en ese momento se paró y giró sus ojos, que no su cuerpo, hacia el otro hombre. Pero a diferencia de otras veces Verbouc no miraba con rabia sino con cuidado, algo muy excepcional en él y que Nathaniel no podía apreciar.

—¿No lo he dicho ya? Remordimiento, Nathaniel, remordimiento. Puede llegar a ser muy fuerte, ¿sabes? Tú mismo te fuiste del tribunal por eso, te sentías involucrado en una injusticia con la que no estabas de acuerdo. Yo simplemente me quedé a pelear.

—¿Debería haberme quedado yo también?

—Era arriesgado.

—No deja de extrañarme una cosa… hablas de remordimiento, pero no sabemos hasta qué punto tenemos o dejamos de tener razón. ¿Y si todas las declaraciones eran ciertas? ¿Acaso tienes alguna relación especial con alguno de los acusados, William?

Verbouc agarró dos vasos con una gran jarra de agua y se acercó al invitado.

—Nada de eso.

—A veces parece como si supieras mucho más que nadie. ¿De qué conocías a ese anciano para decir una cosa así sobre él? Nadie pudo reconocerle.

Tendiéndole uno de los vasos, se lo fue llenando sin responder a las preguntas. Pero Nathaniel no podía apartar la vista de las comisuras de su boca, que se alzaban formando una media sonrisa. No se atrevía a beber porque sabía que se atragantaría y la verdad es que tampoco se fiaba de esa agua.

—¿Crees que mi acusación provocó su infarto? Me sentiría arrepentido por eso, también.

—Pues ahora mismo no parecéis arrepentido, precisamente.

En ese momento Verbouc le miró y Nathaniel pudo ver lo mismo que había visto William: alrededor de Stoughton pareció formarse una capa negruzca que hacía que solo pudiese verle a él, nada más. Pero entonces soltó su vaso y este se estrelló contra el suelo, estallando en mil añicos. Eso rompió el efecto y Nathaniel se disculpó rápidamente, agachándose para recoger los pedazos. Su idea era que William hiciese lo mismo y le ayudase, pero en vez de eso dio un paso al frente hacia él, mirándole desde arriba. En ese instante Nathaniel resolvió que era ahora o nunca y sacándose un cuchillo de debajo del abrigo se lo clavó en el estómago a Stoughton de paso que se enderezaba. Lo hizo todo lo rápido que pudo y se encontró de lleno con esos ojos cegadores, que se iban abriendo poco a poco. Algo líquido y caliente caía sobre las manos de

Nathaniel, que no soltaba el arma. Hicieron falta unos segundos para que se diera cuenta de que era la sangre de su amigo y de que la daga estaba bien incrustada en su carne. Stoughton abrió la boca y de ella cayó sangre al suelo, que fue a parar sobre la vieja fotografía de una mujer, caída del bolsillo de William… María. Sin sacar la daga, ambos cayeron de rodillas, mirándose fijamente. Nathaniel lloraba sin hacer ruido, sin saber nada de lo que había tratado de averiguar, pero con su objetivo cumplido. No lo había pensado, no lo había pensado para nada pero ya estaba hecho. El brillo refulgente desapareció de los ojos de William y recobraron su color normal, más apagado, totalmente humano. Su piel pareció arrugarse de repente y su cabeza se desplomó sobre el hombro de su amigo, que lo giró para tumbarlo en el suelo. Le arrancó por fin la daga de la barriga y la arrojó lejos, temblando.

—William…

—Nathaniel…

—¿Eres tú?

—Se ha ido, Nathaniel… le has obligado a irse. Gracias.

—¡Buscaré un médico, resiste!

Pero William no quiso soltarle. Su boca se inundaba de sangre pero su expresión decía claramente que de esa no pasaría, que no fuera a buscar a nadie. Se tragó su propia sangre y logró decirle unas últimas palabras a su gran amigo:

—Los salvé, Nathaniel. Sacrificarme era la manera… busca la foto de la mujer en mi ropa, tiene su nombre detrás. Búscala, dile que lo logré… y…

Se retorció de dolor y apretó los dientes.

De repente la temperatura bajó y una de las ventanas se abrió de repente, haciendo mucho ruido. Nathaniel miró asustado pero no vio nada. Cuando volvió a mirar a William, este yacía completamente inerte con los ojos y la boca abiertos, la cabeza ladeada sobre el suelo. En Nathaniel se grabaría esa imagen por siempre: los ojos grandes y sinceros de William abiertos de par en par, hundidos y enmarcados por unas manchas granates que resaltaban sobre su tez blanquecina. Todo él estaba rodeado de un gran charco de sangre casi negra que no dejaba de crecer. No pudo menos que cerrarle los párpados mientras sus lágrimas caían sobre la cara de su eterno compañero.

Entonces Nathaniel empezó a pensar. Su amigo nunca se había ido realmente hasta ese momento… pero ahora ya sí que no le recuperaría. Tenía que irse de allí con el arma, se cambiaría de ropa y se iría a la ciudad antes de que descubrieran el cuerpo. Pensarían que algún vecino o incluso un sicario habría cometido el asesinato, pues en las grandes esferas se llevaban esos métodos. Todo se taparía y él no se vería salpicado, dudaba siquiera de que alguien supiera que seguía allí, que no se había ido con los otros magistrados, pues algunos se habían ido en horas diferentes. Cuando se levantó para irse, recordó de pronto la petición de William. Rebuscó por el suelo achicando la sangre con la hoja del cuchillo y finalmente encontró la vieja fotografía, pero cuando la levantó no se veía nada. Con el agua intentó lavarla un poco pero al hacerlo, pudo ver que estaba en blanco. Tenía la forma de un pequeño retrato, pero no había ningún rostro en él. La giró para ver el nombre y de nuevo, no había nada.

Miró otra vez la ventana abierta.

Se había llevado a esa mujer misteriosa igual que se había llevado la vida de su amigo. Lo que Nathaniel nunca sabría era que aun así, el vencedor de esa guerra había sido y sería siempre el

juez *sir* William Stoughton. Porque un trato era un trato, así fuese con el Diablo o con uno mismo.

Edición en formato digital: 2019

© Mercedes Fisteus, 2019
© Algaida Editores, 2019
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-142-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es